BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

Bartolomé Mitre y Vedia

SERIAS Y HUMORÍSTICAS



BUENOS AIRES

1901

VOLUMEN 6

BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA

—

Páginas serias y humorísticas





BUENOS AIRES

1901

UNIVERSAL BOOKBINDERY **Order No.**..................

PLEASE CHECK INFORMATION BELOW

Name of Library UT AUSTIN

Dept. B PREP

New XX **Repeat** ☐ — **Color No.** AAB-188	**Letter Spine Exactly As Shown Below Indicating Title, Vol. No., Year, Date, Part No., Call No., and Imprints if Desired.**
Rub: Enclosed ☐ Make New ☐	PAGINAS SERIAS Y HUMORISTICAS
Bind Title Page: Separate ☐ Not pub. ☐ Stub for ☐	
Contents: Front ☐	
Index: Front ☐ Back ☐ Stub for ☐ Not Pub. ☐	
Covers: Remove ☐ Bind in all XX Bind in Front covers only ☐ Bind in First Cover Only ☐	
Ads: Remove ☐ Leave in ☐ Remove though paged in if without text ☐	PQ 7797 M 515 P 3 LAC
Imprint: Yes ☐ No ☐	
Stamp in White ☐ Stamp in Black ☐ Stamp in Gold XX	**Special Instructions:**



Pastel negro de E. Schiaffino.

BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA

El mismo, con encantadora modestia, se ha encargado de relatar su vida en las páginas llenas de buen humor y de agudeza, de la Autotipia, que abre el presente volumen como brillante portada. Contarla otra vez, aunque fuera para engrandecerla todo lo debido, sería atrevimiento: ningún retrato más acabado que el que sugiere esa espiritualísima carta, por lo que en ella se vislumbra detrás de cada frase, por lo que ella dicta y revela á las almas buenas y puras.

Era un artista y un hombre bueno. Su huella ha quedado profundamente marcada en el periodismo argentino, en cuyo progreso tuvo considerable parte, y parte de iniciativa y de acción la mayoría de las veces. Muchos de sus discípulos, muchos de los que aprendieron de él desde lejos ó desde cerca, le deben su éxito actual; numerosas ideas, que la enfermedad primero y la muerte después, no le permitieron llevar á la práctica, resurgen hoy y van directamente al triunfo. Para los que le amaron, que son cuantos le conocieron, está siempre presente, y en la redacción de *La Nación*, por ejemplo, no pasa día sin que se oiga su nombre, como si acabara de dar un consejo periodístico, ó de juzgar un trabajo, un hombre, un momento político, una campaña iniciada.

Quizá haya quien diga que no somos nosotros los más indicados para hablar de quien tan de cerca nos toca. Para

eso seremos parcos, pues, callando una vez más lo que nos dicta el corazón y aprueba calurosamente el pensamiento.

Pero hemos dicho que Bartolito era un artista, y no tenemos que probarlo: había elevado el periodismo á la categoría de un arte, cuando aun, entre nosotros, no se escribía para los diarios sino al correr de la pluma, en medio de candentes pasiones, y cuando sólo se hacían artículos de valor para defender doctrinas. Este libro lo demuestra acabadamente. Compuesto de artículos de diario, campea sin embargo en él, desde la primera á la última página, un soplo artístico alto y perfumado, que exterioriza un estilo elegante, puro, lleno de humorismo de buena ley.

En cualquiera de estas vivientes crónicas, de estos animados relatos, de estas delicadas novelas,—excepto quizá en Rip van Winkle, que no puede considerarse enteramente suya, aunque haya en ella mucho propio,—ora se trate del viaje á Mendoza, ora del «Doctor de Michigan», ora de los viejos y patrióticos recuerdos, se ve de pie á cabeza la personalidad del autor, personalidad de artista, pues lo es quien tiene tan amplio registro para el sentimiento, desde el que mueve al buen humor ingenuo y bondadoso, hasta el que hace asomar á los párpados lágrimas de emoción y de entusiasmo.

Se ve, pues, que la influencia periodística de este hombre ha sido enorme, y se comprende que haya formado escuela, desde que todo, sus cuentos, sus artículos de crítica, sus crónicas, sus sueltos políticos y de combate,—muchos todavía en la memoria de todos,—llevaban el

mismo sello de elegancia, la misma acreditada é inconfundible marca de fábrica...

Pero la parte más considerable de su obra no figura en este volumen. No formará probablemente parte de ningún otro. Él no lo quería. Ocupó los últimos dolorosos días de su vida en preparar éste y otros libros. Y, obedeciendo á lo que constituía la característica de su espíritu, desterró de ellos cuanto podía, no lastimar, rozar siquiera la epidermis ó la vanidad de alguno. Su noble voluntad será respetada, y el brillante legajo de los escritos de Argos y de Claudio Caballero, seguirá viviendo vida desintegrada y silenciosa en las colecciones de los diarios que Bartolito animó con su soplo poderoso de luchador.

AUTOTIPIA

Señora Directora de la «Revue Illustrée du Rio de la Plata».

Distinguida señora: Acabo de saber que en el próximo número de su interesante revista se publicará mi retrato y que desea usted algunos datos sobre mi vida para la noticia correspondiente.

Hoy, menos que nunca, esperaba honor tan inmerecido; pero como la cosa ha de hacerse de cualquier manera, según me informan, vale más que sea yo mi propio biógrafo, con lo que se evitarán bondadosos excesos.

Aquí tiene usted, pues, lo que desea.

Nací en la Nueva Troya, cuya fama de heroica proclamó su ilustre compatriota Alejandro Dumas y donde aprendió Garibaldi á libertar pueblos con cuatro gatos y mucho de lo que hay que tener en tales empresas.

De chico dícenme que era como los borriquillos, mejorando lo presente, es decir, muy bonito, con luengos cabellos enrulados, color de oro, que no volví á ver más en mi vida; ojos azules, rosadas mejillas y no sé qué otros tintes más ó menos simpáticos.

Tan bueno para un barrido como para un fregado, lo mismo que de grande, á los cinco años sabía ya recorrer las casas del barrio ofreciendo en venta prendas de las cuales necesitaban deshacerse en la mía, para hacer la comida.

No le extrañe á usted esto, señora. Era moneda corriente en aquellos tiempos de mucha gloria, pero de muy poco dinero, muy distintos de los actuales en este y otros conceptos.

Viera usted, sin embargo, lo anchos que se ponen los de la época al recordar que vivieron y actuaron en ella, siquiera fuese vendiendo prendas ó yendo á las compras, cuando había con qué hacerlas, como este su seguro servidor.

¡Cosas de los de estas tierras, señora, por cuyas venas corre la fantasista sangre de Don Quijote!

Mi madre—Dios la tenga en su guarda—era una dama del tenor siguiente: linda como ella sola, hija de un patricio, hermana de mártires, se casó, cuatro años antes de que yo viniera al mundo, con un joven oficial de artillería, después muy mentado, por lo que no perderé el tiempo en presentárselo.

El tal oficial cometía versos entre cañonazo y cañonazo, y ya puede usted imaginarse el aceite que daría aquel ladrillo para la porotada, primer número del *menu libertador*, dicho sea sin mengua del pirón, su ilustre compañero.

La paga llegaba tan lentamente como rápida se iba donde el almacenero y otros proveedores, y no había que pensar en comer plomo, pólvora y cebas en los días en que la ración militar andaba escasa,

por lo cual, no teniendo mayor fe mi madre en el poder nutritivo de la poesía y no siendo la artillería de mi padre de las de tiro rápido que en tiempos más adelantados han dado en tierra con uno ó más bancos en un abrir y cerrar de ojos, se ingenió la digna señora para purificar la grasa, la que solía venir bastante averiada, engordar artificialmente la carne flaca y economizar las rajas de leña para cambiar las sobrantes por otros artículos de primera necesidad.

Bajo tan grandes y chicos auspicios, en aquel hogar en el cual la escasez parecía abundancia y lo viejo nuevo, bajo discretísima dirección, se deslizaron mis primeros días al suave calor del ala maternal, mientras la paternal se veía obligada á cernirse sobre otros campos, requerida por destinos más altos y combatida por encontrados vientos.

Por fin Oribe y Cía. se fueron con su ingrata música á otra parte y, alboreando Caseros, los del gran sitio tomaron el rumbo de sus luces y mi padre entre ellos. Sucedió lo que tardaba ya en suceder: el tirano se fué también á Europa, por no irse á otra parte, que diría Juan Cruz Varela, y nos vinimos todos á Buenos Aires.

Aquí estuve en los colegios de Ruffet, Larroque, Wernicke, Negrotto y Legout y un rato en la Universidad, con Gigena, Larsen, Labougle, Ramsay, Aravena y otros, y pare usted de contar. ¿Qué aprendí? Poca cosa, para lo que sabe hoy un alumno de cualquier escuela de aplicación, pero no fué culpa de mis maestros, que han hecho sabios de muchos más negados que yo. No había probable-

mente en mí la estofa de la cual se hacen los ilustrados, y «si no se nace pal cielo al ñudo es mirar pa arriba», como dicen nuestros paisanos.

Con aquel escaso bagaje escolar me lancé á cuerpo perdido en el mar de la vida y fuí versista, cronista, comisionista, martillero, traductor, agente consular y diplomático, soldado, maestro de escuela, pescador, fondero, autor de libros y de otras cosas, redactor y director de diarios, lector por secciones, acusador y acusado alternativamente en cincuenta cuestiones que no me llevaban un pito en la parada y en las que me pusieron de oro y azul, miembro de cien comisiones en las cuales no se ganaban más que dolores de cabeza, revolucionario sin tajada y empleado público durante algún tiempo, que es lo único que me pesa, pues no gusto del oficio, sin dejar de reconocer por esto que no todos son en él unos grandes inútiles, como yo.

Al lado de Costa y de Sarmiento trabajé un poco sin embargo, que no es posible dejar de aprender algo bueno con tales ejemplos, y me engolfé luego en el comercio, con un talento admirable para fundirme en cuanto negocio acometí. Verdad es que en materia de capital no tuve por lo común más que el honor de trabajar en la de la República Argentina, donde, como en otras partes, los pesos se van generalmente detrás de los pesos; pero esto no quita nada al mérito de mis sobresalientes éxitos.

Entregado después y por completo á las tareas del periodismo, me dió la loca por meterme á desfacedor de entuertos políticos, y por esto me lla-

maron, entre otras cosas, atrasado, ignorante, retrógrado, insensato, pelafustán, botarate, ridículo, tonto, envidioso, necio, mentecato, presuntuoso, pedante, atrevido, embustero, chismoso, plagiario, desvergonzado, bochinchero, tramposo, vil, calumniador, difamador, pérfido, vengativo, rencoroso, zafado, ruin, hipócrita, desleal, falsario, borracho, indigno, cobarde, vendido, indecente, inmoral, farsante, malévolo, ingrato, crápula, corrompido, zoquete, bodoque, ladrón, asesino, sucio y feo, que fué lo que más me hirió.

La memoria no ha podido conservar, señora, con ser de lo mejor que tengo, la lista completa, pero con lo dicho basta para demostrar á usted que no soy tan cualquiera que no merezca, de algún modo, el honor que tan gentilmente quiere dispensarme.

Andando los años, cansado de esperar que me rompiesen algún hueso, como á diario me lo prometían, me lo rompí yo mismo, y tuve que interrumpir la labor diarística.

Así llegué hasta mi actual escritorio de la calle San Martín, núm. 390 (Centro de Rematadores), donde me tiene usted á sus órdenes como traductor público y comisionista, para lo que guste mandar (*). Desde él le escribo, haciendo un paréntesis á mis trabajos para *La Nación, La Ilustración Sud Americana* y cuantos me favorecen con sus encargos.

(*) Hoy San Martín 284, y rematador, como hace treinta años.

No le sorprenda á usted esto, señora, y tómelo como digna hija de la tierra clásica de la galantería. En la tarde de mis aporreados días me he hecho utilitario y, favor por favor, he creído que, siquiera por lo sincera, vale la presente el avisito que me he permitido colar.

Y á propósito de su bello país: ello me recuerda que escribo para una publicación francesa, aunque honor del país argentino. Supongo que no me hará usted traducir. Mis despergeñados renglones resultarían más cojos que yo, vertidos al idioma de la gracia por excelencia. Pero si mucho es su empeño, gustoso tomaré á mi cargo la tarea, en condiciones módicas.

Con esto, y asegurándole bajo palabra de honor que, á pesar de cuanto hayan podido decirle en contrario, no fuí, en medio siglo de tumbos por distintas tierras y de toda clase de vicisitudes, más bueno ni más malo que el común de los mortales, —siendo por lo general mejor la intención que el resultado en la gran diversidad de cosas emprendidas,—he concluído con lo moral de este retrato.

En cuanto al físico pocas palabras solamente: ni rastros del arcángel montevideano; los ojos ¡cosa rara! se han conservado azules, acastañándose el cabello, con ribetes blancos; la nariz, como la ha visto usted en la estampa, haciendo juego con lo demás; orejas dilatadas por el uso y el abuso de la audición; 1,73 metros de elevación por 1,16 de circunferencia en lo más voluminoso del centro, lo cual da—recuerdo de mis matemáticas—38,2 de

diámetro; y 95 kilos de peso neto, antes de comer y sin dinero en los bolsillos.

Es esto cuanto tengo que decir á usted sobre el particular, pidiéndole disculpa si ocupé su atención más tiempo del necesario. No tuve tiempo de escribir más corto. En cambio, si he logrado que me juzgue usted digno de presentarme en tal forma á sus numerosos lectores, será ésta para mí, memorable conquista, que deberé únicamente á la indulgencia.

Sírvase usted aceptar, señora, con mis agradecimientos, la expresión de mi profundo respeto por la dama que tan bello ejemplo da á las de su sexo con su perseverante labor, á la cual deseo siempre creciente prosperidad.

Su muy atento, seguro servidor.

B. Mitre y Vedia.

Fué escrito lo anterior, si mal no recuerdo, en 1895. Cuatro años, como quien nada dice!

¡VAMOS, FRANCISCO! ¡ALTO, FRANCISCO!

IMPRESIONES DE ENTRE MAQUINAS

Deus ex machina.

La ventana de mi cuarto no mira—ya que se ha dado en hacer mirar á las ventanas—ni á la calle, ni á un jardín ó huerta, ni á un patio, ni á una galería, ni siquiera á un pasadizo: mira pura y simplemente á un cuarto de cristales de quince varas de largo por ocho de ancho, en que se halla colocada la gran máquina *Alauzet* en que se imprime *La Nación.*

A esa ventana dan los pies de mi cama—y váyase la *dada* de los pies por la *mirada* de la ventana—con la particularidad de que la cabecera se roza con la pared que separa mi cuarto de otro departamento de máquinas,—el de las obras é impresiones sueltas,—mientras que por la puerta de la habitación que mira al este, separada de un tercer departamento de máquinas por una distancia de cuatro varas á lo sumo, entran que es un gusto, en lluvia no interrumpida de ecos metálicos, los golpes, martilleos, rechinamientos y dentelleos de la *Rebourg* y la *Marinoni*, lanzadas á todo vuelo en busca de sus cinco mil ejemplares por hora, junto

á la pequeña *Relámpago*, de origen yanqui y digna de su nombre.

Es así como tengo la suerte—que envidiaría, Vulcano—de no tener lado por donde no me den máquina por la mañana y máquina á mediodía, máquina por la tarde y máquina durante la noche entera. Si esto no es vivir á vapor, no sé lo que se entiende por ese género de vida.

Resultado de esta intimidad de todos los instantes con las máquinas grandes y las chicas, de todos los sistemas y de todos los tamaños, de todos los ruidos y de todas las peculiaridades, ha sido para mí, á través del largo tiempo que hace que ella reina, una especie de identificación con esos extraordinarios organismos, tan sencillos en medio de su complicada articulación, tan poderosos y fecundos en sus resultados benéficos, desde el momento en que su masa inerte recibe vida y acción maravillosas de una fuerza no menos admirable.

Yo sé, sin verlo, cuándo una máquina anda ligero y cuándo despacio; cuándo está bien enaceitada y cuándo no corre bien por falta de aceite; cuándo anda flojo algún tornillo y cuándo demasiado apretado; cuándo los cilindros dan en la gracia de llevarse el pliego, como si á fuerza de ver á los tambores efectuar constantemente esa operación, hubieran aprendido á hacer otro tanto, y cuándo se limitan á desempeñar lisa y llanamente sus funciones de entintar las formas con la regularidad de un reloj; y no sólo sé todo eso, sin necesidad de fijar en ello la vista, y á pesar de que soy tan fuerte en mecánica como en otras materias de

las que no entiendo jota, sino que, cuando el caso se presenta, sé hasta cuándo el motor no se maneja como de costumbre, ó las poleas hacen mal su trabajo, retardando ó apresurando la marcha de la máquina, según se les antoja imprimirlas mayor ó menor celeridad.

Y todo esto lo he aprendido sin más que oir de día y de noche, pared, puerta ó ventana de por medio, el ruido formado por los mil ruidos que producen las máquinas puestas en movimiento por otras máquinas igualmente bulliciosas. Recomiendo el sistema á los que quieran perfeccionarse en la mecánica, sin más gasto que el del tímpano y la paciencia, y aun esto mismo, solamente por un poco de tiempo, pues no dudo que si hicieran el experimento, acabarían, como yo, por echar de menos el ruido, y extrañarlo al cesar las máquinas de moverse.

Pero hasta durante el período en que el órgano auditivo no se ha habituado todavía, el ruido de las máquinas de una imprenta, oído como yo lo oigo, por todos lados y á todas horas, ofrece compensaciones dignas de tenerse en cuenta.

Citaré una sola, porque no es mi objeto en estas líneas escribir un tratado completo sobre la materia, lo que sería muy fácil con los conocimientos mecánicos á que he hecho ya referencia, sino únicamente consignar á la ligera algunas de las impresiones recibidas en el medio ruidoso en que vivo.

A menudo, sobre todo durante la noche, me ha sucedido creerme á bordo de un paquete de ultra-

mar navegando á toda fuerza, de tal manera imitaba el ruido la máquina de imprenta, funcionando á pocos pasos de mi cama—convertida por la imaginación en camarote—el de los vapores en que tantos tumbos me he dado por esos mares de Dios. Y un momento más tarde, al detenerse la máquina y oir el sostenido resoplar del motor con su monótono acompañamiento de golpes del regulador, ¡cuántas veces he creído escuchar el ruido producido por la máquina de la lanchita á vapor, yendo ó viniendo del puerto cercano, ya durante las noches ó en las primeras horas de la mañana, cuando aun á bordo del paquete descansábamos los pasajeros de las fatigas de un día pasado sin hacer nada!

¡Oh, cuántas memorias evocadas por ese ruido recordador de otros ruidos ya perdidos entre las brumas del pasado! ¡Con qué claridad, en medio de aquella ilusión perfecta, al despertar de un profundo sueño, me he visto tantas veces embarcado en el *Iberia*, el *Ocean Queen*, el *Paita*, el *Empire City* ó el *Morning Star*, surcando el Atlántico ó el Pacífico, ora bajo el cielo del sur, ora bajo el del norte, ya siguiendo las costas del Continente, ya navegando en alta mar, con cielo por horizonte á todos rumbos! Y para hacer el efecto todavía más completo, el ruido nervioso del motor siguiendo de cerca al ruido retumbante de la máquina detenida en su marcha: como al cesar á bordo de estremecerse el buque bajo el pujante y ensordecedor esfuerzo de sus músculos de acero, rompía el silencio repentinamente producido, la máquina de la lancha á vapor, al tomar rumbo hacia tierra.

Los que deseen familiarizarse por medio de mi sistema con los secretos de la mecánica aplicada á la imprenta, no deben perder de vista esta gran ventaja que el tal sistema les ofrece: la de viajar gratis, libres de todo peligro, y sin las molestias del mareo. El que el viaje se haga sólo con la imaginación no es un inconveniente, sabido como es que con frecuencia la realidad queda muy atrás de las esperanzas y los ensueños, y que, como lo ha dicho Gœthe, nada de lo que hace feliz es ilusión.

Pero volvamos á mis carneros, es decir, á mis máquinas, de las que, como hasta aquí, seguiré hablando por lo *que oigo* de ellas y sus accesorios de carne y hueso, vapor, acero, hierro, madera ó cuero. Conviene no perder de vista esta última peculiaridad de mi relato, para su mejor inteligencia.

Doce hombres, por lo menos, según he podido calcular por los ruidos que hacen, pues sábese ya que yo no los veo sino allá por casual eventualidad ó curiosa tentación de asomar las narices por la ventana, entienden en el manejo de ese mundo en su época de hierro, desempeñando cada cual determinadas y distintas funciones, aunque concurriendo todos al fin único de hacer rendir á las máquinas que dirigen, con la mayor cantidad de trabajo regular y sostenido, el mayor beneficio posible para la empresa que sostiene á máquinas y hombres, empleando sus capitales en las primeras y proporcionando noble ocasión á los segundos para ganarse honradamente la vida.

A esos doce hombres, hace años que yo no les oigo casi más palabras—porque el silencio es de regla en la imprenta de *La Nación* durante las horas del trabajo—que las de ¡Vamos, Francisco! pronunciadas con matemática regularidad por alguno de ellos un segundo antes de ponerse en movimiento una máquina, y las de ¡Alto, Francisco! que marcan con no menos exacta precisión el instante de suspender el trabajo, momentánea ó definitivamente.

¡Vamos, Francisco! ¡Alto, Francisco!—¡Toda una historia en cuatro palabras, y hasta el problema de la vida encerrado entre ellas, en todos sus términos, bajo todas sus faces, desde el principio hasta el fin de la jornada!

Francisco era hasta hace pocos días el mecánico encargado de la dirección del motor á vapor con que trabajan las máquinas del establecimiento que lleva el nombre del diario en que estas líneas se publican: era lo que en toda imprenta se conoce por *el foguista*, aunque el término no sea perfectamente aplicable al caso, pues Francisco era casi un mecánico, que se había identificado con su motor como Cuasimodo con sus campanas.

Portugués de nacionalidad, alto y delgado de cuerpo, humilde en sus maneras y su traje, trigueño de rostro, de barba entera y facciones bondadosas, acentuadas por una mirada llena de mansedumbre que no era en verdad la que debía esperarse de un hombre habituado á pasar su vida entre los rugidos del vapor y las violencias del fuego, Francisco entró al servicio de *La Nación*

hace ya más de diez años, durante los cuales no hay casi recuerdo de que faltara un solo día ó una sola noche al desempeño de sus importantes tareas.

Y lo que es aún más extraño dada la pobre condición humana, no hay ejemplo de que en ese tiempo tuviera nadie una queja del *foguista*, ni él una palabra descompuesta para otro que él mismo ó el motor, porque eso sí, Francisco, tan bueno con todos los demás, tan afable y tan manso, era y se hacía un verdadero ogro tratándose de su propia persona ó de la máquina encomendada á su cuidado, sobre cuyas dos entidades descargaba á cada momento una terrible serie de aportuguesados dicterios, por poco que no anduviesen las cosas á su completa satisfacción.

Nunca supe su edad, pero calculo, y esto no por los ruidos que dejaba pasar á través de mi ventana, sino por su barba canosa y cuerpo algo encorvado, que no debía bajar ya de los cincuenta y tantos, al dejar hace poco su puesto de honor entre los valientes hijos del trabajo, diarios fabricantes de esos millares y millares de hojas que con el nombre de *La Nación* al frente, salen á servir al pueblo de fuente copiosa de ilustración y recreo, ó que en la forma de libros, folletos é impresiones de todo género, parten á desempeñar funciones análogas, al par que á fomentar valiosos intereses.

¿Cuantas veces habré oído el ¡Vamos, Francisco! ó el ¡Alto, Francisco! desde que vivo entre máquinas?

Imposible formar de ello un cálculo, siquiera fuese aproximado; pero recuerdo sí con perfecta claridad, que ni una sola vez dejé de oir la voz tranquila del *foguista* contestando ¡Vaaamos!, inmediatamente después y como un eco, al primero de los expresados mandatos, y ¡Aaalto! al escuchar el segundo, abriendo ó cerrando en el acto la llave del motor, según el caso, para poner en movimiento ó detener la máquina correspondiente.

Inclinado por carácter á ir siempre al fondo de todas las cosas, y á buscarlo aún allí donde no existe en la apariencia, tomando por punto de partida una nimiedad cualquiera, un dicho, un gesto, el menor detalle que hiere mis sentidos y pasa inadvertido para todos los demás, me ha sucedido—sin extrañarlo absolutamente, por efecto de la costumbre—encontrarme más de una vez, mientras desde mi lecho oía el ruido sordo de la máquina en movimiento, seriamente preocupado con aquellas voces de mando, ó de acatamiento á la orden recibida, que llegaban hasta mí por intervalos, seguidas del silencio ó precediendo al bullicio, en las altas horas de la noche ó con las primeras luces de la aurora.

Aquella regularidad en el mandato y la obediencia; aquellos signos de la labor constante, brotan cada día y cada noche de unos mismos labios, un mes tras otro y un año después de otro año; aquellos llamamientos á la acción fecunda, lanzados en medio de la lucha del trabajo, la más noble y la más rica en resultados benéficos, y aquellas palabras del *foguista*, respondiendo como un eco

á cada nueva orden, desde su rincón tostado por una atmósfera de fuego, y con la expresión reveladora de la tarea concienzudamente aceptada y de igual modo cumplida, tomaban para mí la forma de otros tantos rasgos característicos y emblemáticos del medio íntimo en que me he criado, y en que aun transcurren mis días, tras rudas series de combates y desengaños, de alboradas y ocasos de la suerte, de esfuerzos generosos, no siempre coronados por el éxito en el terreno de las recompensas materiales ó el reconocimiento extraño, pero en todo tiempo fecundas en satisfacciones íntimas del alma y tranquilidades supremas del espíritu.

Y arrastrada mi imaginación por misterioso impulso, hallaba afinidades extrañas entre el continuo ¡Vamos, Francisco! de la habitación cercana, cuyas luces se me presentaban á través de los cristales como animadas por un fulgor de razón y de pensamiento, con la incitación al trabajo hecha incesantemente en mi hogar á través del tiempo, con la palabra que convence y el ejemplo que estimula.

Y abrazando aquel conjunto de ruidos y luces, causas y efectos, estímulos y fuerzas, trabajos y productos, señales y ecos, sobre todo lo cual parecíame que presidían, como númenes protectores, la honradez, la inteligencia y la perseverancia, sentía como si una voz interior me dijese al oído:

—¡He ahí la vida; he ahí la misión; he ahí el problema y la solución segura; he ahí la síntesis

de esa historia que te preocupa, junto con su fórmula acabada!

—¡Alto, Francisco!

—¡Aaalto!

El silencio reina por un instante; las imágenes y giros desaparecen poco á poco como arrastrados por los ecos fugitivos; la materia reclama sus derechos, y cuando viene el próximo ¡Vamos, Francisco! seguido inmediatamente del infalible ¡Vaaamos! del *foguista*, no encuentra en estado de oirlo al que soñara despierto un momento antes con los problemas de la vida; como que sueña ya dormido en que su camarote se halla demasiado cerca de la máquina del vapor que lo conduce á lejanas y risueñas playas.

En la semana pasada, es decir, la anterior á la que hoy concluyó, prodújose en la sala de la máquina del diario, un hecho que me llamó mucho la atención: al ir á poner en movimiento la máquina oí una y otra y otra vez durante algunos días, la voz de ¡Vamos! en lugar de la tradicional de: ¡Vamos, Francisco! y ni en una sola ocasión se escuchó el ¡Vaaamos! de este último, siendo la acción pedida la única respuesta dada á la lacónica orden.

¿Qué sucedía?

¿Se hallaría enfermo Francisco?

¿Habría salido por cualquier causa del establecimiento?

¿Se habría tomado el buen portugués un pequeño asueto tras tantos años de incesante trabajo?

Preocupado por la solución de este misterio, me dormí el sábado por la noche á mi hora de costumbre, prometiéndome averiguar lo que pasaba en las primeras horas de la mañana.

A ello me puse, en efecto, apenas levantado, pero al dirigirme á la sección de máquinas, completamente olvidado de que era domingo, me encontré con sorpresa con que no había en ella persona alguna. Penetré al cuarto del motor, donde reinaba igual quietud y silencio; pregunté por Francisco á *Don Pedro*, viejo loro oriundo del Paraguay á quien el *foguista* había en vano intentado enseñar á hablar en portugués, y me contestó con un *saca la pata* intempestivo, muy poco á propósito para conmover la idea que he tenido siempre de la inteligencia de esos bichos á quienes la naturaleza ha dado el don de articular palabras que tan útiles fueran en otros animales, y desesperando, por último, de hallar allí la clave de lo observado en noches anteriores, volvía hacia mi cuarto, cuando me salió al encuentro el gran Wilches—famoso en los anales imprentísticos de Buenos Aires—diciéndome con tono contristado:

—¿No sabe, señor, lo que pasa?

—No. ¿Qué sucede?

—¡Que se ha muerto Francisco!...

—¡Francisco! ¿Y cuándo?

—Esta mañana.

—¡Pero si hace pocos días le he oído la voz!...

—Sí, señor, ha sido una cosa muy pronta.

—¿Y de qué ha muerto?

—Del corazón.

Me retiré á mi cuarto tristemente impresionado.

La muerte de esos rudos hijos del trabajo, obreros obscuros é infatigables del progreso, me ha contristado siempre profundamente, porque habituado á vivir entre ellos, he aprendido á admirar todo lo que hay de noble y abnegado en esas existencias humildes y resignadas, en cuyo camino todo son asperezas, y á cuyo término se levanta el sacrificio deliberado, como resultado fatal del exceso en la tarea, en la vigilia, y en las privaciones de casi todo aquello que hace agradable y atractiva la vida del hombre sobre la tierra.

¡Pobre *foguista!*

La muerte fué esta vez la que le dijo ¡Vamos, Francisco! y él contestó como siempre ¡Vaaamos! deteniéndose el curso de su vida al oir la voz de ¡Alto! de su mísero destino.

En la noche del domingo pasado, es decir, en la correspondiente al día en que murió *el foguista*, ruidos extraños se oyeron por la obscura y desierta sección de las máquinas, y nadie le quita de la cabeza á Wilches y á algunos otros que no son Wilches, el que Francisco anduvo por allí, limpiando el motor, dando agua á la caldera y arreglándolo todo para el trabajo del día siguiente.

Mañana tal vez cuente que, como el organista de la tradición de Becquer, que volvió después de muerto á su capilla y ejecutó la más sublime música que escucharan jamás oídos humanos, ha vuelto Francisco al lado de su motor, echándolo á andar con rapidez vertiginosa, y con él á todas las máquinas de su dependencia.

Si tal sucede, yo, que vivo entre ellas, no tendré más que decir ¡Alto, Francisco! para que haga alto, y vuelva su pobre espíritu inquieto á la región silenciosa donde no hay motores, ni nadie que le dé la voz de ¡Vamos! ó de ¡Alto! por los tiempos de los tiempos.

Mientras tanto, el *Deus ex machina* de *La Nación*, entre llamaradas de carbón de piedra, humo denso como el del infierno y vapor como el que deben despedir las calderas de los condenados, se habrá reducido á esos elementos que, esparcidos en la atmósfera vital, se convierten en principios de fuerza que encienden el fuego, desenvuelven el elástico poder del vapor, hacen andar las máquinas, suministran hierro á la molécula de la sangre que pone en conmoción el cerebro,—otra máquina que se mueve por el calórico convertido en trabajo,—y dan por resultado ese producto que se llama el «diario», hijo del consorcio fecundo del escritor y del obrero que, como Francisco, sucumbe en la tarea cuando la máquina humana dice ¡Alto!

HACIA LOS ANDES

De Buenos Aires á San Juan yendo para Mendoza.

San Juan, Marzo 20 de 1883.

Honni soit qui mal y pense.

Yo creo estar seguro de haber salido de Buenos Aires el 10 del corriente á las 3 p. m., por el ferrocarril de Campana, en viaje para Mendoza, á donde me llevaba un objeto perfectamente determinado en largas discusiones directivo-administrativas.

Mi plan de viaje y de trabajo, ajustado en un todo á las exigencias de la comisión de que estaba encargado, hallábase formulado anticipadamente, y al dar la última mano á los preparativos de marcha, si por acaso volaba hacia adelante el pensamiento, lo veía todo tan natural y sencillo, tan de acuerdo con lo hablado y lo previsto, que no tardaba en abandonar el tema por destituído, si no de interés, por lo menos de novedad.

Conviene aquí, para la mejor inteligencia de lo que tengo que decir en esta epístola, así como del propósito de ella, dar una idea de mi citado plan de viaje y de tareas. Lo compendiaré en forma de sumario ó índice de capítulos, en obsequio á la brevedad:

Juan de los Palotes toma el tren de Campana, acompañado hasta la estación únicamente por uno ó dos desocupados, pues sus compañeros de trabajo tienen mucho que hacer á tal hora, para perder tiempo en paseos de despedida.

Embarque de Juan en Campana á bordo de un vapor cuyo nombre no hace al caso, y en el que su presencia no causa mayor impresión que sus palotes. Llegada al Rosario y salida de la misma ciudad con la menor pérdida posible de tiempo, y sin que nadie haya advertido su paso, excepto los changadores, cocheros, hotelero y boleteros, para cobrarle cada uno lo correspondiente, ó algo más.—A San Luis, vía Central y Andino, tragando tierra por boca y narices, sudando la gota gorda, que es cosa que hace muy buena liga con la tierra, y domando un asiento que á su vez le doma á uno los huesos.—Parada en San Luis en una casa que llaman hotel, con visita al estimable agente de *La Nación*, mientras sale la mensajería.—A Mendoza en dos días de camino mensajeril, durante los cuales gozan los pasajeros entera libertad para olerse, tocarse y fastidiarse recíprocamente hasta decir basta, que es lo mismo que si no se dijera nada, pues no por eso dejan los doce caballos de arrastrar el vehículo á razón de tres leguas por hora, manteniendo á viejos y jóvenes, grandes y chicos, hombres y mujeres, sanos y enfermos, como en un baile fantástico en el cual hicieran de piernas las asentaderas.—Llegada á Mendoza y alojamiento en una casa peor que la que llaman hotel en San Luis, mientras se encuen-

tra otra habitación mejor.—Instalación en esta última y principio de las tareas de corresponsal de *La Nación* en el interior de la República, sin que á Juan de los Palotes le haya sucedido hasta all cosa alguna que no tuviera prevista, salvo tal vez una diferencia, á favor ó en contra, de tres ó cuatro reales bolivianos entre lo calculado y lo gastado durante el viaje.

Tal era, trazado á grandes rasgos, el plan de mi viaje á Mendoza, plan susceptible, más tarde, de posibles agregaciones, pero circunscripto por el momento á los límites que dejo consignados, de común acuerdo entre la administración y dirección del diario.

¿Puede darse nada más sencillo, más practicable, más en el orden natural de las cosas?

Seguramente que no, y sin embargo, aquí me tienen ustedes en San Juan, según lo aseguran multitud de personas respetables, hoy 20 de Marzo, aniversario del terremoto de Mendoza, que debía dar tema á mi primer correspondencia, ofreciéndome ocasión propicia para reseñar desde el teatro mismo de la catástrofe lo que era la capital mendocina antes de su destrucción en 1861, evocar algunos recuerdos del terrible suceso, y presentar á la admiración de la República la nueva ciudad, Fénix andino al cual han bastado pocos años para renacer de entre sus ruinas, más grande, más hermoso y más potente que antes del cataclismo, que al postrarlo con furor inaudito, no logró destruir su espíritu creador, vigorizándolo más bien, y preparándolo para la gran tarea del porvenir.

Pero ¿estoy yo, efectivamente, en San Juan á los diez días de haber salido de Buenos Aires?

Lo que mi memoria me dice que me ha pasado en esos diez días, ¿me ha pasado realmente?

¿No seré víctima de una de esas alucinaciones extraordinarias que nos cuenta Poe en sus no menos extraordinarias narraciones?

¿He visto, he oído, he hecho todo lo que mis sentidos me aseguran que he hecho, he oído y he visto?

Estas escenas que tengo aquí grabadas en la mente, con caracteres tan vivos que me parece estar aún en medio de ellas, siendo ora testigo, ora actor, ora favorecido, ora víctima, en sus múltiples y variados incidentes, algunos tan inesperados y reñidos con la lógica de las circunstancias que sería de dudar de ellos aun mirándolos frente á frente, ¿se han desarrollado en realidad ante mis ojos, envolviéndome en una atmósfera de tan extrañas influencias que llego á dudar de que yo, que escribo estas líneas, sea yo efectivamente, sucediéndome imitar al distraído aquel de la tradición popular que solía buscarse y no encontrarse, contestando con toda sinceridad á los que por él mismo preguntaban, que no estaba en casa aquel á quien se deseaba ver?

He aquí una serie de preguntas á que no sabría responder de una manera satisfactoria para mí y para los lectores de *La Nación*, por lo que prefiero dejar que los hechos, ó lo que me parecen tales, hablen por sí mismos, poniendo á todos en aptitud, por lo menos, de explicarse esta situación ex-

traña de espíritu á que me ha arrastrado un encadenamiento de sucesos—real ó imaginario—en que no puedo pensar sin confundirme, á punto de no saber distinguir cuál es el loco entre Juan de los Palotes, Claudio Caballero y otro individuo que yo no conozco, ó si los tres han perdido la chaveta.

Desde antes de salir de la imprenta, en esa ciudad, empecé ya á notar que algo extraño sucedía. Al preguntar al administrador, como el más al cabo de tales cosas, cuál era el vapor que salía para el Rosario, para ir á tomar el pasaje, me contestó que no me preocupase de él, pues ya estaba tomado en el Tridente. Tanta solicitud de parte de hombre por lo general tan amigo de dejar que cada cual arree su mula (esta frase me hace creer que estoy en San Juan) no dejó de sorprenderme algo, creciendo mi sorpresa cuando vi que poco á poco iban llegando numerosas personas de diversos rangos y posiciones, las cuales, después de preguntarme á qué hora era la partida, se instalaban como esperando que llegase esta última. Había allí generales, altos funcionarios, abogados, médicos, comerciantes, rentistas, personas todas con quienes me liga una relación afectuosa y sobre todo un alto respeto, pero de las cuales no podía esperar en manera alguna demostración semejante.

Llegó el momento de partir: cuando salí al patio, todas las personas mencionadas, con más algunos amigos de confianza, se preparaban á salir también. Y salieron; pero, ¡cosa extraña! Aun

cuando me quedé atrás para marchar en última fila, como me gusta hacerlo siempre, no vi que nadie se opusiese á mi intento: antes por el contrario todos se apresuraban á ir adelante, sucediendo que cuando, acompañado por dos ó tres amigos, transpuse el umbral de la puerta de calle, noté que *mi comitiva* iba ya á media cuadra de distancia.

—Estos estimables señores recuerdan que Dios mismo es quien ha dicho que los primeros serán los últimos y los últimos los primeros, y amoldan sus actos al divino aforismo,—me dije para mis adentros, y continué camino de la Central.

Pero lo que puede ser cierto en el cielo no suele serlo en la tierra, y yo, que había salido el último de la imprenta, llegué también el último á la estación, aun cuando hice alarde de una agilidad de piernas de la cual, francamente, no me hubiera creído poseedor. Algún famoso tranqueador debía haber mandado la parada en la marcha de los de adelante.

En la estación había reunida mucha gente, y entre ella oía yo que corrían estas preguntas y respuestas:

—¿Dónde está?

—Allí.

—Pero ¿dónde?

—Allí: ¿no ve?

—¿En el coche?

—No, hombre, al lado.

—No, señor, ya está dentro.

Y la gente se movía en la dirección indicada, formando compacto y numeroso grupo.

Fuí á entrar en uno de los coches del tren, y me detuvieron diciéndome:

—No, en el otro.

—¿Y por qué no en éste?

—Porque allí están, hombre.

Me convenció esta razón: si *estaban* en aquél ¿cómo podía ir yo en éste?

Me metí, pues, en el otro, y quise tomar mi asiento con tiempo, como viajero experimentado; pero no me dejaron, oyendo que me decían:

—Allí están.

Y no hubo más remedio: tuve que ir á sentarme donde estaban aquellos misteriosos seres, de los cuales parece que dependía yo sin saber cómo ni por qué.

Se dejó oir el silbato anunciador de la partida, y empezaron á bajar del coche numerosas personas, no sin antes estrecharme la mano y desearme feliz viaje. De pronto, al moverse el tren, resonó un viva estruendoso, seguido de nutridos aplausos, y un instante después....

Agitando sus músculos de acero
Corrió el monstruo del siglo por el riel.

Eché la vista á mi alrededor: casi todos los compañeros de coche miraban en la dirección en que yo me hallaba. Me llamó la atención esta insistencia, y me miré á mí mismo, presa ya, después de lo que acababa de ocurrirme, de cierta vaga inquietud que debía ir acentuándose á medida que adelantase en mi viaje, hasta rematar en este estado mental de imposible calificación, en

el cual me falta por instantes hasta la conciencia clara de mi propia personalidad, llegando en ocasiones, como cuando en viaje para Mendoza desperté en San Juan, á creerme presa de un sueño extraordinario por la realidad viviente de sus imágenes y la indeleble fuerza de adhesión de sus recuerdos.

Al mirarme á mí mismo en el momento ya indicado, fué cuando me asaltó la primera duda respecto á la identidad de mi individuo, por lo menos en lo moral, que en cuanto á lo físico y su cubierta, allí estaban mi pera en cuarto creciente, mi ojo izquierdo que tiene la particularidad de ver más él solo que acompañado del derecho, mis portillos recordando el sitio en que se afirmaran otrora unos dientes que yo quería, no tanto por lo feos cuanto por los útiles, mis manos de dedos cortos y regordetes á los cuales no he podido nunca enseñar á hacer un nudo de corbata medianamente presentable, mi cintura que ha tenido el don, no sé por qué, cada vez que me han tomado medidas para hacerme un pantalón, de obligar al sastre á repetir dos, tres y más veces la cifra métrica de sus dimensiones, antes de lograr que el escribiente la anotase en el libro respectivo, y sobre todo, pasando de lo natural á lo artificial para no entrar en más pormenores, mis viejos zapatos, tan acostumbrados al pie que se entran y se salen solos, y que en aquella ocasión parecían orgullosos de cubrir en partes unas medias flamantes color añil averiado, salpicadas de estrellitas blancas,—estupenda compra que había hecho una persona que-

rida á quien encargué de procurarme ese artículo,—fundándose en que á lo barato unían lo *high-life.*

No, fuera de lo moral, no había lugar á duda: era yo quien se hallaba allí sentado, bajo los fuegos de treinta ó cuarenta miradas lanzadas por doble número de ojos, salvo el caso de que hubiera entre la concurrencia algún tuerto, de lo que no tuve ocasión de cerciorarme. Era yo, sí: aunque hubieran fallado tantos signos corporales de mi exclusiva propiedad, las medias que unían lo barato á lo *high-life*, y que, de paso sea dicho, en la primer jornada cambiaron de aspecto hasta el punto de que no las hubiera conocido ni el infame que se las vendió á mi solícito encargado, me habrían revelado que era mi ser físico el que ocupaba aquel asiento. Nadie más que yo se ha puesto tales medias—hago esta justicia á los calumniados *high-lifes*—haciéndoles á su vez á las medias la de reconocer que la poca conciencia que aun me queda de que soy todavía el mismo que salió de Buenos Aires el 10 del corriente con rumbo á Mendoza, se la debo á ellas, única y exclusivamente. Cuando mis dudas recrudecen corro á la maleta, saco las consabidas, las suspendo á la altura de la vista, contemplo el que fué cielo estrellado de su color primitivo, y exclamo:

—Soy yo, efectivamente: jamás otro mortal afrentó sus pies con medias semejantes!

Un movimiento que hizo mi compañero de asiento, que ocupaba la parte del mismo contigua á la

ventanilla, sobre el costado izquierdo del coche, me hizo fijar en él la atención.

Era un hombre cuya edad me pareció que debía andar entre los cincuenta y cinco y sesenta años, alto, de tez pálida, barba corta y entrecana, bigote algo más poblado que la barba, cabello negro y ondulado, sobre el cual no había impreso tanto su inequívoca huella la acción del tiempo, ojos color verdemar, de una expresión vaga y melancólica, nariz proporcionada, boca de corte recto y firme, frente regularmente ancha, en cuyo centro, rozando con su parte superior la entrada del cabello, destacábase una honda cicatriz, de bala indudablemente, de forma semiangular y tinte sonrosado, hombros bien asentados sobre la caja del cuerpo, abdomen un si es no es pronunciado, por efecto de los años evidentemente, pues no podía decirse que fuera un hombre grueso, manos cuidadas, de un blanco natural y dedos largos de uña abovedada, espalda y pecho en armonía con la contextura general de un cuerpo que debió ser airosamente esbelto en sus mocedades, y que conservaba, según lo deduje de la prolija observación que me permite bosquejar este retrato, una desenvoltura y fuerza muscular, si no notables, por lo menos poco comunes en la edad que representaba mi vecino de asiento, y sobre todo tras de una existencia física y moralmente trabajada, como pensé que debía haber sido la de aquel hombre, juzgando por su semblante pensativo y triste, en el cual no era difícil descubrir las líneas y las sombras reveladoras de las grandes tormentas de la vida.

¿Quién era aquel hombre?

¿No sería á él á quien miraban todos?

Las extrañas circunstancias que habían precedido y seguido de cerca á mi partida ¿no se relacionarían con él principalmente, reconociéndolo tal vez como causa única?

El tren se detenía en la estación del Retiro á tiempo que me hacía yo las anteriores preguntas, y al ver que mi compañero de asiento era allí objeto de efusivas demostraciones de respetuoso afecto y simpatía, comprendí que él debía ser él, y que yo podría muy bien seguir siendo yo mismo, no obstante los incidentes que me habían hecho ponerlo en duda.

El viaje hasta Campana se hizo sin novedad digna de mención: empezaba á creer que Juan de los Palotes tendría al fin el gusto de ver realizarse su plan de allí en adelante.

A bordo del Tridente fuí objeto de las más finas atenciones de parte de su amable y digno capitán el señor Vucassovich. Las atribuí ante todo á la proverbial galantería de dicho señor, y no me extrañaron.

A eso de las tres de la mañana me despertaron para decirme que estábamos en San Nicolás, y que acababa de llegar á bordo una comisión de vecinos con el objeto de saludar al señor general, á quien no se atrevían á llamar porque dormía en aquel momento. Yo hubiera podido observar que en igual caso me encontraba cuando se atrevieron á llamarme, pero no lo hice, prestándome gustoso á recibir á los señores comi-

sionados, mientras llegaba aquel á quien buscaban.

¡Aquél! Pero ¿quién era aquél, y qué pitos tocaba yo en la amable manifestación?

Por indicación del capitán, que tenía necesidad de zarpar inmediatamente, á causa de ir el vapor con algún retardo, y de los mismos estimables caballeros de la comisión, que expresaron su deseo de que no se molestara al General, á quien dejarían un saludo escrito, firmado por todos ellos, se resolvió abandonar la resolución de despertar al viajero, de lo que me alegré infinito, porque llegado el caso no habría sabido á quién ir á llamar, exponiéndome, por vergüenza de preguntar cosa que parecía tan sabida, al ridículo de tomar una persona por otra.

Agradecí, en nombre del *General*, la demostración de los vecinos de San Nicolás, y un momento después el Tridente navegaba á todo vapor con rumbo al Rosario.

Aquello tornaba á descomponerse, y desde la visita de los vecinos de San Nicolás, en la cual representé tan inesperado papel, las atenciones del capitán y del personal de servicio del vapor, empezaron á hacérseme sospechosas. Juan volvió á sentir seriamente amenazado su plan de viaje, y los temores semisupersticiosos de poco antes invadieron una vez más su espíritu.

Una palabra pronunciada varias veces por los señores comisionados había quedado grabada en mi imaginación: la palabra *General*, aplicada á la persona á quien iban á saludar.

De pronto me di un golpe en la frente con la palma de la mano derecha: del cuarto contiguo al del capitán del vapor salía en aquel instante mi vecino de asiento en el tren de Campana, el misterioso personaje que parecía ejercer sobre mi voluntad y mis actos, sin sospecharlo acaso, y sin que pudiera yo explicarme la causa, una influencia tan directa y extraña.

—¡Ahí está!—exclamé en voz alta, sin darme cuenta de lo que hacía y obedeciendo á una poderosa impulsión interna.

—¿Quién?—me preguntó un pasajero que se hallaba cerca, y que creyó sin duda que mi exclamación le iba dirigida.

—El General.

—¡Ah! sí, él es efectivamente.

—¿Le conoce usted?

—¡Pues vaya! ¿Hay aquí acaso alguien que no lo conozca?

—Yo, por ejemplo.

—Usted vendrá probablemente de la China...

—Para decir la verdad, empiezo á tener mis dudas al respecto; pero ¿podría usted decirme de dónde es general ese caballero?

—De ninguna parte

Miré fijamente á mi hombre procurando cerciorarme de si quería burlarse de mí, y resuelto en caso de convencerme de ello, á decirle con mi habitual franqueza que tuviese la bondad de ir á jugar con otra persona cualquiera; pero nada observé en su semblante que me confirmase en tal temor.

—¿Cómo de ninguna parte? agregué;—entonces no es general...

—Sí, lo es.

—¿Reconocido por qué gobierno?

—Por ninguno.

—¿Y se le llama general, sin embargo?

—Por todo el mundo.

—¿Menos por el gobierno, es de suponer?

—Por el gobierno también, de presidente abajo.

—¿Y cómo explica usted eso?

—Porque es general.

—Y usted un zopenco, que podría ir á divertirse con su abuela!—estuve por replicar al autor de aquel galimatías; pero me contuvo el recuerdo de lo que me venía pasando desde antes de mi salida de Buenos Aires, y la idea consiguiente de que acaso la escena á que asistía no era más que la continuación estrambótica del estado anormal de cosas en que actuaba hacía ya cerca de veinticuatro horas. Podía ser yo el ofuscado; tal vez yo no era yo en aquel momento, aunque allí estaban las medias estrelladas lidiando por probar lo contrario, y creí más prudente callarme, retirándome á un lugar solitario del buque á meditar en tanta cosa que me invitaba á la meditación...

Poco después de las nueve de la mañana el Tridente atracaba al muelle del Rosario. Estaba lloviznando, pero esto no obstante una masa compacta de gente llenaba el desembarcadero, abrigándose bajo sus paraguas los que lo tenían, aguantando el agua heroicamente los que carecían

de él, ó sea la inmensa mayoría de los circunstantes.

De esa masa de gente se destacó un grupo numeroso de caballeros, abordó el vapor, yendo en línea recta hacia donde se hallaba el General que no es general y que, sin embargo, es general según mi informante de á bordo, apresurándose todos á estrecharle la mano con visible contento, y estableciéndose una cadena continua de presentaciones y salutaciones.

Desde mi solitario retiro observaba yo en todos sus detalles aquella animada escena, cuando noté que algunos de los abordantes se dirigían hacia mí con intención evidente de saludarme también. Púseme al punto en actitud salutatoria, semirresuelto ya á no sorprenderme de nada, después de tanta sorpresa, y correspondí lo mejor que pude á las finas demostraciones de que se me hizo objeto.

—Bajaremos... — me dijo uno de los caballeros en tono medio de proposición, medio de pregunta, y señalando con la mano el muelle inmediato.

—Un momento, si ustedes permiten,—repliqué—voy á disponer el desembarque del equipaje.

—No se ocupe usted de eso, ya está arreglado.

—Tengo alguna pequeña cosa que hacer á bordo; vuelvo en el acto.

Me dirigí en busca del mayordomo del vapor y le pregunté á cuánto montaban algunos gastos extraordinarios que había hecho, y me contestó que no debía nada.

—¡Buen precio!—me dije para mi coleto, pensando en el tazón de chocolate con tostadas con

que acababa de refocilarme, y en la circunstancia de que tampoco en Campana habían querido recibirme cosa alguna por servicios que estaba en el deber de remunerar.

Y luego me ocurrió que siguiendo así las cosas en el orden económico, lo que no debía extrañarme después de tal principio, iba á verme, al llegar á Mendoza, en la dura necesidad de dar un terrible disgusto al administrador de *La Nación*, pasándole una cuenta de gastos de viaje formulada más ó menos así:

Pasajes..................	$ 00,00
Hoteles..................	00,00
Otros gastos..............	00,00
Total.........	$ 00,00

Ya veremos á su debido tiempo cómo anduvieron las cosas al respecto.

Volví al lado de los caballeros que me habían invitado á bajar, y bajamos, descubriéndose respetuosamente la multitud al pisar el muelle la comitiva. A pocos pasos de distancia me esperaba un elegante carruaje, al cual se me invitó á subir, lo que hice sin hacerme de rogar, porque, como ya lo he dicho, estaba resuelto y resignado á todo, aun á no gastar un medio en todo mi viaje.

—Voy á la *Universelle*, dije á mis compañeros de carruaje, por decir algo.

—Para allá vamos precisamente: tiene usted ya preparado su alojamiento. Nos detendremos un rato en el hotel para dar tiempo á que se disperse un poco la concurrencia, y pasaremos en seguida

á casa del juez federal doctor Zuviría, cuya familia los espera á almorzar.

Juan de los Palotes y su plan de viaje, tan sencillo, tan práctico, tan arreglado al orden natural de las cosas, quedaron en aquel punto fuera de la cuestión. La transmigración era un hecho evidente, consumado en todas sus partes, y no había que pensar en resistirlo, aun cuando quedase en pie la grave cuestión, que aun me preocupa seriamente, de saber dentro de quién se habían metido Juan y sus Palotes, ó quién se había metido dentro de éstos.

En un carruaje de gran gala habíanos precedido el General hasta el hotel, donde lo encontramos en medio de un concurso tan numeroso de caballeros, que era necesario que unos saliesen de la sala de recibo para dar lugar á que otros entrasen, mientras la gente del pueblo trepaba por las rejas de las ventanas para ver algo de lo que ocurría en el interior.

A las once, terminada la recepción, retiráronse los últimos restos de la concurrencia, y nos poníamos en camino hacia la casa del doctor Zuviría, donde se sirvió un espléndido almuerzo, en el cual no faltaron los brindis entusiastas que me dejaron con tamaña boca abierta al ver qué personajón llevaba yo en mi compañía. Hacía los honores de la mesa con exquisita galantería la distinguida esposa del dueño de casa. A las dos de la tarde, acompañándolo hasta la estación escogida comitiva, y resistiendo amistosas invitaciones, sin per-

juicio de agradecerlas sinceramente, según pude colegir, tomó el General el tren del Central Argentino que salía á esa hora.

Un salón de dos departamentos hallábase preparado para su exclusivo uso; pero sucedió, no sé cómo, que después de pasar por el hotel y recibir allí la grata nueva de no deber nada, me encontré de repente instalado yo también en el carruaje especial, dueño absoluto de un departamento con grandes sofaes y todas las comodidades necesarias, igual en un todo al que ocupaba el general puerta por medio.

Me extendí muellemente sobre uno de los sofaes, haciendo almohada de un cojín cercano, y púseme á pensar formalmente en lo que me ocurría.

—En verdad,—me dije,—que es muy extraño lo que me pasa, y no sé en qué irán á parar estas misas, no pudiendo ser más misteriosa la intervención que la suerte me depara, tan impensadamente, en los incidentes del ruidoso viaje de este caballero, á quien no conozco, y hacia el cual me impelen, sin embargo, desde hace veinticuatro horas, fuerzas tan potentes que ni siquiera me doy cuenta de cómo se produce el hecho de encontrarme á su lado á cada paso, alcanzándome cuanto le alcanza, sin que mi voluntad entre para nada en el asunto, ni acierte yo con el medio de evitar que se cumpla lo que parece una resolución inapelable del destino.

Al llegar á esta parte de mi soliloquio, levanté mi pie á la altura de la ventanilla que le quedaba más cerca, á fin de apoyarlo en ella al estilo yan-

qui, aprovechando la soledad en que me encontraba,—pues, como ya he dicho, el General ocupaba el departamento vecino,—y en ese instante sentí como un estremecimiento en todo mi cuerpo. Abrí los ojos lo más que pude, cual si dudase de mis sentidos, y durante algunos momentos los tuve fijos en el pie que se balanceaba en la ventanilla á impulso de los movimientos del tren, como luciendo sus gracias á las lechuzas que los contemplaban con gesto estúpido, posadas tranquilamente sobre los postes del telégrafo que corre á lo largo del camino.

Aquel era seguramente mi pie: conocedor profundo de su topografía, habría sabido distinguirlo entre mil. Pero ¿eran aquellas mis medias? ¿Dónde estaba su azul incomparable de la víspera, dónde sus equidistantes estrellas? El azul había sido reemplazado por una mezcla indefinible de desteñidos colores, que traía á la memoria aquellos fondos pictóreos, con pretensiones de cielo, que en ciertos cuadros muy abundantes por allá en los bodegones inmediatos á los mercados y la ribera, lo dejan á uno en la duda de si son nubes lo que se tiene por delante, humo de cañonazos, espuma de olas, remolinos de tierra, vapor de ollas hirviendo, ó parches de jabón de afeitar aplicados allí con el dedo por algún barbero incapaz de comprender y respetar el arte. ¡Y las estrellas! Las estrellas se habían vuelto calabazas, cometas, medias lunas, cuernos, pececillos, sanguijuelas, rábanos; no se cuánta cosa proyectaba en todas direcciones su más ó menos alongada for-

ma, presentando un aspecto pintoresco tal vez, pero que tenía muy poco de común con aquel á que en vano había procurado acostumbrar mis ojos al entrar en relación con la gran compra de mi proveedor de artículos de viaje.

La transformación no podía ser más completa, y como antes había temido por la integridad de mi ser moral, al verme envuelto en sucesos que no comprendía ni debían afectarme en manera alguna, de acuerdo con la lógica natural de las cosas, empecé á temer en aquel momento, al observar el brusco y extraño cambio que se había operado en pieza tan conspicua de mi vestuario, por la estabilidad de mi ser físico.

¿Resultaría al fin que á medida que iba imponiéndome su imperio aquella poderosa atracción que tendía á convertirme en una especie de satélite de un astro desconocido, iban cambiando de naturaleza las dos entidades de mi personalidad humana: la entidad moral y la entidad física?

Por largo rato túvome seriamente preocupado esta cuestión. Momentos después, al caer el pie de la ventanilla y ocupar sobre el sofá el puesto que le correspondía al lado de su compañero, desapareció la causa inmediata de mi preocupación, y algo como una nube vaporosa cruzó ante mi vista.

Y seguí pensando; con la particularidad de que poco á poco iban haciéndose más alegres mis pensamientos, y borrándose la impresión de inquietud que ante la idea de sentirme metido dentro de otro, ó de sentir otro metido dentro de mí, se había apoderado de mi espíritu.

La voz del guardatrén, que gritaba «¡Carcarañá!» en el momento mismo que me hacía yo, entre dormido y despierto, la reflexión de que al fin y al cabo no me había ido ni me iba yendo tan mal en mi viaje, me arrancó al dulce sopor en que había caído, y abandonando la posición horizontal, me asomé á la ventanilla, del lado de la estación, para ver lo que pasaba.

En aquel momento bajaba el General del departamento contiguo, apresurándose varias personas á ofrecerle sus servicios, y tomando, seguido de un robusto sujeto que lo acompañaba desde Buenos Aires,—y que me hacía el efecto de un mastín pronto á devorar al primer individuo medio sospechoso que se aproximase á su señor más de lo conveniente,—el camino del hotel que se divisaba como á una cuadra de distancia.

Por fin se rompía el encanto: *él* se quedaba en Carcarañá, *yo* seguía viaje á mi destino. ¡Confusiones del espíritu, temores pueriles, supuestas atracciones, influencias imaginarias, apariencias engañosas de medias baratas y *high-life*, ¡quedad en paz, como yo sigo mi camino!

—Míster, hay que bacar, tren va marchar.

Volví bruscamente la cabeza hacia la puerta del coche, y viendo que era el guardatrén quien me hablaba—inglés como todos los del Central Argentino—me apresuré á contestarle que yo no bajaba allí.

—Entonces, ¿usted vuelve Rosario?

—No, hombre, yo voy á San Luis.

—Tren San Luis no salir hasta mañana las nueve.

—¿Y cómo me han dado boleta hasta San Luis?

—A ver...

Le mostré mi boleta; el inglés la tomó, la miró, y devolviéndomela con el lado del revés para arriba, me dijo:

—Con duerme Carcarañá.

Efectivamente, sobre el reverso de la boleta leíanse manuscritas, estas cuatro palabras, no muy correctas que digamos y repetidas á su modo por el conductor: «con dormida en Carcarañá».

Quedé por un momento como anonadado: aquello iba pasando de castaño obscuro; pero el inglés me apuraba para que bajase, y bajé, manifestándoseme, cuando quise reclamar mi equipaje, que no me ocupara de eso, pues al siguiente día lo encontraría en *mi* departamento, á la hora de partir.

Cuando llegué al hotel, el General, que ocupaba una silla colocada en el corredor, volvió hacia mí su rostro, plácidamente triste, en el cual parecióme descubrir en aquel momento cierta vaga semejanza con el que atribuyen las pinturas, láminas y efigies á Jesús Nazareno, y me saludó con afable sonrisa. Correspondí al saludo, y pasé de largo, encontrando en el zaguán al individuo con aspecto de perro de presa á quien he hecho ya referencia, y que sin duda por haber visto que su amo me miraba benévolamente, se dignó obsequiarme con un gruñido, que á él debió parecerle muy amable, pero que, partiendo de cara tan fea y de pocos amigos, no me lo pareció á mí tanto.

Algunos instantes después, extendido sobre un lecho bastante bueno, desde el cual, á través de

una ventana abierta, dominaba un pintoresco panorama campestre, entregábame de nuevo á las meditaciones en que ya varias veces me habían sumergido las extrañas peripecias de mi viaje, no saliendo de ellas sino para quedarme profundamente dormido, y soñar que era un príncipe poderoso, inmensamente rico, y dotado de tan soberana hermosura como raros talentos, al cual ciertos parientes familiarizados con los secretos misterios de la magia, habían transformado por arte de encantamiento en un Juan de los Palotes, envidiosos de que todas las doncellas de su reino corriesen tras él desesperadas cada vez que se presentaba en público, mendigando una mirada de sus ojos ó una sonrisa de sus labios.

Hermosa región aquella de la cual es naciente y próspero centro la población de Carcarañá. La colonización agrícola ha producido ya allí opimos frutos, y cuando, en el excelente hotel de la localidad, formando corrillos en sus salas y corredores, se oye á los vecinos de algunas leguas á la redonda departir sobre sus respectivas cosechas, discutir sistemas y reformas, enumerar las dificultades encontradas y vencidas, comparar los resultados obtenidos, y comunicarse sus proyectos y esperanzas, cambiando nociones útiles, apoyadas por la experiencia, y echando las bases de lucrativos negocios, se cree asistir á los primeros y gigantes pasos de la formación del "granero del mundo", como se ha llamado á la portentosa zona de que es centro Chicago allá en las riberas del Michigan, viniendo á la memoria la "Bolsa de granos" del

gran emporio americano, y apreciándose la magna distancia recorrida desde que—no hace aún muchos años—la sucia pulpería era en la comarca el único punto de reunión, en el que no se trataban negocios, ni se discutían mejoras, ni se hacían planes de engrandecimiento, pero se le daba "de lo lindo" á la copa, el naipe y la guitarra.

Hoy no faltan ni la guitarra, ni la baraja, ni la copa, pero el nivel moral é intelectual ha mejorado al mejorar el suelo, y puede decirse que el cultivo de éste ha influído de rechazo sobre el cultivo de aquél; no siendo ya aquéllas atractivo único, ocupación favorita, ni mucho menos objeto de vida, y sí, tan sólo, lo que deben ser donde con la inmigración y con la incorporación de elementos nacionales más cultos, atraídos por el desarrollo de prósperas industrias, se han generalizado los hábitos de la vida civilizada: recurso ocasional para dar solaz al cuerpo y al espíritu fatigados en la ruda y fecunda tarea de cada día.

Si no me hubiera encontrado en las condiciones especialísimas que conoce el lector, por seguro puede tenerse que no habría salido de aquella región de inmenso porvenir, y ya risueño presente, sin reportarla en debida forma, á fin de hacerla conocer de todos como ejemplo y para estímulo; pero aunque acababa de cambiarme las medias transfiguradas por otras café con leche de mesa de pupilos, pertenecientes al mismo lote de las primeras, sentía que me hallaba aún bajo la influencia de la fuerza superior que me arrastraba en pos del personaje de rostro nazareno, y llegado el mo-

mento de partir, ocupé sin la menor observación ó tentativa de resistencia, mi departamento del coche reservado que conducía al General, no tardando el tren en emprender su marcha devoradora del espacio.

Pero la situación anómala en que ya entonces me encontraba, y me encuentro aún, no ha de durar siempre; antes por el contrario, tengo para mí que no pasarán muchos días sin que llegue á su término, y entonces ¡oh, entonces! tengan ustedes por seguro que me oirán hablar largo y tendido del Carcarañá santafecino, y otros muchos Carcarañás que valen tanto ó más, cada cual en su género, en diversos puntos de la República.

Desde mi departamento, observo lo que hace el General en el suyo: tan pronto lee como se pasea, se recuesta en un sofá, ó se asoma á una ventanilla. No me habla, lo que me parece muy extraño después de estar juntos tanto tiempo; tampoco yo le dirijo la palabra, que no me ha gustado nunca responder cuando no me llaman. Entra el conductor y el General le dice algo que no alcanzo á oir, pero que debe relacionarse con la entrada en su departamento,—algunos instantes después,—de un joven de cabello y barba de un negro perfecto, y en cuyo pálido semblante resaltaban visiblemente las huellas de una profunda tristeza. Supe después que aquel caballero, ingeniero de minas distinguido y soldado valeroso en las recientes campañas contra el Perú y Bolivia, era el señor Augusto Orrego, hijo de Chile, á cuyo país

ha representado en Buenos Aires, en el carácter de cónsul, durante algún tiempo.

La experiencia adquirida en el resto del viaje hasta Mendoza, durante el cual estuvieron casi siempre juntos aquellos dos hombres, me hizo comprender y apreciar las causas y razones que influían para que, simpatizando sus almas, se sintiesen sus inteligencias recíprocamente atraídas: Ambos soportaban el peso de una de esas desgracias para las cuales no hay consuelo en la vida, y espíritus cultivados, ambos buscaban y encontraban en los libros, la observación y el intercambio de ideas, tal vez el único alivio concedido á su pena.

Entretanto, el tren avanzaba, sucediendo en unas estaciones que algunas personas subían al coche á saludar al General y desearle feliz viaje, descendiendo el viajero en otras y siendo objeto de análogas demostraciones, complementadas ocasionalmente con el ofrecimiento de ramos de flores, presentados por señoritas ó niños de tierna edad.

En Bell Ville subió al tren el ingeniero nacional Rafael Martínez Campos, que llevaba encargo del director del ferrocarril Andino, señor Guillermo Villanueva, de ponerse á las órdenes del General para todo aquello en que pudiese serle útil en la expresada línea, manifestándole que en Villa María le esperaba un coche especial en el que podía seguir cuando lo desease hasta el extremo de los rieles, á setenta y seis kilómetros de San Luis, en dirección á Mendoza. Acompañaba al señor Martínez Campos, el ingeniero director de la Fá-

brica Nacional de Pólvora, establecida en Río IV, señor Federico M. Carulla, instalándose ambos en el departamento del General para hacerle compañía.

En Villa María, las mismas escenas de estacio nes anteriores, con la diferencia del mayor número de personas que acudían á saludar á mi compañero de especial. El jefe de la estación ofreció al General hacer entrar el coche del Central en la vía del Andino, en caso que desease continuar en el mismo vehículo, pero el viajero, agradeciendo el fino ofrecimiento, no lo aceptó, por estar ya esperándolo el coche puesto á su disposición por el señor Villanueva.

En el momento en que, cargando mis petates, me encaminaba á asegurar un asiento en el tren Andino, el ingeniero Martínez Campos, con aire sorprendido, me preguntó á dónde iba.

—A tomar el otro tren.

—Pero ¿para qué lleva todo eso?

—¡Cómo! ¿Y que lo voy á dejar aquí?

—Sí, hombre, todo se lo llevarán á *su* coche.

¡Yo tenía coche en el Andino! No dije palabra, comprendiendo que seguía la danza empezada en Buenos Aires, y volví á dejar mis petates en su sitio. Algunos minutos después me hallaba perfectamente instalado en el coche especial del General, precioso vehículo construído en los talleres de Río IV con maderas del país exclusivamente, y que, por su lujo, gusto artístico y comodidades, poco tendría que envidiar á un coche lujoso de los Estados Unidos, y nada absolutamente á los europeos.

Esta vez, como en el tren de Campana, me tocó viajar con el General sin que nos separase división alguna. Yo sentía unos deseos atroces de entrar en conversación directa con él, pero me detenía no sé qué necio temor, limitándome á avanzar de cuando en cuando algunas observaciones pasajeras, que me parecen las mejores y más apropiadas cuando se va de viaje. Antes de la nueve de la noche entraba el tren en la estación de Río IV, la más hermosa, cómoda y bien construída de cuantas posee la República, sin excluir ninguna de sus vías férreas.

El director de la línea, señor Guillermo Villanueva, recibió al General al bajar del tren, acompañado de su padre el señor Arístides Villanueva, anciano de aspecto distinguido y respetable y de maneras extremadamente cultas, cuyo nombre, por los altos puestos que su propietario ha ocupado, es bastante conocido en la República.

Mientras los señores Villanueva conducían al General á la parte alta del edificio, habitada por el director del Andino y su familia, yo preguntaba á Martínez Campos si existían siempre frente á la Estación unos cuartos anexos al restaurant de la misma, que se alquilaba á los pasajeros.

—Sí, existen,—me contestó;—pero ¿para qué quiere saber eso?

—Hombre, para tomar uno.

—Déjese de tonterías: usted tiene su habitación arriba.

Y en efecto, un momento después me lavaba y sacudía el polvo en una magnífica pieza, perfecta-

mente amueblada, mientras llamaban á comer, lo que no tardó en ocurrir, pasando entonces al co medor donde ya se encontraban reunidos los señores Villanueva, el General y el señor Martínez Campos. Me cedieron una de las cabeceras, la que acepté con tanta naturalidad como si aquella comida, preparada bajo los mejores auspicios, me correspondiese de derecho por haber tomado boleta hasta San Luis; á tal punto es cierto que el hombre acaba por acostumbrarse á todo, y especialmente á percances del género de los que me iban ocurriendo.

Si en aquel momento se hubiese abierto una puerta, ó no se hubiese abierto, que para el caso es lo mismo, y se hubiera presentado una falange de encantadoras huríes poniéndose unas á echarme viento con grandes abanicos de albas plumas, otras á cortarme el pan, éstas á limpiarme la boca con finísimos encajes, aquéllas á escanciarme vino, las de aquí á perfumarme con suavísimas esencias y las de más allá á hacerme cosquillas por detrás del sillón, creo firmemente que nada de todo esto me habría sorprendido, tan posesionado iba yo estando de mi papel de héroe por fuerza, limitándome acaso, únicamente, á observar á la de las cosquillas que había elegido mal el momento y el sitio para sus gracias.

La comida correspondió á las esperanzas que había fundado en ella. Era aquélla una mesa de *gentlemen* en toda la extensión de la palabra. No dije esto en aquel momento á los galantes dueños de casa, por no ofender su modestia; pero ahora se lo digo con toda sinceridad.

A los postres visitó al General el coronel Supisiche, jefe del 2 Regimiento de Artillería, estacionado en Río IV, acompañado del segundo jefe y otro oficial del mismo cuerpo, el comandante Baigorria y otras personas. La conversación se trabó y muy animada, prolongándose hasta las once, momento en que se dió la señal de la partida.

Una hora después, las veinticuatro piezas del Regimiento mandado por el bravo Supisiche, haciendo fuego simultáneamente á las puertas mismas de la Estación, es posible que no me arrancaran al dulce y profundo sueño á que me había entregado en el limpio y mullido lecho en que reposaban mis miembros, fatigados por la larga jornada.

Y si entonces se hubieran presentado las huríes que faltaron á la hora de comer, juzgo que, en caso de considerarse obligadas ó personalmente tentadas á hacerme alguna especial demostración, habrían concluído por «besarme dormido y avisarme al otro día»,—como dicen nuestros paisanos,—después de varios inútiles esfuerzos para despertarme.

Tuvo una buena idea el General de no seguir viaje por la noche hasta San Luis. Nadie *nos* corría, y digo *nos* porque ¡cómo no habría sido yo también de la partida! siendo preferible bajo todos conceptos aceptar la amable hospitalidad de los señores Villanueva, y salir el día siguiente bien temprano, perfectamente descansados.

A las siete de la mañana partimos para San Luis en *nuestro* lindo cochecito del Andino, acompaña-

dos del señor Enrique Tonfoni, ingeniero principal de la línea, el señor Martínez Campos y el señor Orrego. A las once y media hacíamos los honores á un excelente almuerzo con que *fuimos* obsequiados en la estación de Villa Mercedes, al mismo tiempo que recreábamos la vista viendo desfilar por delante de las ventanas del comedor á las numerosas y elegantes damas mercedarias que habían acudido á la estación á ver al General, no queriendo ser menos que los caballeros que rodeaban á este último en número crecido.

A las doce del día el tren poníase nuevamente en movimiento, y á las cuatro de la tarde se detenía en la estación de San Luis, donde no era esperado hasta las cinco, sin que hubiera ocurrido en el camino cosa que no esté ya narrada, si se exceptúa tal vez el que ya ni los despachos que hacíamos nos querían cobrar en las oficinas telegráficas...

Corrida magna fué la que presenciamos en San Luis: los miembros de las comisiones de recepción, los amigos políticos, los funcionarios públicos, los simpatizadores con la idea de la manifestación á pesar de no ser partidarios políticos del General, los hombres del pueblo, las mujeres y los niños acudían presurosos de todas direcciones, en coche, á caballo, á pie, sorprendidos en lo mejor de sus preparativos por la noticia de la llegada del General una hora por lo menos antes de aquella en que se le esperaba.

Sé de un entusiasta italiano (y darán fe de ser esto rigurosamente histórico numerosos caballeros

de San Luis) que se estaba afeitando cuando supo que el General se hallaba en la estación, y que sin aguardar el fin de la operación que tanto horror causaba á Aiguals de Izco, se lanzó á toda prisa al punto de reunión, desenjabonándose por el camino con el pañuelo...

Pronto una multitud compacta llenó los alrededores de la estación, y á poco, sin que me permitiesen escabullirme, como lo intenté, vi que aquel gran concurso de gente, en el cual supe después que se hallaban confundidos hombres de todos los colores políticos, de todas las clases sociales y de todas las nacionalidades, se ponía en marcha hacia la ciudad precedido por la banda de música provincial, cuyos marciales acordes eran de cuando en cuando interrumpidos por las aclamaciones populares.

Al acercarnos al alojamiento que se había preparado al General en la casa habitación del correntino-puntanizado Juan M. Serrano,—liberal y patriota á carta cabal, y de todos estimado y respetado por sus condiciones personales,—encontramos el grueso de la manifestación que aun estaba preparándose á ponerse en marcha, tomado de improviso con el anticipado arribo del tren. En el momento de reunirse los dos grupos, entusiastas aclamaciones atronaron el aire, y saliendo al paso del General gran número de señoras, señoritas y niños, cubrieron literalmente de flores el trecho que le quedaba por recorrer para llegar á su alojamiento. A medida que iban cayendo sobre él ramos y coronas, distribuíalos el General entre sus acompañantes,

siendo el primero en recibir esta distinción, con la que el General quería sin duda demostrar su gratitud á todos, el ministro del gobierno de San Luis, señor Rafael Cortés, que marchaba á su derecha.

Lo que pasó en la residencia del señor Serrano, desde que entró en ella el General, y me entraron á mí tras él, lo conocen en gran parte los lectores de *La Nación* por las correspondencias telegráficas. Fué aquélla una continua serie de expresivas y respetuosas demostraciones, en las que tomaron parte desde el gobernador hasta los hombres más humildes del pueblo; desde las damas que, con su presencia en considerable número, habían convertido la espaciosa casa del señor Serrano en hermoso jardín de inapreciables flores, hasta los alumnos de los establecimientos superiores de enseñanza y los tiernos niños de las escuelas primarias; desde los amigos de todos los tiempos hasta los adversarios más definidos; desde la mente hasta el alma del pueblo puntano.

En medio de aquella gran reunión que se renovaba á cada momento, cambiando la forma de la escena sin variar su fondo, trocando los detalles sin mudar el conjunto, acaso era yo el único Juan de afuera, en condiciones, —como tal—de apreciar fría y tranquilamente el espectáculo que tenía delante, penetrando en su esencia, estudiándolo á la luz de sus antecedentes y procurando vislumbrar su alcance.

Desde una pieza inmediata á la gran sala de recibo, contemplaba aquel animado cuadro, y me pre-

guntaba, como tantas otras veces desde mi salida de Buenos Aires, si no me hallaría bajo la influencia de un sueño extraño que me hacía ver lo que no existía, revistiendo hombres y cosas de apariencias falaces, é impulsando mi espíritu á cavilaciones que no tenían más razón de producirse, en el terreno real de los hechos, que mi misma presencia en aquel sitio, en las condiciones y previas las circunstancias que son ya conocidas.

Porque, ó era mentira cuanto veía y escuchaba, y aquellas escenas sólo existían en mi enfermiza imaginación, ó me hallaba en presencia de hechos verdaderamente extraordinarios.

Aquel hombre, me habían dicho, á quien todos llamaban General, no era general sino para el pueblo, que persistía en considerarlo así, aun cuando no lo reconociera en ese carácter el gobierno de su patria: no ocupaba ningún puesto público, ni ambicionaba ocuparlo, ni era probable que lo ocupase en mucho tiempo, tal vez nunca; no tenía poder alguno, ni siquiera el que dan las riquezas, pues vivía del trabajo de cada día, en humilde comunión con sus hijos, obreros como él, en el taller fecundo de una imprenta; no ejercía influencia, ni directa ni indirecta, cerca de los poderosos, susceptible de asegurar la dispensación de favores personales, aun cuando pudiese ejercerla con su autoridad moral y desde la alta tribuna de la prensa, para promover y estimular los actos públicos encaminados al bien general, en las anchas y variadas vías del progreso, y ni siquiera buscaba en su viaje—vinculado á una

labor pendiente, habiendo hecho, por el contrario, todo lo posible para evitarlas, —aquellas satisfacciones que suelen ser el dulce y rico fruto de una buena semilla sembrada en el corazón del pueblo, noble terreno en el que sólo prosperan las plantas generosas.

¿Cuál era entonces la causa de aquellas manifestaciones efusivas, rodeadas de un ambiente de espontaneidad que revelaba desde el primer instante su origen eminentemente popular? ¿Cuál el móvil determinante de tanta demostración cariñosa, de tanta prueba elocuente de adhesión y simpatía? ¿Cuál el génesis, la filiación moral é histórica, por decirlo así, de aquel movimiento unánime, por cuya vorágine eran arrastrados hasta los elementos más ostensiblemente contrarios á la personalidad que lo motivaba, y al medio político en que ésta se movía?

Arduo problema era el que proponían á mi trabajado espíritu estas preguntas, sugeridas por el cambiante panorama humano que se desarrollaba ante mi vista dentro de los muros de aquella casa, la de un modesto hombre del pueblo, hijo de sus obras é independizado por ellas, como el huésped á quien brindaba en aquel momento franca hospitalidad.

Y acabé por decirme, después de mucho pensar en cosa que tan vasto y complejo tema presentaba á la meditación, que debía haber una causa poderosa que yo no conocía, para que tales hechos se produjeran en condiciones semejantes, sin miedo, sin interés y sin reservas, y que esa causa se

hallaba tal vez en el fondo de las palabras que acababa de oir pronunciar al General, dirigiéndose á los alumnos del Colegio Nacional de San Luis, que habían ido á saludarle: — « Si algún título tengo á vuestro cariño y gratitud, debe él reconocer por causa la rectitud de propósitos y la fe en el bien que no me han abandonado nunca, y con las cuales, — estad seguros de ello, jóvenes, — hallaréis el triunfo al fin de la jornada, por ruda y combatida que ella sea, surgiendo hasta del polvo mismo de la derrota».

Y sabiendo que hasta el presidente de la República había hecho telegramas á los altos funcionarios en el orden político y militar, y á los directores de ferrocarriles, recomendando á su especial consideración aquel viajero, y pidiéndoles para él mismo toda la cooperación que pudiesen prestarle, á fin de contribuir al logro completo de los propósitos que motivaban su excursión, sentí, relacionando aquel hecho con algunos antecedentes que habían llegado durante el viaje á mi noticia, como si un sentimiento, mezcla de orgullo y satisfacción, me invadiese por entero, y no por las causas que espíritus traviesos ó maliciosos pudieran suponer, sino por una muy superior, de orden puramente moral.

Parecióme ver en aquel acto un destello de la luz del porvenir, luz de razón, luz de verdad y de justicia, luz de dignificación y de grandeza, y por la patria argentina, que quiero como á la mía, y por sus hijos, á quienes hónrome en llamar hermanos, gocé con la idea de que vislumbraba al

resplandor de aquel destello, el cielo de risueñas esperanzas á que marchan seguros sus destinos.

Si pequé de visionario, sírvame de excusa el sentimiento que inspiró visión tan grata; si á juicio de pocos ó de muchos, altiprecié el hecho, téngase presente que no valué sus merecimientos,—no porque no lo creyere acreedor á elogio, pues como tal lo tenía y lo tengo, sino porque no me correspondía á mí juzgarlo bajo esa faz; limitándome a considerarlo como signo social, dentro de la esfera de mis alcances, y en las evoluciones del tiempo, estudiando las cuales la mente investigadora suele encontrar en un detalle aislado y al parecer insignificante, el punto de separación entre dos épocas, como buscando el límite divisionario entre dos naciones suele la ciencia encontrarlo en humilde arroyuelo cuyas aguas se separan en encontradas direcciones. Y por último, si se halla pequeño el instrumento para tanto ver, ó creer que se veía, no se olvide que los mundos del infinito se miran y observan hasta en sus menores detalles con el auxilio de algo cuyas proporciones no son mayores, en comparación de la magnitud portentosa de aquéllos, ó de la distancia que de ellos nos separa, que las de la diminuta hormiga, con relación á la masa colosal del planeta en que se mueve.

Cronista de ocasión, envuelto por una serie de raras circunstancias en los incidentes que voy narrando, no hago más que presentar fielmente los hechos, como se presentaron á mi vista, y reflejar con verdad sincera las impresiones que en

mí determinaron y las ideas que me sugirieron. No tengo pretensiones de astrónomo del cielo del porvenir, aun cuando le dé á mi mente en ocasiones por remontarse á esas alturas, guiada por lo que, con razón ó sin ella, toma por signos de los tiempos, y dejo, por lo tanto, que cada cual piense del cuadro y sus perspectivas lo que mejor le parezca, respetando solamente la buena fe del pintor.

A eso de las once de la noche, de la influencia de damas y caballeros nació naturalmente la idea de improvisar un baile, no tardando la idea en hacerse carne, y carne muy apetitosa en muchos casos.

El General pidió entonces permiso para retirarse deseando, por razones personales, no tomar parte en la improvisada fiesta.

La habitación que se me había destinado,—por mi linda cara, probablemente,— quedaba inmediata al salón del baile, y como yo tenía también mis razones para no entrar en danza, en ella permanecí haciendo .. ¿qué se figurarán ustedes?

¡Escribiendo!

Sí, señores, como ustedes lo oyen, escribiendo; lo cual hizo que más de uno de los presentes, al pasar por mi lado, me mirara como preguntándose: ¿quién será este loco?

Lo mismo me había preguntado yo muchas veces, mirándome á mí mismo, en el curso del viaje, por lo que, lejos de ofenderme con aquellas miradas y su expresivo significado, las encontré muy entradas en razón y justificadas, acabando

por no parar mientes en ellas, aunque las parara y mucho en el papel llenándolo con apuntes para un trabajo que proyectaba, titulado: «De cómo Juan de los Palotes, en viaje para Mendoza, con el objeto de reportarla, se pasó la gran vida reportando á un General que no era general y que sin embargo era general».

A la una y media de la mañana el baile había concluído, y dejé de escribir, disponiéndome á ganar la cama, que hacía rato parecía gritarme *vení*, suponiendo que hablase el *caló*, *patois*, *argot*, *slang* ó *jerga* del pueblo puntano, que tanto desespera al ilustrado señor Domínguez, autor del artículo crítico sobre la pésima manera de hablar de aquél, que no hace mucho motivó otro de *La Nación* sobre el mismo tema.

A las dos estaba acostado, á las dos y media durmiendo, y á las tres sentado en la cama, procurando descubrir de dónde salían unas voces que entonaban, al compás de guitarras y no recuerdo si algún otro instrumento,—tal era el sueño que tenía,— una canción cuya música no he retenido, ni la letra tampoco, pero que después me han dicho se titulaba *El Inválido* y era composición del General; la letra se entiende, pues en cuanto á música,—sea ello dicho sin faltar á ningún respeto,— creo que el personaje es de mi fuerza,—no siendo ésta muy grande que digamos, salvo cuando se tratase de desencuadernar al bárbaro que pretendiera obligarme á soportar una sesión entera de música clásica, en cuyo caso creo que la encontraría suficiente para aplastar un buey. A

las tres y diez los ecos de la nocturna serenata,—pues al fin comprendí que de eso se trataba, debiendo necesariamente alcanzarme á mí desde que le alcanzaba al General,—llegaban á mi oído confusamente; á las tres y cuarto...

¿Ustedes oyeron algo de la serenata? No, ¿eh? Pues yo tampoco, y eso que según supe después habían cantado el himno de los Treinta y Tres, y no sé si alguna otra cancioncita más.

Para las seis de la mañana estaba fijada la partida de un tren especial hasta las inmediaciones del Desaguadero—extremo de los rieles del Andino—llevando como encomienda el coche en que, desde aquel punto, debía el General hacer su viaje hasta Mendoza; pero aunque todos estuvieron en la estación á la hora convenida, no fué posible salir, por inconvenientes de último momento, hasta las seis y media.

El lindo cochecito del Andino,--que tanto voy á extrañar la primera vez que ande en ferrocarril, restituído ya Juan á sus Palotes,— presentaba entonces un aspecto más animado, como que iban en él, además del General y su sombra, los señores Ortiz Estrada, Paunero, Serrano, Daract, Luque y algún otro respetable vecino de San Luis cuyo nombre se me escapa en este momento, el señor Orrego, el señor Porter, de la marina chilena, el joven médico chileno doctor Badillo, el empresario de las mensajerías señor Goñi y los ingenieros del Andino señores Enrique Tonfoni, Jorge Evans, Francisco Bovio, Rafael Martínez Campos, Enrique de Toledo y Manuel Ocampo.

El viaje hasta el kilómetro 75, en que se detuvo el tren, fué, como puede suponerse dada tan distinguida y agradable compañía, digno término del pasaje por San Luis, realizado desde el principio hasta el fin bajo inmejorables auspicios. Mientras se bajaba el carruaje del tren y se acomodaban en él los equipajes, preparábase un excelente almuerzo campestre dentro del monte, un poco hacia la derecha del camino, haciéndosele á su debido tiempo el más cumplido honor por todos los presentes, quienes declararon á una voz que el plato del día había sido el hígado de cabrito envuelto en su propia grasa, preparado al asador bajo la inmediata é inteligente dirección del señor Goñi,—por lo visto tan buen cocinero como infatigable empresario. ¡Y pensar que ni en París, ni en Filip, ni en la Rotisserie, ni en restaurant alguno de Buenos Aires tienen noticia siquiera de tan delicioso bocado!

A las once de la mañana, después de despedirse el General de sus acompañantes, y de agradecerles una vez más sus deferencias, sin olvidar al director del Andino, señor Villanueva, personalmente ausente pero presente con sus atenciones, dejábamos atrás el término momentáneo de la importante línea que ha de darme tema, cuando no corra el riesgo, como ahora, de hacer una carta interminable, para escribir muchas cosas que llamarán la atención pública por diversos motivos, señalando tal vez algo bueno y de urgente necesidad.

Conducidos por cuatro postillones perfectamente uniformados—bota granadera, bombacha y boina

azules y saco blanco— corrían que era una maravilla los doce caballos, tiro del vehículo— que ostentaba también los colores azul y blanco— tragándose, con las mudas necesarias y en menos de diez horas, las treinta y tantas leguas que median entre el Desaguadero y el molino del señor Segura, donde se pasó la noche, después de cenar confortablemente.

A las cuatro de la mañana, cumpliendo militarmente con su compromiso contraído horas antes, nos regalaba el señor Goñi con una diana de corneta, tocada con la precisión de un trompa veterano, y á las cinco emprendíase nuevamente la marcha, para detenerse en el Ramblón, donde el señor Luis Marcó esperaba al General con un espléndido almuerzo servido en su hermosa residencia, rodeada de jardínes, bosques, viñas y potreros, en los que no faltan ni las manadas de avestruces domesticados para darle aspecto animado y pintoresco.

Concluído el almuerzo, durante el cual fueron la admiración de todos los viajeros las soberbias uvas que decoraban la mesa, algunas casi tan grandes como ciruelas, que constituirán dentro de poco, así que avance el ferrocarril en territorio mendocino, el lujo de los banquetes porteños, prosiguióse el viaje, y á las dos de la tarde, después de haber atravesado leguas y leguas por entre alamedas gigantescas, á lo largo de las cuales agrupados en la puerta, trepados á las tapias ó parados á la orilla del camino, veíase á los vecinos y sus familias, sabedores ya de la llegada del General

y ansiosos de conocerlo, deteníase el carruaje, frente á la casa del señor Toribio Barrionuevo, situada como á una legua de la ciudad, y donde esperaba la vanguardia de la recepción mendocina.

Era aquello un mundo de carruajes y caballos en la calle, de pueblo soberano en las aceras y sus cercanías, de caballeros de posición más ó menos elevada en el zaguán, el patio y la sala de la casa. La banda de música provincial ejecutó el himno nacional, que fué escuchado con el respeto de siempre, siguiéronse algunos momentos dedicados á las presentaciones y salutaciones, y subiendo luego el General á un carruaje, acompañado por el ministro de gobierno doctor José V. Zapata, rompió la marcha hacia el centro la gran columna ciudadana.

Mendoza había tenido más tiempo que San Luis para prepararse á la recepción del esperado huésped, posee más recursos y cuenta mayor número de habitantes. De aquí que, aun cuando la voluntad fuera la misma en ambas partes, igual el sentimiento, idéntico el móvil y uno el propósito, le fuese fácil á la primera dar mayor grandiosidad al acto con la decoración de calles, la reunión de más numerosos elementos populares, y otros preparativos del mismo orden.

Fué, pues, de formas más ostentosas la recepción mendocina que la de San Luis, sin que ello quite nada de su mérito á esta última, entusiasta y generosa como fué desde el principio hasta el fin.

Allí también se confundieron los hombres de todos los partidos para recibir y obsequiar al que llegaba; allí también las flores que manos delicadas arrojaban sobre este último caían al mismo tiempo--lluvia impregnada de extrañas y misteriosas esencias—sobre la cabeza de los hombres de la actual situación política, así en el orden nacional como en el provincial, funcionarios públicos ó simples ciudadanos; allí también los vencidos y vencedores de ambas Santas Rosas vitoreaban á una voz al viajero bienvenido, quien parecía tener el don de hacer brotar amistad á su paso, ya en lo relativo á sí mismo, ya en lo referente á los que lo recibían entre sí.

¡Qué hermoso espectáculo y qué provechosa lección!

¡Qué prueba tan alta de lo que hemos adelantado como pueblo culto, y qué signo tan elocuente de futuras bonanzas!

Donde hechos semejantes pueden producirse y se producen, elevándose á tanta altura el nivel moral, y ofreciéndose á propios y extraños tan dignificante ejemplo, fuera absurdo dudar del porvenir. Mucho habrá que andar todavía para llegar á la meta; áspero será el camino y rudas sus fatigas; la transición de la república posible en las actuales circunstancias á la república verdadera, sol de libertad, de igualdad y de justicia que brillará más tarde ó más temprano sin que haya quien lo detenga, como no hay quien detenga el sol que nos alumbra, podrá ser larga y penosa, pues de algún modo hemos de pagar las pasadas culpas, pero al fin

la patria argentina será la que debe ser en la gran comunidad de las naciones.

Las jornadas recorridas responden de las que aun quedan por recorrer, los resultados alcanzados son seguro indicio del resultado final, el terreno tiene aún muchos abrojos, muchas espinas, muchos pozos y zanjones; pero se ve ya surgir en él, por todas partes, la planta sana y robusta que ha de transformarlo á la corta ó á la larga, según sean los hados más ó menos propicios, allanando todos los obstáculos que pudieran dificultar el paso del progreso, el pueblo conocedor de sus derechos, de sus deberes, de sus compromisos con el pasado y con el porvenir.

¡Es de pasta republicana, y de la buena, ese pueblo que se agrupa solícito y cariñoso en torno de un ciudadano destituído de todos los prestigios del poder y de la fortuna, bastándole saber que fué justiciero y que fué honrado, y que hizo siempre el bien por el bien mismo, para correr presuroso á recibirlo entre vítores y palmas.

Todo lo dicho está muy bueno; pero yo no lo estoy tanto; se lo han llevado al General para que haga su entrada triunfal en Mendoza en un lujoso carruaje particular, y me han dejado á mí en la empolvada diligencia.

¡Habráse visto mayor atrevimiento!

Ello es verdad que alguien me invitó á pasar á uno de los carruajes, á lo que yo contesté que muchas gracias; pero aquello no era bastante: con un individuo que venía haciendo el papelón que

yo, lo menos que podían y debían haber hecho los señores mendocinos era sacarme en andas de la mensajería y llevarme lo más cerquita posible del General, para que no perdiese detalle alguno de la ovación, ni dejase de participar de la menor de sus satisfacciones.

¿Ignoraban acaso que, fuese ó no fuese yo el mismo que había salido de Buenos Aires el 1° del corriente en misión periodística cerca del pueblo de Mendoza,—el yo de aquel momento era el yo importantísimo cuya frente orlaban los laureles de la estación Central y de San Nicolás, del Rosario y de San Luis, sin contar los triunfos intermediarios?

Una de dos: ó lo ignoraban ó Juan iba volviendo á entrar en sus Palotes, lo que no me hacía maldita la gracia, porque, lo confieso francamente, apenas estaba empezando á tomar gusto á la patriada, sin duda porque la veía próxima á terminar, que tal es la condición humana: mirar con indiferencia el bien presente y echarlo de menos sólo cuando falta.

Pero cualquiera que fuese la causa de lo que me pasaba, el hecho es que me pasaba, y que me sentía muy fuera de lugar en aquel vehículo que antes me pareciera tan lindo, con sus fajas azules y blancas y sus postillones uniformados, y en el que había hecho el viaje desde el Desaguadero, satisfecho, alegre y ufano.

Pero ¡oh singular fortuna! ¡oh encanto no roto todavía! ¡oh venganza dulce y sabrosa, como el fruto de cercado ajeno!

Un carruaje pasa echando chispas por el lado de la mensajería, y sus ocupantes, sacando los brazos por las ventanillas, agitan al aire los sombreros, *saludándome* con un estruendoso viva; de una puerta de calle se desprenden tres ó cuatro preciosas criaturas y *me* arrojan una lluvia de flores; un grupo de pueblo, situado en una bocacalle del tránsito, saluda *mi* paso con aclamaciones; por todas partes veo agitarse pañuelos blancos y sombreros negros.

La situación era grave, y necesario prepararse á hacer frente á todas las circunstancias. Púseme á preparar mentalmente un discurso de agradecimiento:

«¡Gracias, pueblo noble y generoso! ¡Desde lo alto de aquellas montañas, cuyas nevadas crestas semejan, según la sublime expresión de Humboldt, olas soberbias de un mar gigante, solidificadas por Dios en el momento de querer levantarse hasta los cielos, sesenta y seis años os contemplan!

«Vosotros, los descendientes...!

—Parece que muchos creen que el General va aquí, amigo don Claudio.

Era uno de los compañeros de mensajería quien me hacía aquella observación. ¡Debí mirarlo con ojos de alienado, porque lo noté sorprendido en extremo! Luego, pasada en parte la primera impresión de tan brusco y rudo porrazo, le contesté que así debía ser indudablemente, y me llamé á silencio en seguida, sin parar mientes en los vítores, aplausos, músicas, bombas y cohetes que poblaban los aires con sus ecos, ni en las muchedum-

bres por entre las cuales atravesaba, ni en las banderas, gallardetes y arcos triunfales que adornaban las calles, ni en el mil veces más lindo adorno de la multitud de elegantes matronas y graciosas niñas que llenaban á trechos las aceras.

Aquello no me interesaba ya: el yo del portentoso viaje hasta la casa del señor Barrionuevo, acababa de desaparecer, y el otro yo, casi olvidado ya, de la vida real y práctica, con la expresión que debió tomar el rostro de Sancho al ver evaporarse las ilusiones fundadas en el gobierno de la ínsula Barataria, escribía en su cartera de apuntes:

« Mendoza, Marzo 15 de 1883.

Sic transit gloria Juanis Palotis!»

La mensajería habíase detenido en una cuadra muy bien adornada, no pudiendo pasar más adelante porque se lo impedía la gran cantidad de carruajes allí estacionados, y el apiñamiento de numerosa gente. Pregunté al capataz si no podía tomar otra calle para llegar al hotel, y me contestó que no íbamos al hotel sino á la casa del General.

No me extrañó que el General tuviera casa en Mendoza, como no me había extrañado saber que tenía quinta, y chacra, y estancia, tan habituado estaba ya á ver que todo era poco para ofrecérselo en cuanto punto se detuviera desde su salida de Buenos Aires; pero me chocó que nos llevasen allí á los que no íbamos á su casa. Así se lo manifesté al capataz, quien me dió una buena razón para explicar su conducta.

—El coche viene á las órdenes del General,—me dijo—y tengo, antes de ir al hotel, que dejar aquí su equipaje.

Pero es el caso que la tal bajada de equipaje era cosa más fáci de decir que de hacer en aquel laberinto humano, y no me sentía yo con disposición, después de mis recientes desengaños, de estar allí dos horas, esperando que al soberano pueblo se le ocurriera despejar el campo para que se pudiese efectuar la operación de la descarga.

Observé, pues, al capataz, que me parecía más acertado, dadas las circunstancias, que nos llevase al hotel y volviese luego á cumplir allí con su obligación; y ya empezaba á convencerlo de la conveniencia de proceder así, cuando se acercó al vehículo un joven, en quien no tardé en reconocer al ingeniero César González, que había ido á esperar al General en la Villa de la Paz, acompañado del doctor Serpes. Y dirigiéndose á mí, dijo:

—¿Y qué hace usted, amigo, que no baja?

—¡Hombre!—le contesté,—no estoy en traje para estas fiestas; vendré luego...

—¿Y dónde va ahora?

—Al hotel, á asegurar un cuarto, lavarme y mudarme.

—Déjese de hote y de tonterías, amigo; aquí tiene su cuarto.

—¡Ya apareció aquello! exclamé para mis adentros; y como, por haber esperado á que me repitiesen la invitación de pasar á uno de los carruajes de la comitiva, casi me quedo sin entrada triunfal en Mendoza, bajé sin más trámite de la mensa-

jería; y no ya con acento de proposición ó consulta, sino con voz suprema de mando, dije al capataz:

—Vaya usted al hotel, deje á esos caballeros y vuelva aquí en seguida con los equipajes.

Excusado es decir que el hombre obedeció sin réplica, penetrando yo, guiado por mi joven y distinguido acompañante, y olvidado ya por completo de las anteriores decepciones, en la magnífica residencia del señor Salvador González, donde no tardé en encontrarme instalado en una espaciosa habitación, contigua á la sala, y donde nada faltaba en materia de comodidades.

Terminada mi *toilette*, salí al patio, pasando de allí al salón. Una banda de música, la provincial, tocaba á la entrada de la casa que rebosaba de gente. Había allí ministros del ejecutivo y del superior tribunal de justicia, legisladores, sacerdotes, empleados nacionales y provinciales de todas jerarquías, comerciantes nacionales y ex tranjeros, ciudadanos de posición y humildes hombres del pueblo, confundidos todos en un común deseo: conocer y saludar al recién llegado, dándole, con un cordial apretón de manos, la bienvenida al suelo mendocino.

Habiendo tanta gente, la operación debió ser necesariamente larga; pero todo tiene su término, y aquello lo tuvo también, retirándose los visitantes de levita y de sombrero de copa alta después de cumplir los deberes de la cortesía, y los de chaqueta y chambergo cuando hubieron satisfecho las ganas furiosas que tenían de atracarle al General media docena de vivas de aquellos de «no te muevas».

Por la noche, visitas al por mayor, con retreta frente á *nuestro* alojamiento por las bandas de la provincia y del 12 de línea, esta última enviada por el coronel Rufino Ortega,—jefe de la frontera de Ñorquín, con residencia accidental en Mendoza,—con un fino mensaje, transmitido por un oficial, poniéndose á las órdenes del General para todo aquello en que pudiese serle útil.

A las diez las bandas se retiran, y con ellas el pueblo que se había agrupado á su alrededor, invadiendo parte de la acera y del gran patio de la casa; cesa el paseo de familias que se había organizado frente al alojamiento del viajero; las últimas visitas se despiden, y... Morfeo toma posesión absoluta del vasto recinto, batiendo sus pesadas alas, impregnadas de calma y de silencio, por todos los ámbitos que poco antes resonaran con estrépito alegre y armonioso.

Al día siguiente, mientras el General, después de cumplir con las principales autoridades, correspondiendo así á la fineza con que ha sido tratado por ellas, anda visitando los lugares históricos que tiene interés en conocer, y recogiendo los datos tras de los cuales ha salido á correr tierras, una voz empieza á circular por todas partes, acentuándose cada vez más, hasta asumir el carácter de segura referencia á un hecho indudable: El General, después de recibir numerosos telegramas de San Juan invitándolo á trasladarse á la capital de dicha Provincia, donde el pueblo entero sin distinción alguna, se prepara á recibirlo con cari-

ño y entusiasmo, se ha visto obligado á ceder, aunque ello altere fundamentalmente su programa de viaje, y saldrá en breve para el expresado destino.

¿Qué había de verdad en aquel rumor tan acentuado y persistente?

Pronto lo supe.

De regreso de su excursión histórico social, el General me hizo llamar á su gabinete de trabajo,—que también lo tenía y de primer orden,—y sin darme tiempo para reponerme de la sorpresa que me ocasionara el inesperado llamamiento, me habló así, con acento afable y reposado:

—Señor Caballero: su amabilidad al acompañarme hasta aquí, me induce á pedirle un servicio.

—¡Qué servicio, General... usted á mí!...

—Sí, ¿qué tiene eso de extraño? Su espontánea compañía durante el viaje ¿no ha sido ya un servicio que me ha prestado usted? Pues ahora deseo que lo complete...

—Pero, General, si yo he venido con usted ha sido porque...

—Nada: sé lo que debo á usted y le repito, se lo agradezco; pero ahora es necesario que me acompañe usted á San Juan.

—General, vengo á Mendoza con una misión determinada, pero ante tan honrosa invitación, no puedo ni debo excusarme: cuente usted conmigo en todo momento.

—No esperaba menos de su bondad; saldremos el 19, es decir, dentro de tres días, tiempo que necesito para tomar algunos apuntes, y entretanto,

yo me encargaré de arreglar las cosas con sus amigos de Buenos Aires, de modo que esta ligera desviación de su programa de viaje sea debidamente apreciada por allá. ¿Quedamos convenidos?

—Estoy á sus órdenes, General.

—Pues hasta cada momento, entonces, y muchas gracias.

....

¡Juan, Juan, tú no eres Juan, sino algún otro que se ha metido dentro de tu pellejo, Juan!

Esto que á ti te sucede, no le ha sucedido á nadie, Juan, desde que hay Juanes en el mundo.

¿Y vas á ir á San Juan, Juan?

Pues si lo pide á Juan nada menos que el General, ¿cómo no irá Juan á San Juan?

¡Y el General e está agradecido á Juan por sabe Dios qué servicios que dice que Juan le ha prestado, acompañándolo espontáneamente, etc!

Pero, ¿es verdad, Juan, que tú has hecho eso espontáneamente?

No, Juan: el día que dejaste de ser Juan para convertirte en la sombra de ese hombre que te lleva ahora á San Juan, y vivir de su vida, y gozar de sus goces, y participar de todo lo bueno y todo lo malo de que él participara, tú dejaste, Juan, de tener voluntad propia, y perdiste, por ende, la facultad de hacer cosa alguna espontáneamente, Juan.

Convéncete, Juan, tú vas á San Juan, porque te llevan á San Juan, y no porque tú quieras ir á San Juan. Y si te cuesta convencerte de esto, Juan, haz la prueba de rebelarte contra la ida á San

Juan, y verás cómo, aun cuando digas y repitas que no quieres ir á San Juan, vas á San Juan, sin que aparentemente nadie te fuerce á ello, Juan.

Y pues no cabe duda de que las cosas pasan así, Juan, que San Juan te ayude, Juan, y á tu vuelta de San Juan, puedas tornar á ser verdaderamente Juan, y no el que se ha entrado en ti, Juan, porque, no lo dudes, tú no eres Juan, Juan, sino algún otro que se ha metido dentro de tu pellejo, Juan.

....

¡Eh, basta de Juanes, exclamé despertando azorado de la especie de letargo en que había caído, mientras meditaba,— muellemente arrellanado en un amplio sillón de mi cuarto, - en la extraña combinación de circunstancias que me impulsaba á seguir los pasos del hombre con quien acababa de tener la conferencia de que he dado ya cuenta.

¡Juan! ¡Juan! Pero yo no soy Juan: yo soy Claudio Caballero, hombre libre é independiente, si los hay, sobre quien no manda bicho viviente, y que se cuida tanto de historias por el estilo de la que me mangangueaba no hace mucho al oído algún espíritu imbécil, sobre no sé qué Juan más imbécil todavía, como de lo que puedan pensar sobre la inmortalidad del alma los habitantes de la luna. Pues no voy á San Juan, y vamos á ver quién puede obligarme á ir donde yo no quiero ir.

—Pensándolo bien, amigo don Claudio, me ha parecido mejor, por varias razones, que salgamos pasado mañana 18, en vez del 19, y si usted no tiene inconveniente, así lo avisaré á San Juan.

—Ninguno, General: sabe usted que estoy enteramente á su disposición.

—¡Te luciste, Juan!—me pareció que exclamaba cerca de mí la misma voz monótona y cascada de la retahila de los Juanes, y pensando en mi valiente peroración de un minuto antes, quedéme más mustio que pollo mojado, viendo alejarse al General de la puerta de mi cuarto.

Y desde entonces no he vuelto á rebelarme contra lo que ya sé que no tiene remedio; felicitándome cada vez más de no haberlo intentado siquiera, pues si antes de la lluvia de Juanes y el subsiguiente ridículo conato de insurrección, me había ido á pedir de boca, lo que es después me ha ido á pedir de boca, ojos, narices, orejas y manos, como lo verá el curioso lector si tiene la paciencia de leer hasta el fin esta despergeñada y nada breve epístola.

El 18, como estaba convenido, salimos para San Juan, es decir, para esta ciudad desde la cual envío,—cumpliendo con mi deber de repórter, como creo haberlo cumplido desde que comprendí que había que sacar de las circunstancias el mejor partido posible para el diario y sus conveniencias, que son también las del público,—esta recopilación de los incidentes de un viaje que pudiera bien dar material para un libro, sin necesidad de esforzar la imaginación, ó de poner el autor ni poco ni mucho de su cosecha.

Una silla de posta había sido puesta á nuestra disposición por el apreciable caballero señor Car-

los Mercader, socio del señor Goñi en la empresa de las mensajerías, y tan fino y amable como este último, que es cuanto puede decirse en su elogio; siendo este el caso de observar que no ha habido poder humano que induzca al uno ni al otro á aceptar un centavo del General (ni de mí tampoco, lo que me tiene muy triste) por los servicios que le prestaran desde el Desaguadero hasta esta ciudad.

—Lo que sentimos es no haber podido servir al General como él merece, y si nos disculpa las deficiencias del servicio, que no ha estado en nuestra mano remediar, con eso nos habrá pagado sobradamente.

¡No pueden negar que son ambos españoles de pura ley, hasta en lo testarudos!

La silla partió á las nueve de la mañana; á las cuatro de la tarde se llegaba al Ramblón Atravesado, conocido también por El número 14, donde se echó un sueño, dando en seguida satisfacción al apetito, y emprendiéndose nuevamente la marcha á las nueve de la noche. Al otro día á las nueve y media de la mañana entraba la silla en los suburbios de la capital sanjuanina, donde se detuvo, pasando el General y su acompañante, que no cabía en sí de satisfacción recordando lo de Mendoza, á ocupar un elegante carruaje descubierto que allí los esperaba.

En casi todo el trayecto desde el Pocito, es decir, cuatro leguas antes de llegar á la ciudad, no había puerta de calle que no estuviese ocupada por los habitantes de la casa, jóvenes y viejos, grandes y chicos, llegándose así hasta frente á la habi-

tación del señor Lorenzo Jofré, situada como á una legua corta de la plaza principal. Allí aguardaba la cabeza de la columna de recepción, á la que habíale faltado tiempo, por haber anticipado el General su llegada, como de costumbre, para ir á esperarlo en la Rinconada, tres leguas más adelante, donde el diputado nacional doctor Rojas debía pronunciar, al pie de la cruz que señala el sitio en que fué sacrificado Antonino Aberastain, el notable discurso de bienvenida que á la fecha ha publicado ya *La Nación*, seguramente.

Pero si había fracasado el primer acto solemne del programa, por la circunstancia que queda expresada, los actos subsiguientes lleváronse á cabo en condiciones que van á ponerme en serio aprieto para dar siquiera sea una idea pálida de lo que presencié en aquella extraordinaria ocasión.

Frente á la casa del señor Jofré, con proyecciones hacia el sur y el norte, hallábanse estacionados como unos sesenta carruajes de todas formas y tamaños, de todos colores y edades. San Juan había echado á rodar fuera de su recinto cuanto vehículo bueno ó medio presentable tenía en disponibilidad.

La banda de música municipal tocaba á la entrada de la casa, y en la acera, como en la puerta, en el ancho zaguán y en la sala de regulares dimensiones, los caballeros de la vanguardia receptora esperaban la llegada del viajero, abriéndole calle, sombrero en mano, en el momento de presentarse acompañado de la comisión directiva, que habíalo recibido al descender del carruaje.

Poco tiempo se dedicó á los saludos y presentaciones en casa del señor Jofré, subiendo á poco el General, acompañado del gobernador doctor Anacleto Gil, el señor Domingo Morón, presidente de la comisión directiva de la recepción, y uno á quien no necesito nombrar, al carruaje descubierto de que ya he hablado, y que se puso en marcha inmediatamente hacia el centro de la ciudad, seguido por una comitiva que no ocuparía menos de tres cuadras enteras.

La calle de entrada hallábase profusamente embanderada, levantándose en ella dos arcos triunfales, uno revestido de ramas verdes, flores y tules, artísticamente combinados, y otro de madera y lienzo, que presentaba lindísimo aspecto con sus pinturas alegóricas, sus escudos con inscripciones y sus banderas coronando la elegante cima.

Por aquella calle, así adornada, y entre un doble cordón de gente que formaba á lo largo de las aceras, penetró el General en esta ciudad en la mañana de ayer, recibiendo á su paso ovaciones de todo género, y tanta cantidad de flores arrojadas por las damas, que á poco andar quedó el carruaje tal que hubiéralo envidiado para un día de corso la más encopetada de nuestras familias de por allá.

Al llegar á la plaza, el General fué invitado á descender del carruaje para ser allí recibido por las sociedades nacionales y extranjeras y la masa considerable de pueblo que en torno de éstas habíase agrupado.

Fué aquel el momento culminante de la demostración: reunidos los que venían en el carruaje á los que esperaban en la plaza, ó incorporados también á éstos los que, merced á la lentitud de la marcha habían podido seguir á la comitiva, atraídos en parte por las variadas escenas de la triunfal entrada, y en parte también, seguramente, por el deseo de formar al huésped que llegaba una especie de guardia de honor de infantería durante todo el trayecto, la multitud reconcentrada en aquel sitio había llegado á tomar grandes proporciones, haciéndose difícil creer, en presencia de tan imponente espectáculo, que se hallase uno en una apartada capital de provincia donde todos viven de su trabajo, y donde aquellos millares de hombres hacían por lo tanto acto de sacrificio abandonando sus tareas y faenas para asistir á la manifestación.

En tal momento y bajo tales auspicios, pronunció el doctor Segundino J. Navarro, presidente del Club Industrial de San Juan, el hermoso discurso que el telégrafo transmitió íntegro á Buenos Aires, haciéndole el honor que merecía, y que fué dicho con voz bien timbrada, al par que impregnada del acento sincero y persuasivo de quien sabe, piensa y siente lo que dice.

Terminado el discurso del doctor Navarro, entre entusiastas aclamaciones, contestó el General las breves palabras que se han publicado ya también, resintiéndose algo su entonación y sus frases de la emoción evidente que lo dominaba, y de la fatiga de una noche de viaje continuo y pesado. Supo

tocar, sin embargo, la fibra siempre latente del patriotismo y del orgullo colectivo, y el pueblo saludó la conclusión de su pequeño discurso con inequívocas muestras de aprobación y contento.

La manifestación siguió de allí la marcha á pie hasta el alojamiento que se le había preparado al General en casa del señor Morón, con banderas y música á la cabeza, cruzando diagonalmente la plaza, que, dicho sea de paso, presentaba un aspecto de lo más animado y pintoresco, con la multitud de banderas argentinas suspendidas de los frondosos árboles de sus calles, y encontrando formadas y tocando en el trayecto, á una cuadra de distancia una de otra, las bandas de música de la Sociedad Española de Socorros Mutuos y de la Sociedad musical La Sanjuanina. Tampoco en aquel trayecto faltaron las flores en abundancia.

Una vez la cabeza de la columna frente al domicilio del señor Morón, donde esperaba bastante gente, el General, seguido de las diversas comisiones de recepción, y de gran número de ciudadanos, penetró en el que debía ser también mi domicilio durante su residencia en San Juan, pero á poco tuvo que salir nuevamente á la puerta de calle, obedeciendo al mandato popular que lo llamaba á grandes voces, reclamando algunas palabras de sus labios, antes que se diera la señal de retirada.

Una vez más agradeció el viajero las honrosas demostraciones de que lo hacía objeto el noble y

generoso pueblo sanjuanino, agregando algunos conceptos adecuados á las circunstancias, y con esto, repitiéndose los aplausos y los vivas, empezó á disolverse la manifestación.

Media hora más tarde, servíase en la misma cómoda y espaciosa casa del señor Morón, un espléndido almuerzo de cincuenta cubiertos, en el cual, como en San Luis y como en Mendoza, presididos por el gobernador de la provincia y sus ministros, fraternizaban los hombres de todas las opiniones y bandos políticos, predominando sobre las pasiones, sobre las enemistades, sobre los resentimientos y emulaciones personales, y sobre los alejamientos forzosos ó voluntarios, un único y noble pensamiento: el de hacer grata al huésped invitado por todos á venir á San Juan, su permanencia en esta ciudad, deponiendo ante el deber común de aquel instante, todo sentimiento extraño á su esencia elevada y generosa.

La escena, en medio de su animación alegre y bulliciosa, tuvo sus momentos conmovedores: uno de ellos aquel en que, habiendo exclamado el General en un arranque de entusiasmo: «Reconozco á San Juan, la mártir, en este recibimiento hecho al caído», púsose de pie, como movido por un resorte, el senador nacional señor Rafael Igarzábal, contrario político del hombre que acababa de pronunciar aquellas palabras, y declarando que estas últimas habían llevado la emoción hasta lo más hondo de su alma, reclamó para San Juan el honor de ser el pueblo argentino que más motivos de gratitud tenía para con el ilustre huésped allí

presente; recordando que cuando San Juan sufría las desastrosas consecuencias de la hecatombe de la Rinconada, abatida, humillada, presa del saqueo, destilando sangre, la primera viril y solemne protesta contra el bárbaro atentado había partido de los labios del entonces gobernador de Buenos Aires, siguiéndose Pavón, que fué la consecuencia y el desagravio del Pocito.

Como éste, muchos incidentes llenos para mí de alta y grata significación, vinculada al porvenir de la patria argentina, pudiera describir aquí, si fuera á hacer la crónica minuciosa y detallada del viaje que vengo reseñando á grandes rasgos; pero eso me lanzaría en una senda interminable que debo evitar á todo trance, dada la extensión que ha tomado esta carta, felizmente ya cercana á su fin. No abandonaré sin embargo el tema, sin recordar á los pesimistas de oficio, que pudieran poner en duda la benéfica influencia de esos hechos, porque no la ven producir resultados visiblemente inmediatos,—aun cuando pudiera muy bien suceder que los produjera, sin que ellos lo viesen—que hay que considerar tales hechos como síntomas favorables, no como agentes activos, y sus influencias como gérmenes de bien, no como fuerzas completamente desarrolladas. Esto además de que lo bueno, lo noble y lo grande tiene respectivamente y ante todo, de grande, de noble y de bueno, que se impone hasta á los que menos culto le rinden, desde el momento en que penetran en su medio, y se cubren, aunque sea por breve tiempo y como disfraz únicamente, con su digno

y austero ropaje, que parece tener la propiedad de dejar en el cuerpo moral que una vez lo ha revestido, huella indeleble de su roce y de su calor vivificante; como parece ser de la esencia de lo que levanta y dignifica al hombre, cualesquiera que sean las condiciones y circunstancias en que se produzca, el asemejarse, con relación al tiempo y sus evoluciones, á esas semillas que, llevadas en alas del viento, nada pierden de su naturaleza benéfica yendo á germinar á grandes distancias de su zona originaria.

San Juan, Marzo 25.

Han pasado cinco días desde que di principio á esta carta, con la ntención de remitirla por el primer correo, cualquiera que fuese el punto de la empezada narración á que hubiera llegado; pero he pensado después que acaso sería mejor retenerla en mi poder hasta que, terminado el viaje del General por territorio argentino, me hallase en condiciones de cerrarla con el último detalle del mismo, completando así el cuadro que me he propuesto trazar.

La permanencia del General en esta ciudad debía ser solamente de dos días, por requerirlo así las exigencias de su programa de viaje; pero tuvo al fin que ceder ante las bondadosas instancias de los que le pedían,—llamando en su auxilio el poderoso apoyo de las damas,—que prolongase algo más su estancia en ésta, y sólo mañana se pondrá en marcha para regresar á Mendoza y ponerse inmediatamente en camino para Chile.

De lo que ha pasado en esta semana inolvidable complementando dignamente lo que tengo ya referido, ¿qué decir?

La recepción de San Juan, calurosa, entusiasta, cordialmente afectuosa y honradamente sincera, no es, con sus múltiples actos y sus variadas escenas, con sus exterioridades brillantes y sus impresiones íntimas, con sus arrebatos apasionados y sus tranquilas satisfacciones, con sus altos ejemplos y sus enseñanzas provechosas, con sus pruebas de cultura y sus alardes de generosidad, con sus pompas morales en generosa lucha con las pompas materiales, susceptible de ser descripta con la detención que fuera de desear, en el espacio disponible de una carta que hace ya rato ha dejado atrás la centésima carilla.

Dejemos, pues, de lado, y por sensible que ello sea, tanto acto, incidente y detalle de más ó menos interés; las niñas de la Escuela Normal, cuyas tiernas voces se elevan, puras como sus almas, en presencia del General, para saludarlo con sus cantos armoniosos; los artesanos que acuden en corporación á ofrecer su mano encallecida en la labor honrada de cada día, al que consideran su hermano en el trabajo y obrero de primera línea en las jornadas del progreso; el diario banquete de mañana y tarde en que van por turnos partiendo con el huésped bienvenido el pan y la sal de la hospitalidad, cuantos hombres de valer tiene San Juan en la política, las funciones públicas, las letras, la milicia, el comercio, la industria y el trabajo que ennoblece, sea cualquiera la forma que revista;

las manifestaciones improvisadas al salir el viajero á recorrer las calles de la ciudad; las visitas á las grandes obras públicas, las instituciones que sostiene el Estado y los establecimientos industriales de principal importancia; las selectas reuniones de la noche, en que la culta dama que hace los honores de la casa—señora Teresa Yanzi de Morón preside con amabilidad y gracia exquisitas, la amena conversación y el general contento, dignamente secundada en sus esfuerzos bondadosos por la no menos distinguida señora Julia Rufino de Yanzi; el gran baile en los salones de la casa de justicia, que bastaría por sí sólo para dar elocuente prueba del alto grado de cultura que ha alcanzado la sociedad sanjuanina, si prueba necesitara lo que es tan sabido, y al que, desgraciadamente, no pudo el General asistir sino algunos instantes, por su reciente duelo, y exclusivamente para hacer acto de presencia y de gratitud en fiesta que, organizada en su honor, le estaba especialmente dedicada; y por último, las demostraciones, siempre cariñosas, siempre efusivas, siempre sinceras de la mesa, del salón y de todos los sitios donde se ha presentado el viajero, agobiado por el peso de tanta bondad y tanta fineza.

Pasemos, sí, rápidamente, dedicándoles apenas una pasajera mirada, pues así lo exigen las circunstancias, por sobre todos esos cuadros de colorido y detalles distintos, pero de un mismo noble y simpático fondo; mas no cerremos el capítulo sin reconocer, como es de deber y de justicia, que si la recepción hecha en San Juan al viajero

que acaba de visitarla, honra á este último por mil motivos, tanto ó más honra al pueblo que la ha llevado á cabo en tan espléndida forma, mostrándose, como siempre, noble, digno y generoso, amigo de sus amigos así en la buena como en la mala fortuna, justiciero antes que partidario, leal y honrado así en lo individual como en lo colectivo.

Mendoza, Marzo 29.

La despedida de San Juan fué digna del recibimiento, aun cuando no interviniesen en ella las grandes masas de pueblo que acudieron á honrar al General el día de su llegada.

A las tres de la mañana, diana á la puerta del alojamiento por la banda municipal; á las cuatro, adiós de los que quedaban y partida del viajero y sus acompañantes, ocupando unos veinte carruajes; á las seis, almuerzo de cincuenta cubiertos en el Pocito, expansiones de recíproca simpatía, fraternales abrazos, votos por la felicidad de los que se iban y de los que no se iban; á las siete un último viva, ardoroso y entusiasta, —no obstante la emoción que á muchos dominaba,—y las seis poderosas mulas parten al galope arrastrando la silla de posta y sus dos ocupantes, camino de Mendoza.

Todavía una mirada hacia atrás: allá, iluminado por el sol de la mañana, á la entrada del establecimiento en que se ha celebrado el almuerzo de despedida, está todavía compacto y firme el grupo amigo. Sombreros y pañuelos se agitan en el aire; si allá se siente lo que dentro de la silla. debe haber emoción profunda, fuertes palpitacio-

nes del corazón, sombras en la mente y en el alma, que no alcanza á disipar la satisfacción del deber cumplido.

Después... después cada cual seguirá su rumbo, nacerán nuevas impresiones, al hoy seguirá el mañana y al mañana el día siguiente, con su lote ordinario de alegrías y sinsabores, de esfuerzos y compensaciones, de exigencias y atenciones variadas, que harán dirigir la vista hacia otros horizontes y la acción á otros terrenos; pero yo sé de alguien que, sean cuales fueren los accidentes de su vida, y donde quiera que lo lleve el destino, conservará en el alma el recuerdo de su visita á San Juan, como de su reciente paso por las provincias de Santa Fe, San Luis y Mendoza, no solamente con afecto y gratitud, sino también con el fervor de un culto.

Tres días más en Mendoza, durante los cuales continúan las demostraciones afectuosas,—pues no parece sino que estos pueblos no se cansaran de ser generosos,—un banquete, una manifestación de estudiantes, seguida por una serenata de otros estudiantes, una retreta por la banda del 12 de línea, las fuerzas inagotables de esta familia de González tan apreciable como buena, los adioses de la despedida, y allá va el viajero de los Andes en busca de las luces de la historia.

Sírvanle ellas de norte propicio y brillante, y pueda el cronista del pasado, al regresar á la patria, reflejarlas sobre la frente del pueblo, que, ansioso de bañar el noble espíritu en sus ondas gloriosas, cubrirá de flores el camino que á ellas conduce.

Hace ya una hora que el General ha partido, y aún estoy meditando en ello, y preguntándome si en efecto se ha ido y yo me he quedado, y en tal caso de qué manera se ha producido el hecho de nuestra separación.

Tarea inútil: cuanto más pienso en lo que ha pasado por mí y en lo que antes me ha pasado durante los diez y nueve días que hace que salí de Buenos Aires, menos lo entiendo, y más se ofusca mi espíritu, sin acertar con la clave descifradora del misterio.

Acaso ustedes puedan por allá ayudarme á salir de situación tan poco satisfactoria, avisándome por telégrafo, al recibo de ésta, lo que de ella saquen en limpio respecto al estado mental de

CLAUDIO CABALLERO.

Recuerdos del tiempo viejo.

1816-1817

Mendoza, Mayo 7 de 1883.

«Pero estoy en la inmortal Mendoza, y nada ha de faltar».

José de San Martín.

I.

El corresponsal va á hacer por esta vez un paréntesis á sus tareas ordinarias, dejando momentáneamente de lado á la Mendoza del día, con sus adelantos, sus instituciones, sus esfuerzos y sus necesidades, para ocuparse un poco de aquella otra Mendoza de sesenta y seis años atrás, de la cual hoy no queda más que el inmortal recuerdo, vinculado al del Héroe de los Andes y sus invencibles legiones.

Jóvenes de entonces, hoy ancianos octogenarios, van á hablar por mi intermedio á los lectores de *La Nación* de época tan rica en episodios interesantes, limitándose mi tarea á dar forma ordenada á sus reminiscencias, sin quitarles nada de su sabor nativo, de esa sencillez ingenua de la narración que es en los viejos, cuando se remontan con la memoria á los albores de la vida, evocando las escenas en que fueron actores ó testigos, como un reflejo de la primera edad que se identificara con la edad madura, prestando á sus palabras, en todo

caso, el acento de la verdad que convence, y cuando de la patria, sus sacrificios y sus glorias tratan, un poder de emoción que llega hasta lo más hondo del alma.

¡Feliz yo si consigo llevar al ánimo de mis lectores, con el auxilio de la pluma, la impresión que en mí causaron esos recuerdos de pasados tiempos, al oirlos evocar de viva voz á los nobles viejos cuyo fiel intérprete me propongo ser en esta carta!

Entre las personas que proporcionaron al general Mitre, durante su reciente visita á esta ciudad, preciosos datos respecto á la época en que se organizó en ella el ejército de los Andes, figuró el doctor José Antonio Estrella, respetable é ilustrado caballero que, no obstante haber alcanzado ya la avanzada edad de ochenta y tres años, conserva en la plenitud del vigor juvenil todas sus facultades mentales, que aun emplea activa y provechosamente en trabajos que, como su diario de observaciones meteorológicas su tabla cronológica de los temblores sentidos en Mendoza desde 1861 hasta la fecha,—tareas ambas que el doctor Estrella lleva á cabo con asiduo é inteligente celo,—serán algún día útiles auxiliares de la ciencia en sus fecundas investigaciones.

Algo llegó hasta mí de lo que en su larga entrevista hablaron doctor y general, y la idea de un reportaje para *La Nación*, basado en las interesantes reminiscencias del atrayente anciano, se presentó inmediatamente á mi espíritu. Nada dije,

sin embargo, de tal proyecto á persona alguna, por razones que yo me sé; pero apenas el historiador hubo hecho rumbo hacia las regiones que baña el sol en occidente, hízolo á su vez el repórter hacia cierta «estrella» de oriente que de días atrás trajéralo preocupado, teniendo la suerte de invocarla en hora tan propicia, que á su benignidad debe en gran parte la luz pura y simpática que le es dado reflejar sobre estas páginas, sin más título que ese al favor general.

El doctor Estrella me recibió con afabilidad, mostrándose desde el primer momento dispuesto á secundar mi propósito, el cual juzgué de mi deber manifestarle con entera franqueza; iniciándose en seguida el diálogo que va á continuación y al que he querido conservar su forma genuina en obsequio á la mayor fidelidad del relato á la vez que á su concisión. La letra R. indicará cuando habla el repórter, y la abreviatura doctor cuando tiene la palabra el doctor Estrella.

....

Dr.—Temo únicamente que lo que pueda yo decirle, ayudado tan sólo por mis recuerdos de tan remotos tiempos, no lo juzgue usted de suficiente interés para darlo á luz en un diario como *La Nación.* Sin embargo, estoy completamente á sus órdenes, y haré cuanto de mí dependa para llenar sus deseos.

R.—Son bien sencillos; desearía, como ya lo he manifestado, que conversáramos un poco, cuando

usted lo tenga á bien, sobre la época en que se organizó en Mendoza el ejército de los Andes.

Dr.—Nada me impide tener el gusto de hacerlo ahora mismo, si el momento no le es á usted inoportuno.

R.—Absolutamente y agradezco sinceramente su deferencia. Si no recuerdo mal, en su entrevista con el general Mitre le habló usted de las grandes dificultades que tuvo que vencer San Martín para vestir á sus tropas. ¿Tendría usted algún inconveniente en referirme lo que recuerde sobre el particular?

Dr.—Ninguno. Efectivamente, fué ese un asunto grave y serio. Faltaban los recursos y hasta los elementos necesarios para proveer al ejército del vestuario adecuado para una campaña tan ruda como la que debía emprender, y de la cual formaba parte nada menos que el paso de los Andes. El pueblo era pobre, y no podía dar más de lo que tenía; y al gobierno general, colocado en estrechas circunstancias por las incesantes y premiosas exigencias de guerra tan larga y dispendiosa, érale imposible atender desde Buenos Aires, con la prontitud y en la medida que las circunstancias demandaban, al equipo de las tropas que aquí estaban organizándose.

R.—El general Espejo, en su obra recientemente publicada sobre el paso de los Andes, trae algo, me parece, sobre los medios que se pusieron en práctica para resolver la cuestión vestuario.

Dr.—Sí, señor, pero hay algo más que decir sobre el particular. Como sucede á menudo en la

vida, en este asunto hay un héroe ignorado de quien nadie se acuerda, y que sin embargo, contribuyó en primera línea á la solución de aquel arduo y trascendental problema. Apellidábase Tejeda y era un pobre hombre del pueblo, sin instrucción alguna, de mezquina apariencia, incapaz de formar una frase medianamente correcta.

R.—¿Mendocino?

Dr.—Sí, señor, de la ciudad ó sus alrededores. El fué quien, dotado de un talento natural para la mecánica, verdaderamente extraordinario, se comprometió á adaptar la maquinaria de un molino de trigo de modo que pudiese servir para abatanar el *picote*, nombre dado por aquel entonces á la bayeta que se traía de San Luis principalmente.

R.—¿Y cumplió con su compromiso?

Dr.—De la manera más completa. Del molino de Tejeda, convertido en batán merced al ingenio de aquel humilde hijo de Mendoza, salió convertida á su vez la bayeta en paño *estrella* ó piloto: todo el género que se necesitó para vestir al ejército de los Andes.

R.—¿Conoció usted á Tejeda?

Dr.—Sí, señor; era, al tiempo de comprometerse con San Martín,—en conferencia que se celebró en el mismo molino,—á hacer la transformación de que he hablado, un hombre como de treinta años de edad, de carácter sombrío, y de tan pocas palabras como notable ingenio. Vestido el ejército, Tejeda se dijo que el batán no tenía ya objeto, y se dedicó de nuevo á moler trigo, con lo que durante mucho tiempo ganó su subsistencia. Los

inventos eran su pasión dominante. Yo he visto, señor, un pequeño piano—de los que entonces conocíanse con el nombre de *espinetas*, construído por él en su totalidad con maderas del país, y del cual solamente las cuerdas eran de origen extranjero. En sus ratos de ocio, que eran bien pocos, pues trabajaba mucho, complacíase en entonar canciones populares, acompañándose en su piano. Otras veces, cuando llegaban á visitarlo personas que á él le constaba que sabían cantar, ofrecíase á acompañarlas en su querido instrumento, y lo hacía con bastante afinación. Más tarde inventó un despertador tan original como útil para su trabajo. De un aparato especial colocado cerca del agua, partía una cuerda que iba hasta su cuarto, por cuyo techo seguía hasta encima mismo de la cama en que dormía Tejeda, sosteniendo allí una *ojota* (zapato rústico de cuero atado con tientos) llena de pequeñas piedras. Cuando se concluía el agua, la ojota caía sobre Tejeda, el cual se levantaba en el acto para ir á proveer nuevamente de agua á su máquina, volviendo en seguida á continuar el interrumpido sueño. Por fin, cansado tal vez de arrastrarse por la tierra, quiso, nuevo Icaro, probar fortuna en las alturas y como á Icaro también, su ambición le fué fatal. Un día, después de rodear su cintura, cabeza y brazos con cintos de plumas, á semejanza de los que usan como adorno algunas tribus indígenas, trepó al techo de su habitación y pretendió elevarse en el aire con aquella quimérica ayuda. El resultado fué el que debía esperarse: Tejeda cayó desplomado á tierra

y se rompió las dos piernas, muriendo algún tiempo después de resultas de aquel desgraciado ensayo en el arte de volar.

....

....

¡Pobre Tejeda!

¡Quién sabe si á fuerza de oir repetir que aquellos millares de hombres á quienes tan eficazmente ayudara á equipar para la marcha, habían volado derechamente á la victoria, sin que fueran obstáculos á su paso los gigantescos Andes, ni sitio vedado á sus hazañas la cumbre del Pichincha ó la misma nevada sien del Chimborazo, no concluyó por creer que él también podría volar si lo intentase, aunque no fuera tan lejos ni tan alto!

El que había contribuído á preparar el vuelo de tantas águilas, ¿por qué no aspiraría á remontarse, siquiera como el más humilde de los viajeros del espacio?

Parece, sin embargo, que salían mejores y más seguras alas del picote abatanado por Tejeda en su molino de trigo convertido en fábrica de paños, que de las plumas adoptadas para emprender su aéreo viaje, pagando el infeliz con la vida la demostración de este hecho que contribuye á hacer más simpática su memoria.

Su nombre, empero, más feliz que el que lo llevó en vida, volará á través del tiempo en alas de la historia, salvado de la ingratitud y del olvido por quienes fueron testigos del señalado servicio que en momentos supremos prestara á la patria aquel tan modesto cuanto ingenioso obrero, creador y

explotador del célebre establecimiento cuyo sitio se muestra hoy al pasajero, acompañando la indicación con estas palabras, en que se hace intervenir á la gloria para consagrar una injusticia:

¡Ahí estaba el Batán de San Martín!

R.—¿Exigió el resto del equipo muchas dificultades?

Dr.—Muchas; pero todas las venció el genio de San Martín, unido al patriotismo del pueblo de Mendoza. La cuestión calzado era seria también. Costaba mucho el material para confeccionarlo. Los hacendados y los abastecedores de carne fueron los que principalmente proporcionaron al general lo necesario para proveer á sus tropas de ese indispensable artículo; la bota de vaca, ó «tamango», como se llamaba entonces, fué el calzado adoptado para el ejército.

R.—¿Y en cuánto á las provisiones de boca?

Dr.—La carne era naturalmente la base de la alimentación de las tropas, y ese artículo habíase abaratado hasta el punto de que la arroba, que hoy vale veinte reales, se vendía entonces á dos reales, y á tres cuando había mayor escasez. Esto no obstante, deseando San Martín, como siempre, pesar lo menos posible sobre el pueblo, haciendo que sus sacrificios fueran más llevaderos, economizaba la carne cuanto podía, completando el rancho del soldado con maíz, trigo y legumbres que en abundancia le ofrecían los ciudadanos. Y aun llevó más lejos el general su deseo de hacer menos gravosa para el pueblo la permanencia del ejército. Habiendo obtenido el uso de algunos

terrenos en estado de cultivo, así como las bestias de labranza y semillas necesarias, utilizó á los soldados mendocinos, como los más útiles para ese trabajo por haber sido agricultores, para sembrar toda clase de cereales y verduras adaptables al consumo del ejército, dando este sistema los benéficos resultados que tuviera en vista San Martín al plantearlo.

R.—¿Y no se quejaba el pueblo de un estado de cosas que le imponía tantos sacrificios?

Dr.—No, señor; todos daban con gusto lo que podían, y eso se vió mejor que nunca cuando se trató de dotar al ejército de los elementos de movilidad que le hacían falta. La gente llevaba al campamento los animales sin pensar en la paga, cumpliendo gustosa con lo que consideraba un deber patriótico.

R.—Ha hecho usted referencia al «campamento»: ¿las tropas no ocupaban entonces la ciudad?

Dr.—Al principio sí, pero poco después, comprendiendo el general que la vida de ciudad no era la que convenía á soldados que debían en breve emprender tan ruda campaña, hizo preparar el campo de instrucción inmediato al cual ha debido usted pasar yendo para San Juan, á una legua escasa de aquí, en el departamento de Las Heras. A aquel lugar, cuyo croquis llevó el general Mitre, y que recibió el nombre popular del Campamento», que ha conservado hasta hoy, se trasladó todo el ejército, convirtiéndose en el paseo favorito de la población, que iba á presenciar las maniobras y evoluciones de los soldados de San Martín. De allí rompió su

marcha buscando los caminos de Uspallata y de los Patos, aquel ejército de todos querido y por todos admirado, acompañándolo en su partida un inmenso pueblo que hacía votos fervientes y entusiastas por el feliz éxito de la atrevida empresa, y por la libertad de Chile, oprimido aun bajo la tutela colonial.

R.—¿Y se tenía fe en ese éxito?

Dr.—Fe ciega, señor, inconmovible. Era tal la convicción que se había encarnado al respecto en el pueblo todo de Mendoza, que no había ciudadano, cualquiera que fuese su condición, que no creyese dotadas á las huestes expedicionarias del poder del cóndor para atravesar los Andes sin tropiezo alguno, y precipitarse como un torrente irresistible sobre las legiones enemigas.

R.—Debieron ser días aquellos de grandes é inolvidables emociones, de ansiedad profunda.

Dr.—Ciertamente, pero como se lo he dicho á usted, nadie dudaba del triunfo. Las ilusiones más bellas acariciaban la mente y agitaban el corazón de los hombres más espectables y de los más humildes. Recuerdo un hecho que dará á usted mejor de lo que pudieran hacerlo mis palabras, una idea del sentimiento predominante en aquellos momentos solemnes entre los hijos de Mendoza. Un hombre serio y respetable, el señor Manuel Valenzuela, hallándose, á los tres días de haber partido el ejército, en compañía de algunos amigos, exclamó de repente, señalando hacia el lado de la Cordillera, cuyos vagos contornos se divisan desde la ciudad: ¿No ven ustedes? Allá está la bandera de

la patria; hace tres días apenas que marcharon sus defensores, y ya están con ella sobre la cumbre de la montaña...

R.—Naturalmente que aquello no pasaba de una ilusión...

Dr.—Sí, señor: una ilusión del entusiasmo. El patriotismo tiene también sus mirajes: un celaje, un reflejo de luz sobre la nieve, coronando un punto saliente de la azulada sierra, pareció al buen hombre el pabellón argentino, que los ojos humanos no podrían ver á tal distancia.

....

....

¡Sublime miraje aquel en el cual veía el alma lo que, si no había sucedido ya, no debía tardar en suceder!

Allá iba, efectivamente, salvando la inmensa altura que había, sin embargo, de parecer en breve pequeña comparada con la de su gloria, la bandera celeste y blanca de la nueva patria argentina.

Y Mendoza como nadie, debía distinguirla desde lejos, presentirla, adivinarla, como se adivina al sol tras de las nubes, que, obra de sus hijas predilectas y símbolo sagrado de los votos y esperanzas que la movieran á hacer tantos y tan generosos sacrificios, era como un pedazo de su corazón, como una hija amada hasta el delirio.

Ya habrá ocasión, en el curso de esta carta, de decir algo más sobre esa insignia vinculada á imperecederos recuerdos.

R.—He oído hablar mucho de un padre Beltrán que prestó á San Martín importantes servicios

en la preparación de los elementos necesarios para el uso de la artillería, y que lo acompañó en su campaña de los Andes. ¡Parece que era hombre muy popular el tal padre!

Dr.—Muy popular, es cierto. «¡Ya se fué el padre Beltrán», decían las gentes al regresar al pueblo después de la partida del ejército; «no tendremos ya otros lindos fuegos como los que preparó en la plaza, ni otro globo como el que lanzó en la noche de los fuegos!» Efectivamente, el padre Beltrán, que tenía pasión por aquella clase de trabajos, y un talento especial para ejecutarlos, había preparado y hecho quemar en la plaza, poco antes de ponerse en marcha las tropas, unos fuegos artificiales como no se habían visto ni parecidos hasta entonces en Mendoza. Formaban un paralelogramo de cincuenta varas de largo por cuatro de altura, con seis volcanes ó grandes cañones de caña tacuara de dos tercias de alto, forrados en cuero fresco de vaca y cargados con pólvora, teniendo cada uno en la boca una bomba de cartón con más de doscientos cohetes de gran estruendo. Todo el frente del aparato hallábase revestido de fuego de diversos colores, y su coronación erizada de cohetes voladores. Encendido el castillo por tres puntos á la vez, la plaza se iluminó como de día, apareciendo en seguida, en letras de luz de vivos y variados colores, esta inscripción que fué saludada con entusiastas vivas y aclamaciones por el inmenso pueblo que llenaba la plaza: «¡Viva el general San Martín!» Inmediatamente después se lanzó el gran globo, que fué de un efecto admira-

ble, tanto por ser el primero que se veía en Mendoza, como por la circunstancia de elevarse casi en línea recta á una altura de quinientos ó seiscientos metros, hasta confundirse su luz con la de las estrellas. Pero donde el padre Beltrán prestó grandes servicios fué al frente de los talleres en que se elaboraba la pólvora y los materiales necesarios para la artillería. Trabajó en ellos sin descanso hasta que el parque del ejército tuvo cuanto necesitaba en esa clase de elementos; prestóse en seguida á acompañar personalmente á San Martín á fin de poderle ser útil en su ramo predilecto, llegado el caso de hacerse nuevamente necesarios sus servicios.

R.—¿Recuerda usted algunos rasgos notables de patriotismo llevados á cabo en aquel tiempo?

Dr.—Sería historia de nunca acabar referirle tantos hechos abnegados y generosos como se produjeron en aquellos días memorables. Es digno de ser recordado, entre ellos, el del ciudadano Luciano Díaz, quien se presentó ante el general San Martín con sus hijos varones, el mayor de los cuales no creo que tuviese aún quince años de edad, diciendo: «Vengo á ofrecerle, señor general, mis hijos para que sirvan á la patria como soldados». San Martín detuvo un instante su mirada sobre los pequeños ciudadanos, y contestó en seguida al señor Díaz:—«Paisano, reconozco en este acto sublime al verdadero patriota; se instruirá en el arte de la guerra á tan precioso plantel, dotándosele de uniforme y armas adecuadas». Dichas estas palabras, el general, visi-

blemente conmovido, se retiró del sitio en que se desarrollaba aquella escena verdaderamente conmovedora. Los pequeños infantes fueron, en efecto, uniformados y armados con arreglo á su edad respectiva, y hacían ejercicio á la par de los soldados del ejército. El mayor de aquellos jóvenes fué más tarde el coronel Pedro José Díaz, uno de los jefes más valientes que ha producido Mendoza. A propósito de él me viene á la memoria una anécdota, rigurosamente histórica, que confirma el juicio emitido respecto á su valentía. Con motivo de una parada militar, marchaban algunos cuerpos por la calle Santo Domingo, en Buenos Aires,—no recuerdo bien en qué año,—y á su frente iba el coronel Díaz, de gran uniforme. Un caballero que presenciaba el desfile, en compañía del general Lavalle, exclamó: — «¡ Qué bizarro jefe!» El general Lavalle contestó á aquella exclamación, diciendo, al mismo tiempo que miraba con simpático interés al coronel Díaz: —«¡Más bizarro es frente al enemigo!»

....

....

Algunas impresiones y recuerdos personales, relacionados con el mismo período histórico, de otros de aquellos jóvenes soldados—los hermanos Díaz—encontrarán cabida en el curso de la presente carta, agregando nueva luz al sencillo y—quiero creerlo también—atractivo cuadro que van trazando estas reminiscencias de tiempos y sucesos cuyo interés crece á medida que se alejan, y de los cuales es bueno que hablen los que los vieron de cerca,

siquiera sea para reflejar el sentimiento popular de la época, y antes que con su desaparición de entre nosotros se extingan los últimos resplandores vivos del medio en que tantas grandes hazañas se prepararon y tantos nobles hechos se produjeron.

R. —Conozco á uno de aquellos pequeños legionarios, que vive aún, fuerte, aunque cargado de años. Por lo demás, creo que no fueron esos los únicos jóvenes presentados á San Martín por sus padres para servir en el ejército...

Dr.—Ciertamente que no: los Aranda, Correa de Saa, Recuero y otros muchos cuyos nombres olvido en este instante, hicieron otro tanto, llegando algunos de los jóvenes voluntarios á ser con el tiempo brillantes oficiales que dejaron en todas partes bien puesto su nombre argentino. De los Correa de Saa, el mayor, José Félix, llegó á coronel y el menor, Ignacio, que ascendió hasta capitán, se hizo célebre en la campaña del Perú por un hecho de armas verdaderamente notable. Habiendo el famoso general Córdoba, del ejército colombiano, pedido á Lavalle, que mandaba por entonces un escuadrón de Granaderos á caballo, un oficial para encargarlo de una empresa peligrosa y delicada—el reconocimiento de una gran guardia avanzada de los españoles—presentóle el jefe argentino el teniente Correa de Saa. Córdoba miró un instante con aire entre sorprendido y desdeñoso al joven oficial, y dijo á Lavalle en seguida:—«¿ Y este niño me da usted, señor coronel, para tan atrevida em-

presa?»—«Respondo del éxito, general», fué la inmediata contestación de Lavalle, y el teniente Correa de Saa, con un piquete de granaderos á caballo, partió á desempeñar su difícil y arriesgada comisión. El resultado de ésta no pudo esperarlo ni el mismo Lavalle, que tanta confianza demostrara en su joven teniente, pues este último, ultrapasando sus órdenes ó instrucciones, sorprendió con su escasa gente á la guardia enemiga, fuerte como de cuatrocientos hombres, haciendo el sable de los granaderos tremendo estrago en sus filas y cayendo en poder de estos últimos muchos prisioneros realistas. Por un momento se creyó que, á pesar de lo heroico de su acción y el brillante éxito alcanzado, el teniente Correa de Saa fuera juzgado militarmente por haberse extralimitado en el desempeño de su cometido, pero no sucedió así. El general Córdoba, en un arranque de entusiasmo inspirado por la hazaña de que se le daba cuenta, exclamó delante de Lavalle y otros jefes y oficiales, señalando á Correa de Saa:—«Este joven teniente será un segundo Córdoba»; frase en que está retratado el carácter del altivo favorito de Bolívar, y que, importando para el autor de la heroica sorpresa el mayor elogio que de él pudiera hacerse, pues Córdoba pasaba, y con justicia, por ser el más brillante jefe del ejército colombiano, alejaba todo peligro del castigo que se temiera.

R.—Cuentan las crónicas que la mujer mendocina no se quedó atrás del hombre en materia de actos de abnegación y de sacrificio durante aquella época memorable.

Dr.— Y no mienten, seguramente. Tanto las más distinguidas damas como las más humildes mujeres del pueblo rivalizaban en deseos de ser útiles á la causa de la patria, haciendo, cada una en su esfera, cuanto les era posible para contribuir á la realización de los propósitos del general. Cosían toda clase de ropas y hacían vendas é hilas, trabajando muchas veces hasta altas horas de la noche; y mientras unas se desprendían de sus alhajas para aumentar con su producto los recursos del ejército, otras confeccionaban la rica bandera que debía más tarde marchar de triunfo en triunfo hasta las riberas del Rimac y del Guayas. En este último trabajo tomaron parte, entre otras, las Alvarez, Corvalán, Ferrari, Prats y la señora María Josefa Alvarez de Delgado, cuyo nombre no se menciona en algunas crónicas sobre aquella época, y de quien puedo contar á usted una anécdota bastante curiosa, de cuya veracidad puedo responder, porque me consta personalmente.

R.—Muy agradable me será oirla.

Dr.—Es muy breve. Habiendo llegado á Mendoza la noticia de que el general Juan Facundo Quiroga había fallecido de muerte natural, la señora Alvarez de Delgado, á cuyo conocimiento llegó el hecho, exclamó inmediatamente:—«O son falsas las Sagradas Escrituras ó Quiroga no ha fallecido de muerte natural: el que á hierro mata, á hierro muere». Estas palabras pronunciadas con acento firme y convencido por la digna matrona mendocina, recibían pocos días después la más completa confirmación, al saberse que el general Quiroga había muerto asesinado.

Con el permiso del lector, á quien probablemente no le disgustará tampoco variar algo de forma, abandonaré aquí la del diálogo para adoptar la corriente de la narración, á fin de dar cuenta del resto de mi entrevista con el Dr. Estrella.

—La plaza histórica,—dijo el respetable anciano,—en que se juró fidelidad á la Constitución y á la bandera argentina, es hoy páramo ingrato donde ni una modesta columna recuerda aquellos grandes hechos; pero que ha pasado en cambio á ser matadero público de los animales necesarios para el consumo de la población, como antes lo fuera de hombres, sirviendo sucesivamente de teatro al fusilamiento de los hermanos Carrera, el coronel Barcala, el «segundo Córdoba», héroe de la hazaña que he referido á usted hace un momento, y dos soldados que cometieron el delito de deserción.

Estas palabras del Dr. Estrella, impregnadas de una amarga filosofía y pronunciadas con acento triste, me han hecho pensar más de una vez en algo que antes cruzara ya por mi espíritu, aunque no en forma tan clara y acentuada.

San Martín, que había levantado un monumento á Mendoza en su corazón, no tiene en Mendoza una piedra dedicada á su gloria, y sin un departamento de campaña que lleva su nombre, porque allí poseyó un fundo, como sucede en tanta y tanta sección de la república que ha tomado el nombre de sus primeros ó más espectables pobladores, nada recordaría aquí, fuera de una biblioteca que no tiene de tal sino el nombre, y de la leyenda hablada ó escrita, el paso inolvidable del Héroe y

su obra grandiosa, á que está vinculada, como la luz del astro que la envía, la gratitud eterna del pueblo argentino.

La plaza en que se hizo flamear por primera vez la bandera del ejército de los Andes, es *matadero público;* el campo de instrucción en que se organizó el ejército libertador de tres repúblicas, y desde el cual partió á su gran cruzada, es agreste pampa sin una huella de su pasado glorioso; el gran paseo de Mendoza,—hoy su hermosa calle principal,—delineado y plantado bajo la inmediata dirección del vencedor de Maipo y Chacabuco, de Lima y el Callao, ha visto al hacha destructora cebarse en sus gigantescos árboles, que debieron ser siempre sagrados como los plantados por Wáshington en Mount-Vermont, objeto de veneración para el pueblo norteamericano, y como si esto no fuera bastante, se ha pedido prestado á la iglesia romana un nombre para la histórica avenida, sin duda por no considerarse bastante digno el de su ilustre fundador. No obstante lo cual, yo tengo para mí, sin faltar á ningún respeto, que santo por santo, tenía San Martín, de todo punto de vista, mucho más derecho y títulos mil veces mejores que San Nicolás para dar nombre á la famosa Alameda, hermana menor de la de Santiago allende los Andes, que los chilenos han tenido el buen gusto de dedicar á panteón estatuario de sus grandes hombres, dejando á los santos del cielo para ser honrados y hasta adorados en los templos.

Mendoza está en el deber de reparar estas faltas,

de hacer olvidar estas injusticias, de eliminar de su blasón estas sombras que obscurecen el puro brillo que sobre él reflejan desde el pasado sus nobles hechos, sus generosos sacrificios.

El ferrocarril debe encontrar, al llegar á la ciudad histórica, echadas las bases, por lo menos, del monumento destinado á perpetuar en duro bronce ó resistente mármol la gloria del Gran Capitán, que es también su propia gloria, y borrada en cuanto sea posible toda huella que pudiera acusarla de una ingratitud que no puede haber existido sino en la apariencia, como resultado de las épocas de cruenta lucha y de penalidades de todo género porque ha tenido que pasar esta provincia hasta hace poco tiempo. No creo que la excomunión papal cayera sobre Mendoza porque ésta cambiara á la arteria madre de su ciudad capital el nombre de San Nicolás, que hoy lleva sin razón y sin motivo, por el de San Martín, que legítimamente le corresponde. Y si hubiera de caerle, consolaríala de esa contrariedad, verdaderamente sensible, pero fácil de remediar con actos de sincera penitencia ejecutados en otros teatros y por otras vías, la conciencia de haber celebrado el magno acontecimiento de la llegada de la locomotora con un gran acto de justicia que, honrándola ante propios y extraños, iniciaría dignamente la obra de reparación que el patriotismo le impone y sus antecedentes reclaman.

....

Esto, mientras se realiza,—como ha de realizarse seguramente algún día,—mi bello y grande

ideal del monumento á San Martín, que algunos han juzgado quimérico ensueño de exagerada fantasía: un faro colosal encendido sobre la cúspide de los Andes, iluminando, no al mundo-humanidad, como *La Libertad* allá en la entrada de la ciudad-Imperio, sino al mundo-teatro de las hazañas del Héroe, desde las inmensas alturas que salvara con sus invencibles huestes para llevar á Chile y el Perú la libertad argentina.

—San Martín era el ídolo del pueblo,—dijo el doctor Estrella en el curso de la conversación;—á su paso desaparecían los obstáculos como por encanto, prestando todos su concurso espontáneo y decidido á la grande obra iniciada por el hombre en cuyo honor desplegara el pueblo en un arranque de loco entusiasmo, y con motivo de su proclamación para la primera magistratura de la Provincia, por el Ilustre Ayuntamiento de Mendoza, aquella célebre bandera blanca y aquella aun más célebre inscripción de que habrá oído usted hablar probablemente.

Manifesté al doctor Estrella que no había llegado á mi noticia cosa alguna al respecto, y el amable anciano me comunicó entonces, para entre nosotros únicamente, y no para el diario, que la tal bandera, confeccionada y sacada á la calle en un momento de locura popular, ostentaba en letras bien gordas, y sin puntos suspensivos, la siguiente cuarteta:

«Quiere el pueblo á San Martín,
Alveàr nos manda á Perdriel;
Mas si éste viene á Mendoza
Nos c........ en él.

Aunque breve, me pareció tan expresiva la copla, y tan á propósito para poner de manifiesto el espíritu que por aquel tiempo animaba al verdadero pueblo de Mendoza con respecto al General San Martín, que no he podido resistir á la tentación de colarlo en esta carta, con las reservas del caso.

Contestando á una pregunta que le dirigí acerca del modo de ser de San Martín, tanto para con los particulares como para con los soldados, dijo el doctor Estrella:

—Era hombre llano y hasta familiar en su trato con los ciudadanos lo mismo que con sus subalternos, sin que eso le impidiese, en lo tocante á estos últimos, ser inexorable para castigar toda falta contra la moral ó la disciplina. Los dos primeros fusilamientos que presenció la población de Mendoza y que causaron una impresión profunda, cortando de raíz el mal que con ellos se quería atacar, fueron los de los soldados desertores de que ya le he hablado á usted. La pretensión era para él cosa completamente desconocida, descuidando hasta su traje, en cuanto no era el que cualquier otro hubiese usado en igual posición y rango. En actividad siempre, y preocupado únicamente de su grandioso plan y los medios de realizarlo lo más pronto posible, gustaba de no perder tiempo en visitas y paseos. Una anécdota que tengo de testigos oculares, le dará á usted idea de lo que era el hombre cuando se trataba de asuntos del servicio. En cierta ocasión en que un vecino le daba cuenta de una comisión de

que había sido encargado, llególe á San Martín un oficio del campamento. Leerlo y exclamar:

—«¡Paisano, paisano, su caballo al momento; es urgente mi presencia en el campo de instrucción», montando en seguida en el pobre y mal aperado mancarrón del vecino con quien hablaba, y partiendo á todo escape en la dirección que había indicado, fué para San Martín obra de un instante En vano el paisano protestó que el general no podía ir en semejante cabalgadura, ofreciéndose á correr en busca de otra mejor: San Martín no lo oyó siquiera, y sólo al día siguiente volvió del campamento. Y no solamente para ocuparse del ejército y sus preparativos encontraba tiempo aquel hombre incansable. Todo lo que se relacionaba con el progreso de Mendoza le interesaba vivamente, y la gran alameda, que él delineó en unión del señor Agustín Santander, como la Biblioteca, que enriqueció con la por entonces famosa Enciclopedia Francesa y otras obras inportantes, acreditan, entre multitud de señalados servicios prestados á la provincia, su gran cariño por ésta, y su deseo vehemente de verla próspera y feliz.

Toca á su término lo que de mi entrevista con el doctor José Antonio Estrella—á quien debo una pública manifestación de reconocimiento por la bondadosa deferencia con que se dignara acoger mi solicitud—he considerado de suficiente interés para ser llevado al conocimiento público.

No habiendo sido el plan de visitante ó visitado realizar un trabajo histórico, en la acep-

ción correcta y rigurosa de esta calificación, y sí únicamente evocar algunas reminiscencias personales de época por tantos motivos interesante y memorable, dándolas á la publicidad sin pretensión de ninguna especie, esperan uno y otro merecer de quienes las lean aquella indulgencia de que es digna siempre la buena intención y la humildad conscientes.

Si el historiador no encuentra en estas páginas elementos nuevos para su labor fecunda; si el erudito ó el investigador no hallan en ellas cosa que no supieran con más ó menos detalles, la gran mayoría de los cincuenta ó sesenta mil lectores de *La Nación*, que no son ni historiadores, ni eruditos ni investigadores, les habrán debido algunos instantes de solaz y grata emoción;—que es atributo de los grandes hechos y de las grandes glorias hablar siempre al corazón y cautivar la mente,—y esto basta á mi propósito.

Y si además de esto quiere mi buena suerte que consiga hacer producir á este capital ajeno el interés de alguna útil enseñanza, de algún destello luminoso, de alguna semilla productora del bien ó engendradora de justicia, el éxito habrá sobrepasado en mucho á la esperanza, y creeré que las horas mendocinas dedicadas á dar forma á estos recuerdos, han sido de las mejor empleadas en mi vida.

En cuanto á Mendoza y á la cooperación prestada por ella para la formación del Ejército de los Andes, el doctor Estrella ha encontrado apropiada fórmula para la justa apreciación de sus mereci-

mientos, poniendo en mis manos estas dos estrofas de antigua data, para cerrar con ellas la reseña de nuestra entrevista.

Cuando Chile oprimido
Sin libertad zozobra,
Cuyo prepara la obra
De su restauración;
Atenta á su gemido
No hay riesgos que sean grandes,
Que se abrirán los Andes
Al ¡ya es! de la legión.

A los héroes que fueron
¡Oh, Lima! en tu venganza,
Cuyo les dió la lanza
Y su inmortalidad;
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna,
En Cuyo ve la cuna
De tu felicidad.

II.

Tengo ahora el gusto y el honor de presentar á ustedes al joven Tomás José Díaz, uno de los hermanos del mismo apellido á quienes hemos visto presentados por su padre al general San Martín para que sirviesen á la patria en el Ejército de los Andes, y que lleva actualmente en Buenos Aires, con rara entereza, la pesada carga de sus ochenta y dos años.

Con este caballero he tenido, no una sino varias entrevistas, y el resultado de ellas, en la parte que interesa á mi propósito, lo ha compendiado él mismo en la narración que va en seguida, y á la

cual me ha pedido que le deje la sencilla forma en que ha sido redactada, porque no gusta, me ha dicho, adornarse con las plumas del grajo, y si han de publicarse sus recuerdos, quiere que sea tal cual él los formula.

Las reminiscencias del señor Díaz completan las del doctor Estrella, agregando nuevos detalles al cuadro trazado por éste, y proyectando mayor luz sobre una época cuyos incidentes todos conviene popularizar, así como las ideas y sentimientos en ella predominantes.

Tiene la palabra el joven Díaz:

En 1816 no había más que una escuela fiscal en Mendoza, dirigida por el Reverendo Padre Fray José Benito Lamas, de la orden del Seráfico San Francisco de Asís. Era el Padre Lamas oriental de nacimiento, de regular estatura y atractivo aspecto, cortés, afable, discreto, excelente orador sagrado, y más que modesto, humilde: era, para decirlo todo en una palabra, un sacerdote modelo en todo sentido.

Era yo un alumno de aquella escuela, y á esa circunstancia debo el hallarme en aptitud de referir, con exacto conocimiento de causa, los hechos de que me voy á ocupar.

Conversando un día el general San Martín, general en jefe del ejército y gobernador de la provincia, con el Padre Lamas, dijo á este último que creía muy conveniente que sus alumnos se ejercitaran en el manejo del arma de infantería.

Nuestro director acogió con entusiasmo la idea del general.

En la escuela había unos cuantos jóvenes que conocíamos regularmente dicho manejo, así como los movimientos y evoluciones correspondientes al arma indicada, y sobre nosotros recayó, naturalmente, el encargo de disciplinar á los demás compañeros.

Escogiéronse doscientos niños capaces, por su edad, de manejar la tradicional tercerola de chispa, organizáronse las compañías con sus respectivos oficiales, sargentos y cabos, y se dió á reconocer á uno de nosotros—Federico Corvalán,—como jefe del batallón, que recibió el nombre de *General San Martín.*

El cambio del paso, las marchas y las contramarchas y algunas evoluciones simples, fueron pronto aprendidas, pues era grande el entusiasmo reinante entre aquella muchachada que ya se creía tropa de línea, próxima á afrontar al enemigo, y lo mismo sucedió con el manejo del fusil de palo de que se había provisto al batallón, á falta, por el momento, de fusiles verdaderos.

¡Y cómo no habíamos de aprender, si soñábamos con la idea de ser soldados de San Martín, á quien amábamos como á un padre!

Proporcionábanos un tambor y un pito para los ejercicios el valiente y simpático jefe del batallón número 11, coronel Juan Gregorio de Las Heras, ejercitándose aquéllos unas veces en la plaza y otras en la alameda, donde acudían en crecido número señoras y caballeros á presenciar nuestros

movimientos. ¡Ya se imaginará si ante aquel público pondríamos todos especial cuidado en ejecutar las órdenes con rapidez y precisión!

Aproximábase el 25 de Mayo de 1816, de inolvidable recuerdo para cuantos lo pasaron en la inmortal Mendoza, y el director nos dijo que era menester que para la víspera del gran día oficiales y soldados tuviésemos nuestros uniformes. Ni uno solo de nosotros dejó de cumplir con la orden de nuestro querido director, pues en aquellos tiempos gloriosos, los niños lo mismo que los viejos y hasta las mujeres, en nombrándoles la palabra *Patria*, no había sacrificio que no hiciesen ni esfuerzo que no realizaran.

A seis jóvenes entregó el director, respectivamente, una arenga ó una composición patriótica para que la estudiaran de memoria y pudieran recitarla el 25 en la plaza, después de la gran salva de la salida del sol. El comandante del batallón y cinco oficiales, fuimos los favorecidos con tal distinción; he aquí los nombres de los oradores: Valentín Corvalán, Indalecio Chenaut, Damián Hudson, Jorge Díaz, Eusebio Díaz y el que estos apuntes traza.

Quince días antes del 25 nos entregó el director á tres oficiales, constituídos al efecto en comisión, un oficio que debíamos poner en manos del general San Martín, y en el cual el padre Lamas pedía á este último, que dispusiera lo conveniente para que fueran entregadas á nuestro batallon doscientas tercerolas é igual número de paquetes de cartuchos de fogueo para los próximos ejercicios y las descargas que debíamos hacer al despuntar el sol del gran aniversario.

San Martín, en cuanto se hubo enterado del contenido del oficio, batió las manos con alegría, y exclamó: ¡Viva la patria! mandando en el acto extender la orden pedida por nuestro director. Al despedirnos, nos recomendó el general que tuviéramos mucho cuidado de no lastimarnos con las armas, á lo que uno de nosotros contestó:—« Pierda cuidado, señor, que lo haremos como V. E. lo desea».

¡Con qué satisfacción leímos y releímos la orden para la entrega de las armas y cartuchos, mientras nos encaminábamos á dar cuenta al director del feliz resultado de nuestra comisión! Cuando llegamos á la escuela, y la pusimos en manos del padre Lamas, los tres comisionados la sabíamos de memoria, aumentando aún más nuestro contento cuando el buen hombre, después de leer la orden, nos dijo:—« Mañana temprano irán ustedes con el batallón al cuartel de la Cañada y entregarán esta orden al jefe que está al cargo de la Sala de Armas».

Se hizo como lo deseaba el director, presentándose el batallón al día siguiente en el sitio indicado, y recibiendo cada soldado una tercerola y un paquete de cartuchos. En seguida se emprendió la marcha, de dos en fondo y con el arma á discreción, hacia nuestro cuartel, situado en el convento de San Francisco. El más profundo silencio reinaba en las filas. ¡Hubiérase dicho que era una fuerza que se dirigía con las debidas precauciones á efectuar una atrevida y peligrosa operación militar!

El ejercicio de fuego hacíase en batalla, y á poco el batallón efectuaba descargas dignas de un cuerpo de línea.

Recuerdo al caso: un día que habíamos ido á hacer dicho ejercicio en el convento de San Agustín, donde había un corralón muy á propósito, por lo espacioso y despejado, para practicar evoluciones, ocurrióseles á dos legos, viejos ya, situarse frente al batallón para presenciar nuestros movimientos y trabajos. Habiendo el comandante mandado cargar las armas, esperábamos todos con oído atento las voces que debían seguir de cerca á aquella orden, cuando de pronto noto que por el cañón de la tercerola de uno de los soldados de mi compañía asomaba algo que en el primer momento no pude explicarme qué sería. Pero había que averiguarlo, y dirigiéndome en el acto hacia el joven, en el momento mismo en que el comandante daba las voces preliminares del fuego, suspendo con la espada la tercerola, que inclinaba ya para apuntar, y le preguntó qué era lo que tenía dentro del cañón de su arma. El niño, sin titubear un instante y con la mayor ingenuidad, me contestó:— La baqueta».—«¿Y para qué la ha dejado usted ahí?»—«¡Para asustar á aquellos legos que están allí mirando!»

El niño no tenía la menor idea del peligro en que había estado de causar con su travesura un accidente de fatales consecuencias tal vez. Lo había hecho sin saber lo que hacía; pero la suerte quiso que se evitara el daño á tiempo y la lección sirvió para que todos pusieran mayor cuidado aun en el manejo de sus armas.

El 24 á las tres de la tarde, todo el batallón estaba en el cuartel, perfectamente uniformado, sin que faltase uno solo de sus miembros, procediéndose á ensayar el Himno Nacional, con el cual debíamos saludar la salida del sol al día siguiente. Concluído el ensayo se mandó romper filas, con orden de presentarse todos á las cuatro de la mañana para marchar á la plaza.

Por la noche, el pueblo entero acudió á presenciar los grandes fuegos artificiales (aquellos célebres fuegos del Padre Beltrán, ya descriptos en esta carta) siendo objeto de la atención general los niños soldados del batallón *General San Martín* que habían ido con sus uniformes. La bandera nacional flameaba por todas partes en la población brillantemente iluminada; arcos triunfales levantábanse en diversos puntos, y las bandas de música dejaban oir sus entusiastas acordes. Era aquel un espectáculo de una animación y alegría ya nunca igualada, y era tarde cuando, después de recorrer los cuarteles, donde la tropa había permanecido reunida, nos retiramos á nuestras casas.

Llegó por fin el gran día.

A las cuatro de la mañana todo el batallón formaba en la escuela, al toque de llamada ejecutado por dos tambores y dos pitos enviados por el coronel Las Heras. Poco después de la diana, las tropas empezaron á pasar en dirección á la plaza, á la que fuimos los últimos en llegar, siendo colocados á un costado de la infantería.

¡Qué admirable aspecto el que presentaba aquel ejército perfectamente armado y uniformado al

par que sujeto á la más severa disciplina! Con tales soldados, más temibles mil veces por su espíritu y su organización que por su número, ¿cómo no había de triunfar San Martín en todas partes?

En el centro de nuestro batallón flameaba la bandera celeste y blanca, de riquísima seda, lo mismo que su banda para sostenerla, con las armas de la patria, todo ello trabajado por las señoritas de Mendoza.

En la torre de San Francisco, un vigía esperaba que el sol asomase por el horizonte para anunciarlo lanzando un cohete volador. Mandaba la línea de parada el general Miguel Estanislao Soler, el cual, al dar el vigía de la torre la señal convenida, mandó prevenirse para romper el fuego. Un instante después, una salva de veintiún cañonazos, seguida de descargas de fusilería por batallones, de las cuales la última fué la nuestra, saludó la aurora del glorioso aniversario.

No bien hubo cesado el fuego, y con él los repiques de campanas que habíanlo acompañado, adelantóse nuestro batallón al centro de la plaza, yendo con él la banda del núm. 11, y la primera estrofa del himno patrio, entonado por doscientas voces juveniles, resonó en medio del silencio de aquella escena verdaderamente conmovedora.

Concluído el coro, Valentín Corvalán dió cuatro pasos al frente y recitó su arenga, cantándose en seguida la segunda estrofa del himno. Y así, alternando estrofas y arengas, fueron sucesivamente recitando las composiciones que habían estudiado, Indalecio Chenaut, Damián Hudson, Jorge Díaz,

Eusebio Díaz, y el que evoca estos recuerdos, que recitó los versos siguientes: (*)

Sí, se estremecen de la misma tierra
Los fundamentos todos, y conturban
Los elementos, al sentir el peso
De la injusta opresión que nos abruma.
Espectadores de la lid cruenta,
Ved cual de sangre el invasor inunda
La tierra americana, en fiero empeño,
Con ciega intrepidez, con faz sañuda.
En los campos de Marte, los arbitrios
¿Lo veis americanos, como apura.
Los derechos sagrados de la patria
Para ahogar y extinguir desde la cuna?
¿Lo veis abrir la caja de Pandora
Y el veneno esparcir para que cunda.
Matando el patrio aliento; y proclamando
Venganza eterna que sus pechos juran?
¿No lo veis esgrimir con furia insana
Las armas y el poder con que dibuja,
En el plano fatal de sus proyectos
La ruina de la patria y su fortuna?
¡A ellos! sin tardanza, americanos!
Revestid de los fuertes la armadura,
Y pues la guerra os llama á la victoria,
¡Haya guerra tenaz y guerra cruda!
Odiad la esclavitud que habéis sufrido
Abriendo en vuestro suelo sepultura
A la antigua opresión; y á todo trance,
¡Que nuestra libertad jamás sucumba!

(*) La memoria no le ha sido completamente fiel al señor Díaz para recordar la composición recitada por él en la plaza de Mendoza hace la friolera de sesenta y siete años, y ha habido, por lo tanto, que llenar en ella algunos pequeños claros, pero sin alterar absolutamente su fondo, y cuidando de no tocar la forma sino en una que otra parte, donde se hacia de todo punto necesario para aclarar el sentido ó restablecer el verso.

Al terminar el himno y las recitaciones echáronse nuevamente á vuelo las campanas de todos los templos, las bandas de música rompieron á tocar y las tropas tomaron el camino de sus respectivos cuarteles, con excepción de nuestra *tropa*, que después de cargar las armas, por orden de su comandante, marchó en dirección contraria de la que todos esperábamos.

¿Dónde nos llevaban?

Pronto lo supimos, y con júbilo inmenso: íbamos á la casa del general San Martín, distante tres cuadras y media de la plaza. El grande hombre, avisado probablemente de nuestra visita, nos esperaba en la acera, acompañado de varios militares y particulares distinguidos. Llegados frente á la casa desplegamos en batalla, y á la voz del comandante hicimos una descarga cerrada que nos valió un aplauso del general y un ¡Viva la patria! dado por él mismo con potente voz y que todos repetimos entusiasmados. Siguióse una segunda descarga, tan buena como la anterior y las mismas demostraciones que habían acompañado á ésta, y el infantil batallón tomó el camino de su cuartel á paso redoblado, entre los aplausos y aclamaciones del numeroso pueblo que llenaba las aceras y bocacalles. ¡Cada uno de nosotros se creía ya un héroe, y nos parecía que íbamos marchando con San Martín á dar libertad á Chile, siendo esta la causa de aquellos estruendosos vítores y alegres repiques, de aquellas músicas marciales y de aquel lujo de colores patrios en todas formas y por todas partes!

Llegados al cuartel, armamos pabellones y descansamos sobre nuestros laureles, haciendo cumplido honor á un abundante y suculento almuerzo con que nos esperaba nuestro querido y respetado director. ¡Qué empanadas aquéllas! Han pasado muchas empanadas en sesenta y siete años por donde aquéllas pasaron, pero como aquéllas ¡cuándo! Porque han de saber ustedes que si el entusiasmo patriótico era el alimento más rico para el espíritu en aquellos grandes tiempos y en aquellas inolvidables regiones, las empanadas eran el más delicado sustento del cuerpo, habiéndose perdido ahora, probablemente, el secreto de confeccionarlas, pues ya no se hacen empanadas semejantes.

Al repicar en la Catedral para la misa, tomaron las tropas de nuevo, después de almorzar bien, el camino de la plaza, y nosotros hicimos otro tanto, ocupando los cuerpos las mismas posiciones en que se colocaron por la mañana. De pronto, el toque de atención dejóse oir del lado en que se hallaba el General Soler, y momentos después el ejército entero presentaba las armas y se batía en toda su línea marcha de honor. El General San Martín, vestido de gran uniforme, dirigióse al templo á pie, acompañado del Ilustre Cabildo y las corporaciones. Fué aquel un momento solemne y y un espectáculo imponente.

Una vez dentro del templo la brillante y numerosa comitiva, callaron las músicas y empezó la misa, durante la cual, al cantarse la tercia y el primer Evangelio, la artillería hizo una salva de diez cañonazos, seguida en ambos casos de descargas

por batallones, hechas por todos los cuerpos del ejército, inclusive, naturalmente, el nuestro.

El sermón estaba á cargo de nuestro amado director, fray José Benito Lamas, pero, por desgracia, los que habíamos quedado en la plaza poco ó nada pudimos oir de aquella célebre peroración. Acercándome cuanto pude á la entrada del templo, lo único que pude ver y oir fué que el predicador, dirigiéndose á San Martín, decía: «¡Premiad al bueno y castigad al malo!»

Después del sermón, acerca del cual no se oían sino elogios por todas partes, la música militar entró á acompañar la ceremonia religiosa, y en aquel momento—perdóneseme este recuerdo íntimo y puramente personal que se escapa irresistiblemente de mis labios—profundamente conmovido ante aquella escena en que todo hablaba al corazón y al entusiasmo, díjeme á mí mismo: «¡Sí, es cierto, hay un Dios bueno y justo!» y durante algunos instantes me pareció como si me hallara transportado á otro mundo de eternos y gloriosos esplendores.

Por último, al consagrar la hostia durante la misa cantada, y al terminar esta última, repitiéronse las salvas y descargas de que he hablado antes, y habiéndose retirado ya las comunidades religiosas de Agustinos, Mercenarios, Franciscanos y Dominicos, apareció el general San Martín seguido de su comitiva, desfilando, como al entrar, por delante de las tropas, que presentaban las armas y batían marcha de honor. Algunos momentos después, las ceremonias del día habían

terminado, las tropas, vueltas á sus cuarteles, tenían puerta franca para que pudieran tomar también parte en las fiestas, y nuestro batallón, que había hecho el trayecto hasta el cuartel entre entusiastas vivas á San Martín, á la patria, á Buenos Aires y al batallón mismo, recibía orden de ir á entregar las armas y las cananas á fin de que quedáramos más libres para divertirnos á nuestras anchas.

Cumplida dicha orden, y una vez en la escuela, díjonos el director:—«Tienen ustedes tres días de asueto, porque se han portado bien; pueden retirarse». El comandante Corvalán, á su vez, dió la orden de romper filas, acompañándola con un ¡Viva la patria! que todos repetimos, y el batallón, cuyo desbande presenciaba el buen padre Lamas con ojos en los cuales poco faltaba para que apareciesen las lágrimas de la visible emoción que dominaba al digno sacerdote y austero patriota, se desbordó por todos los ámbitos de la alegre y bulliciosa ciudad.

Así terminó para el batallón *General San Martín* la campaña del 25 de Mayo de 1816, que sirvió para templar el alma de muchos de los que formaron en sus filas, y que fueron después leales y valientes servidores de la patria.

Y aquí, permítaseme, para terminar, otra expansión íntima.

Más de una vez, al trazar estos humildes apuntes, con mano más temblorosa por la emoción que por los años, mis lágrimas han caído sobre el papel, humedeciéndolo hasta el punto de tener que

levantarme á secarlo para poder seguir escribiendo en él.

Los viejos nos parecemos en esto también á los niños: lloramos con facilidad cuando algo agita nuestros corazones.

Y cuando ese algo es el recuerdo de aquella época inmortal de los albores de nuestra independencia; de aquellos hombres tan patriotas á cuyo frente marchaba un hombre tan grande; de aquellos sacrificios tan generosos y de aquellos entusiasmos tan sublimes, ¿cómo no llorará al evocarlo, el pobre viejo que presenció de joven tanta gloria, viviendo la vida de la patria en sus primeros y gigantes pasos?

He llorado, sí, y mucho; no tengo vergüenza en confesarlo, y ahora que he concluído la tarea que con gusto me impuse para complacer al joven amigo que la solicitara de mí atribuyéndole una importancia que yo estoy muy lejos de reconocerle, me parece que mis lágrimas no han caído sobre el papel, sino sobre las venerandas cenizas de nuestro ilustre general.

El corresponsal ha terminado también, por el momento, su tarea.

Si hay para ella un aplauso, haré como los actores en noche de *primera:* salir con mis dos simpáticos viejos de la mano, presentarlos al público, y dejándolos en la escena á que reciban la demostración que ellos solos merecen, retirarme de nuevo á mi querida penumbra.

EL VESUBIO

VOLCAN EN ACTIVIDAD

Génova, Diciembre 12 de 1885.

De regreso de Nápoles, vía Roma, Pisa, Florencia, Venecia, Turín y Milán, amén de varias otras ciudades secundarias, como Bolonia, Verona, Padua, Voghera, etc., cumplo con el deber de comenzar á dar cuenta del resultado de mis exploraciones por estas interesantísimas comarcas, en las que la historia y el arte, la naturaleza y la labor humana han sembrado tantas y tantas maravillas.

Stanley uruguayo al servicio de la República Argentina, debo hacer en Italia para *La Nación* de Buenos Aires, lo que el otro hizo en Africa para el *Herald*, de Nueva York.

Dificilísima tarea que procuro realizar del mejor modo posible, lamentando únicamente no tener un Livingstone á quien buscar, porque de seguro lo encontraría: con tales bríos explorativos me siento.

Como por algo hemos de empezar, hablemos primero del Vesubio, monte situado al oriente de Nápoles, que vomita llamas (el monte, no Nápoles) piedras, ceniza y no sé cuántas otras cosas, y de cuya existencia tuve noticia cierta por un rarísimo opúsculo titulado *Guida di Napoli*, por B. Pelle-

rano. Y digo *cierta*, porque contemplando desde el balcón de mi cuarto, en la ribera de Santa Lucía, el incomparable panorama de la bahía napolitana y sus adyacencias, había sospechado la existencia de un volcán ó cosa parecida en aquella montaña, no pudiéndome convencer que horno de ladrillo, fragua ó aparato alguno industrial pudiese echar fuera tanto fuego, y tan continuamente.

Con mis sospechas confirmadas por el libro citado, me puse en campaña para explorar el misterioso y terrible monte, queriendo mi buena suerte que, por veintiocho francos por cabeza, un audaz cochero se comprometiese á llevarme hasta la cumbre y volverme á traer á Nápoles, acompañado de mi mujer y mi hijo, á quienes logré inspirar la confianza suficiente para emprender excursión tan peligrosa, ocultándoles sus dificultades y riesgos.

Resuelto el viaje, procedimos á hacer los preparativos necesarios, empezando por aligerarnos lo más posible de ropas, pues era natural que con tanta fatiga y tanto fuego sintiésemos allá arriba mucho calor.

Siento que *La Nación* no admita ilustraciones porque de lo contrario rogaría á Giudici ó Ballerini, nuestros jóvenes y aventajados compatriotas que estudian pintura en Italia, que hiciesen mi retrato en traje vesubiano para mandárselo.

No siendo tal cosa posible, he aquí el retrato á pluma.

Sombrero blanco, levita de lustrina negra, pantalón y chaleco ídem, camisa de cuello volcado

con corbata de seda, zapato escotado, varita de ballena, guantes de cabritilla...

Mis compañeros de viaje vestían poco más ó menos con la misma ligereza.

A las ocho de la mañana nos ponemos en marcha. Mi corazón es el único que late con fuerza, porque no teme el peligro sino el que lo conoce. Mis dos acompañantes ignoraban la magnitud de la empresa. El cochero, que me llamaba Excelencia, —juzgando que no podía apear de ese título á hombre de tanta valía,—había hecho sin duda su examen de conciencia, considerando, como buen napolitano, que para ganar ochenta francos valía la pena de ir hasta el mismo infierno.

En marcha.

Santa Lucía, la tradicional Santa Lucía, con sus puestos de pescadores, sus músicos ambulantes, sus vendedores de corales, conchas y caracoles, queda pronto atrás. Desfilan luego el palacio real, magno edificio que no sirve para nada como tantos otros que poseen los monarcas italianos, herederos de las moradas de tantas dinastías; San Francisco de Paula, con sus cuarenta y cuatro columnas de basalto; el café de la Europa, en que se puede comprar de todo, hasta lo que no existe, como originales de Rafael, Murillo, el Ticiano, etc., á precios insignificantes; el puerto, cuyas vecindades son tan poco aseadas que se dice que no hay allí más que el cielo limpio, y eso porque no llegan á él sus habitantes; la estación del ferrocarril, cuya hermosura está en relación con su

utilidad; la calle de los Macarrones, bautizada así por mí, en mi calidad de explorador, y en vista de la doble cortina de esta menestra que corre á ambos lados de ella, en hilos interminables que tan pronto se extienden horizontalmente como tupen los balcones y los techos; madonas de todo aspecto y tamaño; otro palacio real, en Portici, tan inútil como los demás; cien iglesias; otras tantas villas ó quintas; el inmenso edificio de los Graneros, construído por Fernando I para guardar el pan del pueblo, y hoy destinado á depósito de soldados que se lo comen; y entre todo esto y mucho más que callo porque no es este el momento de hablar de ello, la innumerable, desbordante muchedumbre de la más populosa ciudad de Italia, pobre tanto como alegre, inteligente y simpática.

Tres horas de camino, y llegamos, por entre mares de lava negra, amontonada en toda las formas imaginables, á un punto en el que había una casa grande, hermosa, de aspecto moderno.

¡Una casa en estas alturas!

Me dijeron que era el observatorio que ha hecho célebre Palmieri, famoso por muchas cosas que ha visto y hecho allí.

Un sentimiento de despecho, semejante al que han debido experimentar algunos de nuestros exploradores al ser recibidos con helados y dulce de leche en el corazón de las regiones ignotas descubiertas por ellos, invadió mi ser.

Pero no dije nada, y continuamos nuestro viaje ascendente por un camino que va serpenteando por la montaña, siempre entre lava y ceniza, por

sobre la cual corre la mirada á posarse en el espléndido espectáculo del golfo, torre del Greco, Annunziata, Sorrento, Castellamare, el Arsenal, Nápoles, y allá más lejos, Pozzuoli, Ischia, Casamiciola y Capri.

Mil vueltas del imponente camino, y nueva casa. Un hombre del pueblo, forrado en paño burdo y con un largo bastón de férrea punta en la mano, se ha pegado al carruaje desde más allá del observatorio, y lo sigue sin cesar en su lenta marcha.

No sé quién es, pero poco me importa.

Colón no descubrió menos la América por llevar gente en su compañía.

A este hombre me dirijo, y le pregunto qué casa es aquella.

—La estación del Funicular, me responde.

¡El funicular!

Es una invención inglesa, me parece, que consiste en dos cables paralelos por sobre los cuales sube un coche de tranvía impulsado por una máquina motora que moviendo dichos cables, pone también en movimiento el coche.

¡Qué invención más original!

—¿Y se sube por ahí?

—¿Cómo no, señor?

¡Maldita idea de vestirme con traje de verano!

Cuanto más subíamos y más nos acercábamos al fuego, tanto más frío teníamos.

Fenómeno físico extrañísimo de que tomé nota para dar cuenta de él en oportunidad, en obsequio de la ciencia y á fin de que algún otro infeliz no vaya á cometer igual disparate.

Dando diente con diente, pregunté á mi hombre del camino (sabía ya que era un guía comprendido en la paga de veintiocho francos por cabeza) si había por allí donde comer alguna cosa; porque se puede ser todo lo explorador que se quiera y tener hambre en ocasiones, me parece.

Yo la tenía y muy grande en aquel momento. No había tomado durante las cinco horas que hacía que estaba en movimiento más que un vaso de vino que me dijeron que era Lacrima Christi, comprado en el camino á una viejecita de la cual conservo el mejor recuerdo, porque he sabido después que no me cobró más que cinco veces el valor del vino.

Me parece que veo á la viejecita, y me acuerdo perfectamente que al verla exclamé: ¡Qué bien conservada!

Esta exclamación respondía á un sentimiento natural en el medio que me rodeaba.

En Herculano, en Pompeya, en los templos ruinosos de tantos dioses atorrantes que había visitado, á cada instante oía decir y repetía yo como papagayo, ante una estatua, una columna, un mosaico, una fuente, una inscripción de antiquísima data: —¡Qué bien conservada!

Había concluído por encontrarlo todo bien conservado, menos mis piernas, por razones que sabrá el curioso lector más adelante si á tanto llega su bondad que quiere acompañarme hasta el fin de esta carta.

Me señaló el guía un sitio donde dijo que daban de comer y allí me dirigí.

En el camino me detuve un momento. La tortuosa vía que había seguido para llegar á aquel punto, especie de meseta desde la cual dominaba todo el grandioso panorama del golfo napolitano y sus contornos, se destacaba hasta abajo haciendo zigzags, limpia, igual, sólida, ancha.

Pensé en la Vía Apia que atravesaba la Italia de un extremo á otro, y que en muchas partes se conserva todavía en excelente estado, á pesar de sus dos mil años de existencia, y después de dedicar un justo recuerdo á nuestros caminos de por allá que si bien es cierto que cuestan mucho al erario público, también lo es que no duran tanto, constituyendo una mina inagotable de ganancias para los encargados de componerlos, me dije que aquella era sin duda otra vía romana bien conservada, y acordándome del camino del Cuzco y del paso del Bariloche, apunté en mi cartera de viaje esta hipótesis, por cierto más justificada que muchas que corren el mundo como muy aceptables —la que pretende que por La Rioja anduvieron los escandinavos, por ejemplo—y seguí acercándome tiritando de frío bajo mi traje de lustrina, hacia el punto donde me habían dicho que se comía.

Tomamos un biftec muy mal conservado, unos *macarroni* peor conservados aun, una ave conservadísima para su edad, un vino con agua perfectamente conservada, y nos cobraron por todo un precio del cual conservo un recuerdo desolador.

Lleven consigo algunas conservas los que, siguiendo mis pasos, trepen en adelante el Vesubio, y lo pasarán mucho mejor.

Pero si no había allí mucha comida, había mucha lava, cuchillos con cabo de lava, sellos ídem, botones de lava, lápices y cabos de plumas de lava, collares y brazaletes de lava, la mar de lava como afuera, pero arreglada de modo que sea muy difícil conservar intacto el bolsillo.

El hombre que vendía todo aquello se sacrificó por mí, como lo habían hecho ya otros negociantes en los mismos ó análogos artículos, y lo han hecho después muchos otros, inclusive uno que me vendió en el Coliseo de Roma por tres francos unas vistas fotográficas que me ofrecieron después por cincuenta céntimos. Le caí en gracia, y me cedió por diez francos un objeto artístico que le costaba cinco veces más...

¡Qué generosidad! Es preciso subir al Vesubio para hacer estos descubrimientos.

Volvimos á la estación inferior de la Funicular, donde nos acomodaron en un coche que pareció pronto, á juzgar por su posición, para salir en dirección al cielo.

Mis acompañantes, con tanto ó más frío que yo, empezaban á dudar de mí. Pretendían que les había hecho un flaco servicio aconsejándoles aligerar los vestidos, y lo que habían visto ya del camino les inspiraba serios temores respecto al resto del viaje.

En vano cité el ejemplo de lady Franklin, que fué al polo, de tanta viajera ilustre que sola ó acompañando á su marido visita las tierras más ignotas, de los hijos del capitán Grant, de los hé-

roes de las praderas, de Mayne-Reyd y Fenimore Cooper. Mi elocuencia se perdió entre la lava, y me costó un triunfo lograr que me siguieran cuesta arriba.

Me siguieron, al fin, más muertos que vivos de frío y de miedo, y ¡arriba!

No sé cómo ha venido á dar aquello en tan apartado y espantoso sitio, pero tampoco se sabe cómo en tiempo de los romanos y los incas se levantaron verdaderas montañas de granito en medio del «campo estéril de infecunda arena», como diría Campoamor, y no me detuve á pensar mucho en ello, como no se detuvo el coche funicular en su ascensión hasta llegar á la estación superior, después de diez minutos de marcha vertiginosa.

¡En la cima!

Aquí el explorador entra de lleno en su tarea.

Apenas bajado del coche, veinte individuos nos asaltan. Son hombres de una raza muy semejante á la nuestra. Se conoce que han sido blancos, se ve que están bastante sucios. Llevan palos largos, correas y cuerdas atadas al cuerpo, algunos de ellos unas sillas palanquines con asiento de paja.

Casi todos hablan un dialecto que se parece mucho al napolitano, con un acento de hambre bastante más pronunciado. Después supe que yo era el primer explorador que les caía á la mano desde hacía algún tiempo, porque el cólera, las lluvias y otras causas habían alejado de aquellos sitios á todo bicho viviente.

Me asediaban, ofreciéndose llevarme á ver maravillas.

¡Llevarme!

¿No iba yo á explorar por mi cuenta ó por la de *La Nación*, que era lo mismo?

¡No, de ningún modo!

Empezamos á trepar por una angosta senda cuyo suelo era de ceniza volcánica, según pude cerciorarme al tocarla con las manos cuando caí de bruces en un traspiés que dí apenas me hube arrastrado veinte pasos.

¡Miserables piernas! Débiles de resultas de aquel reuma que ustedes saben, se resistían á llevarme. En un cuarto de hora, á pesar de toda mi fibra de explorador ávido de descubrimientos, no había avanzado diez pasos más. Me enterraba en la ceniza hasta más arriba del tobillo.

Tuve que detenerme, no obstante todo mi empeño por seguir adelante, y me hallé solo.

¿Solo?

No: detrás de mí estaban media docena de los habitantes de aquella región desolada, bastón en mano, cuerdas y correas prontas, lo mismo que la silla portátil (portantina en lengua vesubiana).

Al ver que me detenía, cargaron sobre mí aquellos bárbaros hablando todos á un tiempo, haciendo gestos y movimientos descompasados, aturdiéndome con su algarabía.

—Cellenza á portantina? Chiú se va nante e peio é u cammino; tutti se fanno portá; non se pó salire á pede, ncoppa á seggia se va comodamente é securamente. (Excelencia, la portantina?: cuanto más se sube es peor el camino; todos se hacen llevar; no se puede subir á pie; en la silla

irá cómoda y seguramente. (Traducción del napolitano-vesubianizado.)

—¿Y mis compañeros?

—Vanno 'nnanzi, Cellenza, ncoppa a seggia; saglite mó, é n'avite paura.

Miré en derredor con ojos exploradores, y lo que vi no fué á propósito para tranquilizarme.

¡Qué escena!

La entrada del infierno debe parecerse á esto. Por todas partes torrentes de lava en partes ya fría, en partes hirviente, formando cuevas, amontonamientos monstruosos, hendiduras fragorosas; aquí el cráter, de día humeante, de noche envuelto en llamas, abierto durante la horrible erupción de 1672; por mil grietas y agujeros, vapores sulfurosos que se elevan á guisa de nubes impelidas por viento impetuoso salido de las entrañas de la tierra; caliente el suelo, sudorosa la atmósfera, la senda cada vez más difícil y allá, un poco más arriba, el inmenso cráter actual, vomitando llamas, humo, lava, ceniza, piedras de toda forma, ígneas, con detonaciones formidables.

¿Debo confesarlo? Sí, porque el pavor vencido es título honroso; tuve miedo; clavado al suelo, alejado de los míos en medio de aquellos desbordes de la naturaleza desquiciada, desenfrenada, jadeante, y de aquella gente desconocida que me miraba como mira el ave de rapiña la presa próxima á desfallecer y á caer en sus garras, sentí que me abandonaban las pocas fuerzas que aun tenía. Verdadero julepe.

A grandes males, grandes remedios.

—¿Cuánto la portantina y los cuatro hombres? pregunté á los que me rodeaban.

—Venticinche franchi, Cellenza. Me besognano quattro uomenne.—(Veinticinco francos, Excelencia; se necesitan cuatro hombres.)

—Pero he pagado ya un guía.

—Cheste è à parte.

¡Aparte! Extra, en la acepción universalmente consagrada.

En el hotel, en el ferrocarril, en el teatro, en el café, en el paseo, en el museo, en el coche, en el bote, la eterna cantilena de los extras.

En Nápoles, el Hotel Royal des Etrangers—excelente por lo demás—me cobraron *extra* el cubierto de que me servía para comer. Pregunté al hotelero si comiendo con las manos ahorraría aquel gasto. Sorprendióle sobremanera mi pregunta. No, agregué; suprima eso de la cuenta, y comeré con las manos; no será la primera vez que lo haga. Quiso obligarme á comer con cubierto, y me mudé al hotel de Roma, donde no practican semejante perfeccionamiento.

El dilema era de hierro: ó aflojaba los veinticinco francos para que me llevasen en andas, ó me quedaba allí tal vez para *in æternum.*

La necesidad tiene cara de hereje aun para los exploradores.

—¡Venga la portantina! dije; pero no tengo plata.

—Chisto no importa, mme pavarete á Napule, Cellenza. (Eso no importa: pagará en Nápoles, Excelencia), se apresuró á contestarme uno de aquellos individuos.

Nadie me quita de la cabeza que sabedoras las autoridades napolitanas de mis intenciones explorativas, me habían hecho seguir por aquella turba para disputarme la gloria de mis descubrimientos.

Me acomodo en el asiento de paja de la silla, y me agarro bien de los brazos.

Uno de los conductores me dice:

—Faciteve bene adrento, Cellenza; nun avete paura; accossi stammo meglio nuie e vuie pourzi. (Echese bien atrás; Excelencia, no tenga miedo; así vamos mejor nosotros y usted también.)

—¡Su madrina! contesté al que me dió tal consejo. ¡Mejor! Mejor estaría en mi casa.

Miré hacia atrás: á mis espaldas tenía á Nápoles, el golfo, la mar, el mundo, á miles de pies de profundidad.

Temí una celada envidiosa y me eché hacia adelante todo lo que pude, prendiéndome con todas mis fuerzas de los lados de la silla.

Esto dió mal resultado. Lo brusco de mi movimiento y el desequilibrio que éste introdujo en el paso, hicieron que la portantina se desfondase, yendo yo á caer sobre las espaldas de uno de los guías.

Bauticé aquel sitio con el nombre de *Hueco del desfondamiento*, como ya había bautizado poco antes otros puntos con los de *Ladera del Porrazo*, *Meseta del susto* y *Senda del desparramo*, y efectuado el cambio de silla, se continuó la marcha con dirección al gran cráter.

Yo pesaba al salir de Buenos Aires ciento cincuenta y dos libras. Después no he vuelto á pe-

sarme. No creo que he aumentado mucho en volumen, porque en estos grandes hoteles en que vivo hace seis meses, son dorados hasta los pescaditos llenos de espinas que se sirven en la mesa; pero lo sólido y alimenticio brilla más por su ausencia que por otra causa. En esto sí que engaña lo que relumbra. Recuerdo que en Florencia, leí en la carta del día de un buen hotel este ítem: *Perdrix argentins*. Pedí aquel plato tan pomposamente bautizado. Me trajeron un pájaro ético con las patas envueltas en papel plateado. Me le acomodé al rosbif que los ingleses han impuesto en todos los hoteles, bastante mal hecho por lo general, y juré no volver á pedir perdiz plateada.

Como iba diciendo, no creo pesar actualmente más de las seis arrobas y pico comprobadas á mi salida de esa ciudad; pero el día de la excursión del Vesubio debía pasar algo raro en mi individuo, porque los cuatro jastiales que me llevaban en hombros apenas podían conmigo.

¡ Vamos, arroba y cuarto por cabeza no es una carga tan extraordinaria que pueda agobiar de tal modo á hombres fornidos, avezados á grandes fatigas !

—Cellenza, non dubitate, perchè pesa un zufunno, é me fa lavorar uno terramoto. (Excelencia, estése quieto, porque es muy pesado y nos hará trabajar mucho.)

Se referían á los movimientos que yo hacía con las piernas, los brazos, la caja del cuerpo y la cabeza para conservar el equilibrio. No caminábamos ya sobre ceniza movible como antes, sino sobre

vetas de lava endurecida que daban poco asidero al pie, dificultando extraordinariamente la marcha. Los barquinazos eran cada vez más bruscos, más fuertes; por momentos esperaba caer de cabeza sobre aquel suelo erizado de agudas puntas y filosos bordes de capas de materia volcánica.

Me reuní con mis compañeros: mi mujer, mi hijo y un matrimonio francés. Al verme llegar en palanquín observé que reían los franceses, que seguían á pie. La verdad es que no debía ser una figura muy elegante la mía en aquel momento, física y moralmente desequilibrado, y en hombros de mis fatigados portadores. Di á aquel sitio el nombre de *Cuesta de los franceses*, y ¡adelante!

Un momento después se detenían mis conductores, y bajaban mi silla al nivel del suelo, que en aquel lugar no tenía nivel ninguno, costando bastante trabajo fijar las patas de la portantina de modo que no quedase bailando, ó cayese hacia un lado. Al ver á los conductores secarse con las mangas de sus chaquetas el copioso sudor que bañaba sus rostros, acabé de convencerme que en aquel momento pesaba yo más que de ordinario. Anoté este fenómeno de las alturas vesubianas, y arrellanado en mi silla tendí la vista hacia el cráter.

¡Horrendo, soberbio, indescriptible espectáculo!

A pocos pasos de mi trono de explorador, clavado en la cresta rugosa de la montaña, el Vesubio me saludaba con salvas incesantes de su poderosa artillería, lanzando á inmensa altura materias inflamadas que al descender rodaban en ardiente

ola por la falta del monte que mira hacia Pompeya, su víctima de cerca de dos mil años antes.

Grabé aquel cuadro, único en el mundo, en mi cerebro excitado.

—¿Se puede ir más adelante? pregunté á los guías.

—Sí, señor, algunos van, me contestó uno de ellos, en su idioma. Unos ingleses llegaron á bajar un poco por el cráter. Pero se murieron.

—Pero ya no se va, ¿no?

—Oh, sí, señor, pero es peligroso.

¡Peligroso! ¿qué me importaban á mí en aquel momento los peligros? Pero desgraciadamente no estaba solo en aquel momento y comprendí que había hecho mal en hacerme acompañar por mi familia.

Procuré engañarlos.

—Ustedes me esperarán aquí un momento, yo voy un poquito más allá á explorar una parte que me falta.

—No, no, de ningún modo: volvámonos.

—Pero si es necesario, absolutamente necesario para completar mi trabajo.

—No; regresemos; estamos demasiado cerca del cráter y no se puede respirar.

—Bueno, empiecen á bajar ustedes; yo los sigo dentro de un momento.

—¿Y si te sucede algo?

—¿No es verdad, guías, que no hay peligro alguno?

—No creo, señor. Después de los ocho estudiantes de medicina que se tragó aquí la tierra, sin

dejar rastro alguno de ellos (histórico), no ha sucedido casi ninguna desgracia.

En vano me esforcé por continuar hasta el fin mi exploración; inútilmente observé que el deber me mandaba afrontar el peligro, cualquiera que fuese, para desempeñar mi cometido; mis compañeros no quisieron permitir que avanzase un paso más, y hube de someterme á su voluntad decidida, malográndose así en parte empresa tan importante.

Bien dicen que bastan pequeñas causas para producir grandes efectos.

La debilidad natural de mis acompañantes, sobreponiéndose á la fuerza poderosa de mi espíritu, dejó incompleta la obra de aquel día.

La concluirán otros; está ya abierto el camino.

Señalé aquel lugar con la denominación de *Cabo de la retirada*, y emprendimos el viaje cuesta abajo.

Imponente excursión la del tren funicular en rapidísima pendiente. Fría como el diablo la tarde. Mucho más grandiosa la escena al declinar el día, y cada vez más pavorosa al descender las sombras.

Cuatro horas después estábamos en nuestro hotel de Nápoles, frente á una mesa en la que humeaba el infalible rosbif destinado á aplacar nuestra hambre, que era canina.

Se habló de ir al teatro. Eché la mano al bolsillo para sacar el dinero para las entradas. Tenía por todo capital dos ó tres francos.

El papel de doscientos francos que aparté por la mañana al salir para el Vesubio, se había ido en los gastos de la exploración.

Halágame la esperanza de que no hallarán ustedes cara esta última, en vista de sus resultados para la ciencia y la humanidad, y de que no faltará algún diploma geográfico para S. S. S.

CLAUDIO CABALLERO.

EL DOCTOR DE MICHIGAN

Génova, Septiembre 10 de 1886.

Señor General Domingo F. Sarmiento:

Querido señor y amigo: Recibirá usted esta carta—primera que le escribo en muchos años en que han venido las cosas de manera de mantenernos alejados uno de otro—por medio de las columnas de *La Nación*.

Este sistema de dirigir cartas por los diarios, ó por éstos y privadamente al mismo tiempo, que usted ha criticado con toda razón muchas veces en los casos personales, tiene su aplicación perfecta en la ocasión presente en que, publicando en *La Nación* la presente, que versa sobre materia que más que á usted interesa al público, le ahorro el trabajo de atender personalmente á su publicidad.

Quiere decir que, prácticamente, evito á usted la molestia de servirme de intermediario con la comunidad cuyo bien tengo en vista al llevar á su conocimiento informes que considero útiles, porque emanan de fuente autorizada, en la cual la ciencia y la experiencia cooperan á un fin provechoso; consiguiendo, por lo demás, realizar mi deseo de poner estas páginas bajo los auspicios de

su nombre, como el del más genuino representante de la causa de la enseñanza entre nosotros, y su servidor más distinguido.

Ya que el destino que interrumpió nuestras buenas relaciones de otro tiempo—tan buenas como no existieron jamás entre dos hombres de nuestras respectivas edades y posiciones—quiere hoy hacerlas volver—al menos por lo que á mí respecta—al primitivo estado de cordialidad en que debieron conservarse siempre, permítame usted, respetado señor, que antes de entrar al asunto especial de esta carta, me remonte un poco con la memoria á aquella época, para mí inolvidable, de nuestra permanencia en los Estados Unidos, durante la cual tantas veces se confundieron nuestras esperanzas, nuestros temores, nuestras alegrías, nuestros pesares, nuestras ansiedades vinculadas á la patria, y alguna vez también nuestras lágrimas, profusamente derramadas ante las negras líneas que nos anunciaban la muerte de nuestro amado Dominguito.

No saldré de mi asunto por esta peregrinación retrospectiva.

Algún día, si todo marcha á medida de mi deseo, he de escribir una página de su vida que yo solamente puedo escribir, porque yo solamente he vivido con usted cuatro años en la más íntima comunión de pensamientos y de tareas, lejos de la patria, donde tantos ojos lo observan de más ó menos cerca, y pueden dar fe más tarde de sus actos y móviles, y en épocas de las más ricas de

su trabajada existencia en acontecimientos importantes de diversa índole.

Aquí he de bosquejar alguna línea de esa página, que comprenderá su misión á Chile, el Perú y los Estados Unidos, y cuya confección me muestra la conciencia como un deber allá en el horizonte de mi labor futura; y si al ver que me ocupo de estas cosas en mis cartas europeas alguno cree que no cumplo muy estrictamente que digamos mis deberes de corresponsal ameno, que le haga muy buen provecho su opinión, que ni yo he venido á Europa para divertir á nadie, ni creo que únicamente describiendo por centimillonésima vez las catacumbas de Roma—que aparte de su mayor ó menor importancia histórica, son una gran pavada para la ingeniería moderna—ó escribiendo barcarolas literarias, ó contando una vez más cómo se pelan las gentes elegantemente en la gran timbirimba de Monte-Carlo, á cuyo alrededor debiera el mundo hacer la conspiración del silencio, puede uno servir de algo para su país desde el extranjero.

A mí me han mandado al viejo mundo á curarme de un descalabramiento general á que no tengo la menor duda que han contribuído en gran parte los zonzos, durante años de paciente labor periodística, y no he de permitir que esos caballeros—cuando cumplo fielmente con la prescripción médica de no hacer ningún trabajo intelectual, dejando completamente tranquila la cabeza—me sigan incomodando desde allende el océano, prestándome á satisfacer sus gustos literarios.

Y basta de preámbulos,—no vaya á suceder que llegue el momento de despachar la correspondencia, y me encuentre con que todavía no he entrado en materia.

He dicho que no me apartaría de mi asunto, y así lo haré.

Todo en esta carta ha de relacionarse con las escuelas y lo que tiene relación con ellas, y cabe perfectamente dentro de este programa la siguiente historia, que por primera vez se publica, de cómo Domingo Faustino Sarmiento fué hecho doctor de Michigan, por qué causas, en dónde, con qué ceremonias, y con qué participación del doctorado. Es un cuento que conviene hacer, por que todos hablan del doctor de Michigan, y nadie conoce los antecedentes del caso.

¿Me permitirá usted que me tome esta libertad? Estoy seguro de que sí, conociendo usted mi sinceridad nunca desmentida; y cuento de antemano con que no me pasará con usted lo que á aquel biógrafo de Irisarri, que usted recordará, á quien el agrio escritor, nuestro conocido de Brooklyn, que gustaba en sus últimos tiempos de ocultar sus méritos reales de crítico y filólogo bajo los galones postizos de ministro de una de las repúblicas de Centro América, le propinó una soberana filípica por haberse metido en lo que no le importaba.

Rectificará usted mi crónica, si en algo me equivoco por causa involuntaria, pero hará honor á mi deseo de ser fiel narrador de hechos que perte-

necen á nuestra historia, en lo que con usted se relacionan, y sobre todo, hará á la intención la justicia á que tiene derecho.

Vamos al cuento que ha necesitado un capítulo para el título.

¿Corría el año cuántos: 1867-68?

Imposible recordarlo en este momento á punto fijo, careciendo aquí de medios de verificarlo; pero la fecha precisa no hace al caso por ahora.

Corría, pues, aquel año, y el ministro argentino en los Estados Unidos, que entendía los deberes de su misión de una manera muy distinta de la generalidad de sus estirados colegas—inclusive aquel nuestro amigo Brusual, que estaba empeñadísimo en que los sudamericanos les *impusiéramos* á los Estados Unidos una política especial, para sus tratos y manejos en nuestros países—andaba de la Ceca á la Meca visitando instituciones de educación, estudiando prácticamente sistemas de ídem, asistiendo á convenciones y congresos del mismo género, escribiendo revistas sobre la misma materia, que solían titularse *Ambas Américas* y que sirvieron para hacer dormir á las tres Américas, y entregándose, en general, á ocupaciones que no eran precisamente las que acostumbran desempeñar los diplomáticos, inclusive los de nuestra tierra.

Andaba, digo, en aquellas andanzas nuestro don Domingo (no hablo con usted ahora) importándosele un pito de todas las plenipotencias del mundo, con tal de no faltar á ningún acto importante

que se relacionase con la educación, y acordándose de que era ministro únicamente cuando el título podía abrirle la puerta del local en que se celebraba alguno de esos actos, cuando cata aquí que á un Mr. Barnard, superintendente general de educación, ó á un Mr. Wikersham, educacionista furioso —que en esto también flaquean mis recuerdos, no importando mucho, por lo demás, el dato, porque los dos corrían parejas como insignes solistas en materia de educación—se le ocurrió un buen día convidarlo á asistir al *Commencement* de la Universidad de Ann-Arbor, *comienzo* que es precisamente en aquel país el fin del curso universitario del año.

¡Qué más quiere el pez que lo echen al agua!

¿Ann-Arbor dijiste? Aquí estoy yo!—exclamó don Domingo.

Sí, pues á Michigan volando, donde está la citada universidad, fundada y sostenida como todas en los Estados Unidos, casi exclusivamente con donaciones particulares, de las que tanto brillan por su ausencia en nuestro país, que manda plata que es un gusto para obras pías en la Tierra Santa, para el óbolo de San Pedro, con el cual vive miserablemente el pobre prisionero del Vaticano, y para conventos é iglesias en todas partes del mundo.

Y se le ocurrió á usted, á su vez, invitarme á mí.

Yo andaba por aquel entonces, no diré en amores, porque me estaba eso prohibido por circunstancias especiales que no hay para qué mencionar, pero sí muy entretenido con una interesante mu-

chacha de Siracusa, sobre las riberas del Hudson, que usted no habrá olvidado seguramente, pues también gustaba de admirar su porte airoso, su linda cabellera negra que nos recordaba nuestras criollas, sus ojos obscuros que animaban un rostro más simpático que hermoso, y sobre todo, sí, sobre todo su inteligencia clara y bien cultivada de mujer norteamericana perfectamente educada, que le da cuatro vueltas en astronomía ó historia al más engreído alumno de nuestros colegios nacionales.

En tales berenjenales me encontró su bondadosa invitación, que seguía de cerca á cierto sermón epistolar en que un viejo que yo conozco, decía á un joven que conozco más aun, algo refractario á cosas educacionistas: «cuando yo era joven como usted hacía la felicidad de un viejo como yo, sacrificándome muchas veces á sus caprichos, y teniendo siempre algo que aprender en su compañía».

¿Tengo buena memoria?

Pronto habrán transcurrido veinte años desde que me contaron esto, y si bien no puedo retener en la memoria la frase textual, estoy seguro de que no altero absolutamente su fondo.

Con sermón y todo—¡lo qué es la juventud!—recuerdo que no me hizo en aquel momento maldita la gracia abandonar la agradabilísima jira por Newport, Longbranch, Saratoga, el Niágara y otros lugares á la moda de aguas y baños, que habíamos concertado con mi amable é instruída compañera en nuestras tan dulces cuanto inocentes pláticas á

la orilla del Erie, para seguir á usted—con todo el cariñoso interés que me inspiraba su persona, y el profundo respeto que tenía y tengo por sus labores educacionistas, que tanto bien nos han hecho—á la repartición de diplomas de la Universidad de Michigan.

Confieso mi mal gusto, y me arrepiento sinceramente de aquel instante de extravío; pero todo en esta carta ha de ser expresión fiel de la verdad, trátese de hechos ó de sentimientos, y no debo ocultar mi debilidad.

Pero ¿qué dificultades no allana la voluntad cuando lo quiere de veras?

Yo me arreglé de modo de caer por Ann-Arbor por la época del *Commencement*, y—¡casualidad feliz!—al propio tiempo que nacía en mí esta determinación, en la familia de la inteligente y viva siracusana sentaba sus reales un interés completamente nuevo por las fiestas educacionales, á tal punto que sus miembros consiguieron decidir á mi amiga á acompañarnos á Michigan, para asistir á la colación de grados.

La joven, sumisa á los menores deseos de sus viejos, que la adoraban, resolvió sacrificarse en aras de su repentino amor por la causa de la ense ñanza, y ¡á Ann-Arbor todo el mundo! como iba yo, siguiendo solícito sus huellas progresistas.

¡Ann-Arbor!

Todavía recuerdo con placer sus calles sombreadas por árboles frondosos, sus casas rodeadas de bosques y jardines, con anchas verjas á la calle,

sus lindos hogares, modelo de aseo y de comodidad, que tanto contribuyen á hacer agradable la vida en aquella vastísima región del noroeste americano, que si llena medio mundo con sus productos, no descuida lo que le es propio, combinando admirablemente el bienestar individual con el progreso de la colectividad.

La universidad está allí, escondido también entre los bosques su hermoso edificio, pero no era en la universidad donde debía celebrarse el acto. Necesitábase para éste local más amplio que el que ofrecía su salón de grados, y se eligió el teatro, lindo recinto con capacidad para unas mil quinientas personas,—que á estos actos gusta de asistir por allí mucha gente, no solamente de las localidades respectivas— poblaciones de estudiantes por lo general—sino también del país.

Llegó por fin el día de la fiesta.

Era un día lindísimo de sol cariñoso, y todo el pueblo estaba de gala.

Fuimos primeramente á la universidad, donde nos habíamos dado cita con el presidente de la misma, que era un señor muy llano, de maneras afables, ya entrado en años, y que parecía haber concebido la más alta idea de la República Argentina por haber mandado á Wáshington de ministro á un maestro de escuela. Había allí mucha gente cuyas particularidades de todo género he olvidado casi por completo: funcionarios públicos, maestros doctorados y no doctorados, familia educacionista venida de todas partes, invitados especiales como nosotros.

Nos trasladamos al teatro.

Presentaba éste un aspecto que me hizo recordar á Colón en las hermosas fiestas de Mayo para la repartición de premios, que con pesar vemos decaer los que nos interesamos por estas cosas. Si las señoras no formaban mayoría parecíalo al menos, acaso porque las damas, con sus vistosos trajes y adornos atraían más que los hombres las miradas de los recién llegados. Una luz suave bañaba el recinto cuando la del sol llegaba á través de los cristales opacos que amortiguaban su intensidad. En la platea predominaban sin duda alguna las señoras y los niños, ataviados estos últimos con esa gracia especial que es peculiar de los pueblos sajones, no siempre notables por su gracia. Una banda militar en apariencia, pero que no lo era probablemente, porque la milicia florece poco, afortunadamente, por aquellos mundos, hacía de orquesta, ocupando el sitio acostumbrado. El palco escénico presentaba el aspecto común de los proscenios en estos casos: muchas sillas, una mesa cargada de papeles enrollados y sueltos, un sillón para la presidencia de los que suelen usarse como una distinción y resultan soberanamente incómodos para los que los ocupan, y la infalible botella con agua sobre un mueble cualquiera, más los vasos correspondientes, no siempre modelo de elegancia.

Ocupaba usted la izquierda del presidente; en seguida estaba yo.

Cada cual tomó su puesto y se dió comienzo al acto.

No lo seguiré en sus detalles, porque en nada se diferenció de los actos análogos que casi todos han presenciado alguna vez en su vida, con más ó menos aparato.

Los habituales discursos y lectura de documentos, el sucesivo llamamiento de los graduados y entrega de los diplomas, los intervalos de música que suenan como el toque de marcha para el combate de la vida, los tragos de agua de cuando en cuando con que remojan la garganta, á falta de cosa peor, los que dirigen la ceremonía, los aplausos de costumbre, los cuchicheos de toda la sala de arriba abajo y de la entrada al fondo.

Termina la distribución de diplomas y lo demás referente á esto y se pasa á un cuarto intermedio un poco más corto que la generalidad de los de nuestros parlamentos, y sin cambiar de sitio. En seguida el presidente se pone de pie, según creímos para cerrar el acto con algunas palabras de las acostumbradas en tales ocasiones, y todos le escuchan con atención.

Á decir verdad, yo no prestaba en aquel momento la atención debida á lo que decía el presidente. No sé qué les había dado á mis ojos por recorrer la sala del teatro, como si buscasen algún objeto perdido ó esperado, y con mis ojos andaba mi pensamiento.

De pronto hirió mis oídos este nombre, pronunciado bastante á la inglesa por el presidente: Domingo F. Sarmiento.

Desde aquel instante fuimos usted y yo todo atención, aun cuando en honor de la verdad debe

decirse que no comprendía usted gran cosa, siendo tan buen traductor de inglés leyendo ó escribiendo, como malísimo conversador y entendedor de ese idioma; excepción hecha—deber mío es declararlo—de cuando alguno de aquellos maestros que solían caerle de diversos puntos de la Unión, le hablaba de educación, y usted quería entenderlo y hacerse entender, porque le interesaba el asunto, y lo conseguía siempre, no sé cómo todavía, pues recuerdo haberle oído contar que su aprendizaje de inglés lo hizo usted leyendo los letreros de las casas de negocio de esa nacionalidad. en Valparaíso, circunstancia que dió por resultado que aprendiese las palabras como estaban escritas, pronunciando ouse por *house*, barrou por *barrow* y urite por *write*.

Dijo el presidente, más ó menos, que tenía el honor de presentar al auditorio á S. E. el señor ministro plenipotenciario de la República Argentina, señor Domingo F. Sarmiento, diplomático por accidente y maestro de escuela durante toda su vida, hombre á quien debía la causa de la educación en América importantísimos servicios, y á quien sus conciudadanos acababan de elegir presidente de la República, en reconocimiento de aquellos servicios, ló que hablaba muy alto en favor de nuestro país, que así premiaba á los que se dedican á la causa de la enseñanza, contribuyendo poderosamente al progreso intelectual de los pueblos y como consecuencia de esto, á su progreso material.

Agregó el orador no sé qué alusión á su propa-

ganda para llevar maestros y maestras americanos á la República Argentina, y luego, tomando un diploma de sobre la mesa, dijo que la Universidad de Michigan, deseando honrar como lo merecía á su digno huésped, y señalar con un acto de pública distinción su visita á aquella apartada región de los Estados Unidos para asistir á esa fiesta, había resuelto concederle el título de doctor, porque doctores son los que enseñan, invitando á la concurrencia á ponerse de pie para saludar al obrero incansable de la educación en Sud América, futuro presidente de la República Argentina.

Yo les hubiera dado á los que tanto se han reído del doctorado de Michigan, que se hubiesen hallado presentes en aquél momento en el teatro de Ann-Arbor.

Ante el homenaje tributado á la patria en la persona de uno de sus hombres más distinguidos, á más de mil leguas de distancia, entre las aclamaciones del público, los acordes de la música que ejecutaba *Hail Columbia*, el himno popular del pueblo norteamericano, y los apretones de mano que nos acosaban de todos lados, en prenda fraternal de simpatía, no habrían reído seguramente.

No sé lo que pasaba por usted, aunque lo supongo recordando cómo le temblaban las manos sosteniendo el diploma que acababa de entregarle el presidente, ante la concurrencia puesta de pie; pero en cuanto á mí sé decir que el corazón me latía fuertemente, y no lloraba á gritos porque esas cosas no se pueden hacer en público, cos-

tándome mucho, sin embargo, desempeñarme correctamente.

Y aquí de lo bueno.

Le traduje á usted lo mejor que pude las palabras del presidente de la Universidad, y una vez que hube concluído, con voz que al principio no estaba muy en caja que digamos, pero que fué poco á poco serenándose y animándose, y entusiasmándose, me dijo algo como esto, que recuerdo confusamente en detalle, aun cuando la idea general se me ha quedado perfectamente grabada en la memoria.

—Hágame el gusto de agradecer en mi nombre y en el de mi país estas honrosas demostraciones. Dígales que ante todo he sido durante mi vida maestro de escuela, cualquiera que fuese el puesto que ocupase, hasta el más encumbrado, y que hoy, representante de la República Argentina en el extranjero, sigo siendo principalmente maestro de escuela. Dígales que...

—Pero, señor...

—Que allá en *South America* aprendemos lecciones de buen gobierno en la gran escuela de los Estados Unidos, y para aprovecharlas, formando ciudadanos aptos para practicar la República, á la vez que dignos de ella, llevamos la escuela común norteamericana hasta los confines de nuestras inmensas comarcas donde...

—Pero, ¿cómo podré...?

—Donde si aun no es una verdad completa en el hecho la democracia, marchamos hacia esa meta con paso seguro, echando á su edificio fun-

damentos imperecederos que no conmueven ni conmoverán nuestras luchas ardientes, al término de las cuales hay siempre un ideal y una enseñanza, aunque á veces se equivoquen los caminos, buscando por sendas extraviadas,--á veces inconscientemente, creyendo perseguir míseros fines momentáneos, pero en realidad tras de conquistas trascendentales—objetivos que tarde ó temprano se logran, y quedan para siempre incorporados á nuestra vida de nación, como otros tantos elementos constitutivos del organismo político social, que en cincuenta años de...

—Yo no sé, señor, cómo voy á hacer para decir todo eso: la gente está esperando.

—Dígales que somos un pueblo joven, casi niño, que ha tenido que hacerlo ó rehacerlo todo en su corta vida nacional, hijo de una potencia que no pudo darnos ni enseñarnos lo que no tenía para sí ni sabía ella misma; siendo en esto más desgraciada que los hijos de los Puritanos, que heredaron una enseñanza que han sabido aprovechar espléndidamente, no teniendo, para cambiar el burdo traje colonial por la soberbia túnica de la democracia en el gobierno propio, que recorrer medio continente en años y años de batallar continuo. Y dígales...

—¡Señor, que nos esperan!

—En fin, dígales que si ellos fueron más felices que nosotros en tener por progenitores á los que huyendo de las persecuciones religiosas del reinado de Jacobo I, fundaron en la Nueva Inglaterra, con la libertad religiosa, los cimientos de la liber-

tad política, nosotros no dejamos, al nacer á la vida independiente, problemas pavorosos para el porvenir, que, como el de la esclavitud, costaría algún día, para resolverlo de acuerdo con las leyes de la humanidad y del progreso, cientos de miles de vidas y miles de millones de pesos.

—Si me permite...

—Que nosotros, al sacudir el rudo yugo de nuestros esforzados conquistadores, nuestras primeras leyes aseguraron para siempre la libertad de todos los hombres que habitasen nuestro suelo, abrieron á todas las banderas del mundo nuestras grandes arterias fluviales, cuyos orígenes, como los del Nilo, van en algunas de ellas á perderse en las regiones ignotas donde el hombre no ha podido aún ir á buscarlas, y establecieron que...

—Si me permite, señor, voy á decir cuatro palabras...

—Asegúreles que si mis conciudadanos me honran con sus votos para regir los destinos del país, seré en la presidencia de la República, como siempre, ante todo, maestro de escuela.

No esperé más: me paré y dije algunas palabras agradeciendo, como se me había pedido, el honor que se dispensaba al señor Sarmiento, y creo que algo ensarté en mi inglés de Ollendorff del discurso de Don Domingo, que no tengo la pretensión de haber consignado fielmente, después de tantos años transcurridos desde aquel día memorable, en que la emoción y el susto me impidieron fijar bien en la memoria lo que zumbaba en mi alrededor.

Recuerdo, sí, que me aplaudieron mucho, no sé si porque concluí pronto, lo que debió ser muy agradable para el público que ya debía aburrirse de estar sentado, ó porque herí la fibra patriótica de los concurrentes, medio seguro de obtener buen éxito en tales casos, aunque sea tocando el organito.

Volvimos á la Universidad, donde, alrededor de una buena mesa de lunch, oímos algunos buenos *specimens* de verdadera oratoria yanqui, llena de *humour*, fresca, natural, robusta como todo en aquella raza fortísima de los hombres del Far West, que improvisan ciudades como Chicago, el gran granero del mundo, tuercen el curso de los ríos cuando éste les incomoda como el del que pasa por la misma ciudad, y cuando consideran que no basta una línea férrea á través del continente, ó esperan que haciendo otra atraerán el predominio comercial, tiéndese otra de océaho á océano con mucha más facilidad que la que nosotros desplegamos en el ramal de Chumbicha á la prolongación á Jujuy.

Por la noche, entre otras fiestas, recepción en casa del presidente de la Universidad, en la cual el nuevo doctor no fué menos agasajado que en el teatro, donde me parece imposible que no se le estirara algo el brazo, á fuerza de recibir y de volver apretones de mano, y en el lunch, en que no faltaron los brindis por la República Argentina y su dignísimo representante.

La casa era chica para tanta concurrencia, y no

tiene nada de extraño que nos separáramos, perdiéndonos de vista recíprocamente por un rato.

Cuando nos reunimos, yo llevaba del brazo á mi compañera de Siracusa, á quien había encontrado casualmente en el salón, y que había llegado aquella misma mañana. Estuvo en la fiesta del teatro, pero no la vimos.

La presenté al flamante doctor, y éste, con su habitual franqueza, me la quitó del brazo y echó á andar, conversando amablemente con la joven en francés, idioma en que es maestro.

Me parece verlos.

Ella con su abundante cabellera rizada y negra sobre su linda cabeza virgen de preocupaciones y de afanes, con su porte de reina, y su elegante traje de gala; él luciendo la venerable y lustrosa calva, bajo la cual se elaboraron tantas ideas fructíferas, al calor de una inteligencia que es un prodigio de vigor y que resiste victoriosamente al frío de los setenta y cuatro años; tan encogido de hombros después de doctorado, como antes de serlo; correcto y hasta elegante á fuer de hombre avezado á llevar el frac; visiblemente satisfecho de la hora presente, como tenía razón para estarlo.

En la mañana siguiente, todos reunidos, por casualidad,—argentinos y siracusanos—emprendimos el viaje de regreso al Este, con el corazón aligerado de los pesares del pasado, abierto de par en par á las esperanzas del porvenir.

Él se dirigía á Buenos Aires á tomar posesión del sillón presidencial; yo volvía á Wáshington á mis archivos y mis notas.

Allí se bifurcó nuestro camino en la vida. Usted ha seguido en primera línea las alternativas de nuestra agitada existencia política; yo, desde mi humilde puesto en las filas del pueblo, lo he seguido con interés en todas ellas, á veces con simpatía, á veces con despego, según me parecía bien ó mal encaminado, pero conservando siempre en el fondo del alma el culto de aquellos días pasados á su lado, en que aprendí mucho que no se aprende en los libros, haciendo inagotable acopio para el porvenir, de esa ciencia de la vida que me permite —hoy que ya no es usted presidente ni cosa que lo parezca — escribirle estas líneas justicieras, trazadas con toda la sinceridad de que soy capaz, después de tantos vaivenes en que anduvimos desencontrados.

Con estas reminiscencias he querido demostrar, que si hay en la vida títulos bien ganados, y de que por todos conceptos puede estar satisfecho un hombre, hallándose, por lo demás, vinculada su adquisición á momentos tan solemnes y tan gratos como aquéllos, en que su corazón de patriota y su mente de pensador desbordaban sobre mi pobre individualidad los torrentes de ardorosa elocuencia que, por desgracia, se perdieron en el vacío de mi impotencia para traducirla al público, á quien hubiera usted en aquel momento electrizado con su palabra, ese título es el que de manera tan honrosa para usted y para su patria le fué discernido en la tranquila y pintoresca ciudad universitaria de Ann-Arbor, el día de que he tratado de dar una ligera idea, con la deficiencia

consiguiente á las excepcionales circunstancias del viajero sin recurso alguno para compulsar sus datos, y con tantísima otra cosa de que ocuparse.

¡Quiera Dios que haya logrado mi objeto, tan anhelosamente procurado!

Entretanto, ya saben los lectores de *La Nación* cómo vino á la vida doctoral Domingo F. Sarmiento, y los que pretendían reirse de ello saben también, que no hay en la cosa nada de qué reir, y sí mucho que envidiar y de que felicitarse como argentinos.

CLAUDIO CABALLERO.

Confraternidad periodística.

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA RECEPCIÓN DE LOS PERIODISTAS URUGUAYOS.

Colegas y compatriotas:

Señoras y señores:

Si el honor que me trae á este sitio, emporio de belleza y de luz, en cuyo ambiente flotan dulcísimas influencias, no me hubiera venido por bondadosò acto de mis apreciados colegas, yo les hubiera suplicado que me lo dispensasen, presentando, á falta de otro título para merecerlo, mi fe de bautismo uruguaya, labrada dentro de los muros de la invicta Montevideo, gloria oriental más que de bando, como los de la heroica Paysandú, y refrendada por la inagotable generosidad de este gran pueblo de Buenos Aires, que en su nobleza ingénita toma por mérito el deber, y por servicio el pago de deudas sagradas, para darse el placer de derramar sobre ellos los tesoros de su indulgencia.

Egoísta es el deseo, hasta cierto punto, lo conozco; pero también lo es el amor de madre, y no hay amor más grande ni más santo sobre la tierra.

De audaz pudiera asimismo acusársele, que no es nuestra tarea, especialmente en épocas como la presente, para los de este lado del Plata, de las

que dejan mucho tiempo para recoger flores, ni siquiera á fin de prodigarlas en fiestas como ésta, en presencia de las cuales se cree que es realmente un jardín la vida, y se desearía tenerlas á millares para tejer con ellas preciosa guirnalda, digna de tan hermoso cuadro.

Pero, cubre el atrevimiento la honrada intención, lo ampara la seguridad de la benevolente acogida, y el tema es de aquellos cuyo elogio está hecho con sólo enunciarlo, excusando los realces severos de la historia y las lucientes galas de la fantasía.

En las postrimerías de la época ha poco terminada, y que no es ésta la ocasión de juzgar, fué arma contra los orientales de la prensa argentina, ó mejor dicho, contra sus ideas, pues éstas únicamente les valieron el honor del ataque, el tilde de extranjeros,—como si aparte de los vínculos estréchísimos que hacen de los pueblos argentino y uruguayo dos cuerpos con una alma, fuese patrimonio exclusivo de nación alguna el amor á la libertad, al derecho y á la justicia. Como si no hubiera sido extranjero Cabot en el descubrimiento, Irala en la colonia, Liniers en la reconquista, Matheu en la revolución, O'Brien en la independencia, Brown y Garibaldi en la misma y sus luchas complementarias, Brandzen en Ituzaingó, y tantos y tantos otros, de aquellas épocas y de las posteriores, que conquistaron con sus hechos tan gloriosa carta de ciudadanía argentina, que sus nombres estarían bien en este momento grabados en letras de oro en la entrada del teatro

convertido en templo, presidiendo la fiesta de la fraternidad y del progreso.

Extranjeros fueron también San Martín en Chile y el Perú, Bouchard sobre las ondas del Pacífico, que aun murmuran la canción de sus hazañas, Lafayette en la patria de Wáshington, y en nuestros tiempos y países, pasando por alto numerosos ejemplos, para no hacer demasiado extensa la lista, los orientales que en Caseros y el Paraguay regaron con su sangre el camino de la destrucción de las dos grandes tiranías de América, abrazados á los argentinos, y por éstos más que por sí mismos.

Las estatuas de algunos de aquellos extranjeros se levantan en la tierra que honraron y sirvieron; las de otros esperan, para alzarse, la justicia de la posteridad, y fundidas ó esculpidas por extranjeros, transportadas bajo extranjeros pabellones, amasados sus cimientos con el sudor extranjero, proclaman en lenguas extranjeras, que entienden los libres de todo el orbe, el principio fundamental de toda la organización política y social que fundaron, defendieron ó adelantaron, bajo cuya égida bienhechora son iguales los hombres, vengan de donde vengan, piensen como piensen, crean lo que crean; las mismas garantías los amparan, y de todos es el campo dignificante del trabajo, lo labre el brazo ó lo fecunde la idea.

Con títulos como éstos, conquista la más preciada de nuestros pueblos, los argentinos y los uruguayos, herederos directos de los que los instituyeron, hemos cruzado la vida independiente como hermanos que somos, coronando nuestras

tiendas de las opuestas riberas del Plata con la misma bandera azul y blanca, faja más, faja menos, y el mismo sol iluminándolas, á cuyos sublimes destellos resplandeció la victoria en tantos campos memorables, semilleros de afectos y de simpatías que no dejarán jamás de fructificar, porque fecundados por el heroísmo y por el sacrificio, los protegen contra los vientos iracundos la gratitud y la solidaridad que establecen para el porvenir ochenta años de esfuerzos y de aspiraciones comunes.

Así la prensa, extranjera también como la ciencia, como el arte, hasta como el idioma en que se escribe, que no es el de los pampas ó charrúas.

No he de citar nombres, porque no son necesarios. De Oriente á Occidente y viceversa, va y viene la marea que confunde las aguas de la corriente, impetuosa unas veces, revuelta á menudo, tan pronto portadora de plácidos rumores como de acentos lastimeros, pero profunda siempre, siempre buscando el cauce, depositando en las riberas el germen creador, y saturando la atmósfera de influencias saludables.

¡Qué extraños movimientos, y qué hermosos, hasta cuando fuerzas nocivas intervienen para producirlos!

¡No parece sino que al atravesar el Plata los vientos de las pampas argentinas ó de las bandas uruguayas, depurasen los malos y mejorasen los buenos!

¡Buenos ó malos en el variado concepto del criterio convencional, surgido del choque de las

ideas, de los anhelos, de las pasiones, y que la razón histórica, en épocas como la actual para uruguayos y para argentinos, tiende á amalgamar en la conquista y la práctica del bien, magnífica resultante del esfuerzo de todos, y de todas las voluntades, al encontrarse por fin en el largo y áspero camino!

En la ardua labor de cada orilla, la acción que llega desde la otra se incorpora naturalmente, y sigue su curso. El yunque no es el mismo, los instrumentos de trabajo varían, caras nuevas se ven, y tendencias aparentemente diversas mueven las mentes y las manos; otros nombres suenan al oído y otras esperanzas agitan los corazones. y nada de esto es extraño: casi se está mejor en la ajena que en la propia casa.

¡Fenómeno más grande! Sí: como los rasgos sublimes del genio, que sólo son tales porque están en la verdad, y hasta cuando se desarrollan entre el fragor de las tormentas, de la naturaleza ó del alma, son sencillos, porque son humanos.

Es que sabe el ser interno, que determina los actos exteriores, que unos y otros corren hacia el mismo ideal, no importa si por caminos distintos y con objetivos inmediatos diferenciados por las circunstancias especiales del teatro en que la acción se desarrolla.

Y es que si las ideas se apartan, si los sistemas difieren, si las armas cambian, si se transforma el escenario, y al llano sucede el monte, y al mar el río, y á la espada la pluma, ó lo contrario, las almas jamás se deshermanan, y es vida

de unos lo que es vida de otros, y lo mismo la muerte.

En Julio y Agosto de 1890, como desde hace ochenta años: en la paz, en la guerra, en las alegrías y en los dolores, confortando espíritus, alentando esperanzas, asilando caídos, auxiliando menesterosos, curando heridos, enterrando muertos, batiendo palmas, ó fulminando anatemas; que á veces se quiere y se sirve mejor pegando que mintiendo, ó que transigiendo con el error ó con la culpa.

La prensa uruguaya y la argentina, como colectividades independientes, y como fuerzas unidas por el lazo de sus mezclados elementos, han alimentado en todo tiempo ese fuego sagrado, cuyas gratas esencias, condensándose y dilatándose á la vez, han concluído por formar el medio ambiente que nos rodea.

Modestia á un lado: *hemos* hecho bien.

Y como á la prensa le es tan necesario el aliento del pueblo como el aire al organismo humano, claro está que no es nuestro el honor, sino de todos.

Buenos Aires, Septiembre 1 de 1890.

BOCCACCIO

PERLA HALLADA EN EL FONDO DEL MAR DE LOS RECUERDOS POR EL PESCADOR QUE SUBSCRIBE.

Al autor de *Al pasar*.

No era Juana ni hermosa ni fea, ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, ni blanca ni morena, ni elegante ni vulgar, y con esto y llamándose Juana y no teniendo ni ojos garzos, ni como luceros, ó siquiera soñadores, ni miradas de fuego, ni cejas pobladas ó despobladas, ni frente pensadora, ni sedosas pestañas, ni párpados entornados, ni cabellos de oro ó de azabache, ni cuello de cisne, ni nariz aguileña, ni cutis aterciopelado, ni mejillas de rosa, ni boca plegada, ni labios de coral, ni dientes de marfil, ni aliento perfumado, ni voz de sirena, ni brazos torneados, ni busto escultural, ni manos alabastrinas, ni dedos afilados, ni uñas nacaradas, ni talle de sílfide, ni cintura cimbradora, ni movimientos de gacela, ni andar de reina, ni mórbidos contornos, ni maneras aristocráticas ó plebeyas, ni aire particularmente distinguido ó excepcionalmente común, ni sonrisas angelicales ó risas argentinas, ni misteriosas languideces ó arrebatos reveladores, ni vagas palideces ó vivos sonrojos, ni curvas provocadoras ó

rectas severas, ni amplias caderas ó pies diminutos, ni nada (que yo supiese) de esta ó parecida clase, dicho se está que Juana no era más que Juana, ó sea la sencillez en persona, y para mi gusto, linda como un sábado de primavera, en salud físicomoral y sin acreedores, aunque por añadidura no fuese, como no era, de temperamento especialmente alegre ó habitualmente melancólico, silenciosa ó charlatana, ilustrada ó ignorante, ni un portento de inteligencia ni mucho menos, fresca ó lo contrario, brillante ú opaca, viva como un rayo ó apagada como un candil, reservada ó insinuante, activa como ardilla ó calmosa como tortuga, ni coqueta, por fin, ó simple al punto de no comprender ella misma que, con todas sus deficiencias, era un bocado de cardenal,—como dijo el herejote que tuvo la peregrina ocurrencia de colocar en las eminencias de la iglesia el *summum* del saber humano en materia de tentaciones.

Tenía Juana, cuando la conocí, entre veintiocho y treinta años de lozana germinación. Nunca, según decía, había conocido otras agitaciones que las ordinarias de una existencia sin holguras y sin estrecheces, en la que el pasado, el presente y el porvenir se confundían en un mismo ambiente de serena ecuanimidad, con sus luces y sus sombras, ciertamente,—que nada es inmutable en la vida más que la muerte, — pero de lo más propicio para la paz del alma que no cree en milagros ni sueña con imposibles.

En cuanto á saber, sabía lo bastante para saber

que no sabía nada, fuera de las nociones morales que no se aprenden en la escuela, y de las intelectuales, adquiridas, más que en los libros, en el cultivo de las ideas, por acción refleja de la buena compañía en que se deslizaran sus días como mansa corriente que va del arroyo al río y del río al mar, segura de su curso y despreocupada de su destino.

Vestía con cuidadoso descuido, y perdónese la hipérbole, justificada por aquella gracia ingenua que realzaba sus más sencillos atavíos, tan bien asentados sobre su cuerpo de mujer armónicamente equilibrada, que parecía que allí, y solamente allí, estaban en su verdadero sitio, á la manera de esas flores del campo que pierden todo su encanto en el precioso vaso de artística factura, donde lucen su gallardía los primores del jardín.

Y un olor á mujer sana y limpia... ¡qué olor, Dios mío! Debió ser aquella emanación del femenino en perfecta madurez la que llevó por las narices á Tadeo tras del sabor de lo que tan bien olía. Era casada Juana, y su marido se llamaba Tadeo, como si no fuese bastante lo dicho para caracterizar á aquel anómalo conjunto de toda clase de normalidades. Pero doblo la hoja, que Arlequín (*) se está riendo de mí y me amenaza con su sable de palo,—más terrible que muchos de acero que yo conozco,—temeroso, acaso, de que,

(*) *Arlequín*, periódico en que apareció «Boccaccio».

siguiendo por este camino, comprometa á Tadeo con Juana y á él con el público.

Temor infundado, pero respetable, por lo que no lo discuto y abro capítulo aparte.

Nos hallábamos,—Tadeo, Juana y yo, entre mucha gente viajera,—en un lugar de baños «de cuyo nombre no quiero acordarme».

Hermoso el sitio como él solo, y de lo más pintoresco, además de sumamente saludable, según pública voz y fama.

De los baños se contaban maravillas. Varios tullidos, habiendo entrado en ellos en brazos, habían salido caminando, y muchos matrimonios infecundos habían debido á aquellas aguas milagrosas copiosa y robusta prole.

El director del establecimiento, un médico anciano, me dijo que en su opinión, fundada en larga experiencia, el bienestar de que allí se gozaba se debía, más que á la virtud de las aguas, á lo bello del país y lo agradable de la sociedad en que se vivía; y yo, mirando á Juana pasearse en el jardín ó leyendo en alguna umbrosa avenida, olvidada hasta de Tadeo que se aburría soberanamente en el salón de lectura ó dormía lo que él llamaba, riendo de la gracia, su «siesta digestiva», me sentía fuertemente inclinado á pensar como el doctor.

Debo advertir, antes de pasar adelante, que conocía á Tadeo hacía algunos años, habiéndonos acercado, en lejanas tierras, vínculos de recíproco interés que luego hiciéronse amistosos. El comer-

ciaba en artículos ortopédicos y otros por el estilo; yo era lo que soy en el día, con las diferencias consiguientes de fecha y facha; un llenador de cuartillas que no produjeron jamás lo que en poco tiempo le valieron á Tadeo, sus fajas higiénicas y sus aparatos de compresión. Vale decir que Tadeo era rico, y yo... periodista, á pesar de lo cual,—necedad ó lo que se quiera,—no habría dado la última de mis plumas por el mejor de sus bragueros.

No porque no fuera muy estimable el marido de Juana, quien ya, por el hecho de serlo, tenía derecho á mi respeto no exento de cierta admiración; pero tenía yo treinta años menos, y no sufriendo de afección alguna que reclamase las artes de Tadeo, las miraba con desdén, confiésolo avergonzado, lejos, muy lejos, de pensar entonces que podría llegar un día en que cambiaría gustoso toda mi producción literaria por la mitad de la suya ortopédica.

En aquel sitio, lleno de atractivos, fué donde conocí á Juana, presentado por Tadeo, quien le hizo los elogios más absurdos de mí y de cuanto conmigo se relacionaba, creyendo halagarme y darse importancia al dármela á mí. No sé lo que ella pensó de aquellas ponderaciones, continuando sin alteración nuestra vida de baños templados y nuestras relaciones del mismo grado de temperatura.

Debían ellos permanecer allí alrededor de un mes; yo, unos quince días. El tiempo estaba bien distribuído: á las siete de la mañana, todo

el mundo arriba; á las ocho, bien dormidos, bien bañados y bien entualetados, con arreglo á las circunstancias, al desayuno; luego, á la calzada, al bosque, á las ruinas, inseparables de todo sitio del género, á la cascada, al puente, á la montaña. De vuelta del paseo, un poco de música y otro poco de lectura, y en seguida, á almorzar; para empezar la misma existencia al cabo de un rato, hasta las diez de la noche, hora en la cual, con excepción de unos cuantos retardatarios, tomaba cada uno el camino de su alcoba.

¿Puede darse nada igual, más atemperado, más sencillo y más sano? Y, sin embargo, no me sentía completamente tranquilo en medio de aquel cúmulo de condiciones favorables á la paz del espíritu.

Unas veces, en algún sitio apartado del centro de los hoteles y otros puntos favoritos de reunión, adonde había ido en busca de completo sosiego para entregarme á la lectura, me sorprendía con el libro cerrado entre las manos y el pensamiento muy distante de su contenido, aunque no habría podido decir, á habérmelo alguien preguntado, qué rumbos llevaba, porque yo mismo no lo sabía. En otras ocasiones, mientras la magnífica orquesta del balneario reunía á su alrededor un público tan numeroso como distinguido, un sentimiento de profunda soledad invadía mi ser íntimo y escuchaba una música que no era la que allí se ejecutaba y me gustaba tanto, sin poderla definir netamente, sin embargo, ni colocarla con exactitud en el sitio de donde la traían mis con-

fusos recuerdos. Y por la noche, retirado á mi aposento, el sueño, tan dócil hasta poco antes al llamamiento de los miembros fatigados, se hacía de rogar para acudir, y cuando llegaba, traía consigo extrañas inquietudes.

Del otro lado de la ventana, la cascada vecina; tan vecina que el polvo de agua producido por la caída humedecía los cristales, llenaba la habitación de un ruido fuerte pero no molesto, al menos para mí, que había elegido aquel cuarto,—á pesar de que con franqueza poco común en el gremio, el hotelero me señaló sus inconvenientes,—precisamente por la vecindad del torrente, que con su voz poderosa y llena de misterios me hablaría de mundos desconocidos, halagando geniales fantasías.

Y sucedió que, lo que antes del estado de vaga intranquilidad al cual me he referido, constituía uno de los mayores encantos del lugar, se convirtió para mí de la noche á la mañana, sin dejar de agradarme, en nuevo elemento de perturbación agregado á los que me trabajaban hacía días, rebeldes al examen.

¡Oh, la hermosa, la imponente, la estruendosa cascada! Han pasado muchos años desde que pasé á tu lado los inolvidables días en que estas páginas se inspiran; en muchos mares se ha dado de tumbos la débil barca, batida por las tormentas; el sol y la nieve han quemado la savia generosa, y solamente las memorias gratas tienen el poder de despertar el corazón y de hacerlo latir con la fuerza de otros tiempos.

Tú eres una de ellas. Como entonces, sigues rodando de la cumbre al abismo, imagen de la vida y del destino, entre breñas y peñascos. Como entonces, te quiero y te admiro.

Apercibido, aunque tarde, de lo resbaladizo del terreno, me apeo del burro romántico en que inconscientemente había montado, para decir á ustedes,—ya que es necesario decirlo todo, aunque no sea más que para propia satisfacción,—que tan pronto mi desazón se traducía en un deseo vivísimo de marcharme con el primer tren, aunque fuera de carga, como me adhería al sitio con clavos más fuertes que los que aferraron á Cristo en la cruz.

Pero, en fin, ¿qué diablos tenía yo?

No sufría de ninguna afección que me molestase particularmente, y en lo moral no tenía más motivos para estar triste ó preocupado, que los que existían quince días antes.

¿Estaría, por ventura, enamorado?

¡Qué tontería!

—¿No es verdad, señora?

Esta pregunta, dirigida á Juana, no la formulé entonces, ni la formulo ahora, relacionándola con la situación de ánimo que he tenido necesariamente que tratar con alguna extensión por requerirlo así el desarrollo natural de esta historia, ó como se la quiera llamar. Se la hice á la esposa de Tadeo una mañana, muy de mañana, en que nos habíamos encontrado casualmente en un camino abierto en la montaña, desde el cual se domi-

naba un bello panorama. En primer término, hasta el fondo del valle, entre el verdeobscuro de una fuerte y compacta vegetación, aquí la blanca mole de un levantamiento rocalloso rompía la unidad del paisaje, y más allá asomaban las torres de una construcción con aire de castillo; extendiéndose la región, á derecha é izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, con alternativas determinadas por la forma y el destino de los edificios y los accidentes del terreno, unas veces más quebrado que otras, pero siempre en declive y cubierto de la misma vegetación. Un poco más lejos, ya en la llanura, una corriente de agua de orillas pobladas por establecimientos rurales, y en último término la cadena de montañas que cerraba el valle por la parte opuesta á nosotros.

La mañana no podía ser más linda, y Juana se me presentó como de costumbre, con todos los *nis* del principio de estas líneas.

Estaba sentada en un banco del camino, con un libro en la mano, que no leía, cuando el acaso me llevó á pasar junto á ella. Imposible no detenerme, aunque fuese un instante, y ésta fué mi intención; pero como Juana se corriese hacia un extremo del banco, invitándome á sentarme á mi vez,—sin decirlo, sin embargo, ni indicarlo de otro modo que con el movimiento mencionado,—juzgué que no tenía derecho de privarme del placer que tan inesperadamente se me ofrecía.

Al principio se habló de generalidades (siempre se habla de generalidades al principio) y luego, de palabra en palabra, de frase en frase, de senti-

miento en mirada y de pensamiento en observación más ó menos felizmente encontrada para decir algo que no fuera precisamente un despropósito, la conversación tomó el giro que toman por lo común estas cosas, después de las generalidades.

—¿No es verdad qué?—contrapreguntó Juana, con ingenua curiosidad.

—Que esto es delicioso...

—Sin duda, pero hay otros sitios tanto ó más hermosos. ¿No ha estado usted en V...?

Había estado en V... y me había parecido muy lindo, pero en aquel momento no le encontré la gracia que cuando lo conocí.

—Sí, señora; he estado en V... Bello paraje, en verdad. ¿Fué allí donde conoció usted á Tadeo?

Había creído hasta entonces que por el cielo de aquellos ojos, siempre serenos, no podía nunca cruzar un relámpago. Lo que en él pasó en aquel instante no me dejó la menor duda de lo contrario y temí haber hecho un disparate. Pero no tuve tiempo de acabar de asustarme, porque en seguida me contestó con abominable tranquilidad:

—No; nos conocimos muy jóvenes, en la ciudad; su familia y la mía habitaban casas contiguas. El se fué, como usted sabe, y cuando volvió, después de la muerte de papá, siguió nuestra relación, hasta que me pidió á mamá, y nos casamos.

—¿Le quiere usted mucho?

—Sí; es muy bueno con la pobre mamá y conmigo: no piensa más que en darnos gusto.

—Pero lo que reflejan esas palabras se parece más á la gratitud que al amor...

—¡Por Dios! ¡Las nueve! ¡Estarán creyendo que me ha sucedido algo! Hasta luego, señor Claudio

—Hasta luego, señora.

Ya en marcha, volvió sobre sus pasos para decirme:

—¡Y ahora que me acuerdo! ¿Va usted esta tarde á nuestro concierto de caridad?

—Seguramente.

—¡Vale dos pesos la entrada!

Iba á contestarle que no tuviese cuidado por esto, pues ahí estaba Tadeo para prestármelos, si no los tenía, pero no me dió tiempo, felizmente, y agregó:

—Se trata de una obra santa, y todos tenemos que hacer lo posible por ayudarla. No deje de llevar á sus amigos....

—No tengo ninguno.

—¡Ah!

Y con esta exclamación, que no comprendí á qué venía, constándole á ella muy bien que eran pocas y puramente de ocasión las relaciones que allí cultivaba, se alejó en dirección del hotel, sin apresurarse mucho ni acortar el paso lo bastante para que se pudiera sospechar que deseaba ser alcanzada.

¡Allá va todavía, á través de los recuerdos, por el angosto sendero abierto en la montaña; su traje sencillo, de lanilla azul y vivos blancos, ni provocativamente ajustado ni desairadamente suelto; el sombrero de paja y la sombrilla, apropiados al resto del traje, y su aire de mujer de peso en risue-

ño contraste con algo que no sabría describir, algo de virginal que se desprendía de todo su ser, de sus movimientos elásticos como de la expresión habitual de su rostro, sin ninguno de los signos que revelan, en la plenitud de la vida femenina, la satisfacción del alma, coronada por la realización del ideal que perpetúa la frescura de los azahares y hace cada vez más delicado su perfume.

¡Y luego el recodo, el maldito recodo del camino, que la oculta á mis miradas!

No importa; ya sé que hay relámpagos en el cielo de aquellos ojos, siempre serenos, y esto me basta.

¡Pobre Tadeo, tan bueno, tan servicial, tan feliz con su Juana inalterable y sus artefactos perfeccionados!

Yo también soy tu amigo y te lo probaré, á pesar de los pesares.

—Pero ¿cómo? ¿Así, de improviso? ¿Qué ha sucedido?

—Ha sucedido que si no me voy en seguida, puede suceder de un momento á otro que me quede en la calle. Mire usted...

Y Tadeo me extendió un despacho telegráfico que acababa de recibir.

El telegrama decía: «Situación muy peligrosa. De nada respondo si no vienes en seguida».

Y agregó Tadeo:

—Se trata de la situación del Banco en el cual tengo mi dinero. ¿Comprende usted ahora?

—Perfectamente. Pero...

—Pero nada; me voy esta noche.

—Lo siento, mi amigo, y deseo que todo no pase de una falsa alarma. ¿Volverán ustedes?

—¿Cómo ustedes? ¡Si me voy solo!

—¿Y la señora?

—Se queda aquí hasta mi regreso, ó hasta que vea lo que hay que hacer. Y de esto era precisamente de lo que quería hablarle, para pedirle un gran servicio al amigo y al caballero. Juana queda bien recomendada en el hotel y no le faltan relaciones que harán lo posible por hacerle agradable su estancia aquí, durante mi ausencia. Pero nadie sabe lo que puede sobrevenir de un momento á otro, como lo demuestra este viaje precipitado, y me he permitido decir á Juana que si se le llegara á ofrecer algo en que usted pueda ayudarla, no deje de decírselo.

—Y ella ¿qué ha dicho?

—Que está bien. ¿No es verdad, mi amigo, que me prestará este servicio y me comunicará inmediatamente cualquier novedad?

—Sin duda alguna...

—Gracias. No esperaba menos de usted. ¿Nada se le ofrece de la ciudad?

—Nada. Pero ¿y si me veo obligado á partir antes de su regreso? Usted sabe que esto puede suceder, también, en el momento menos pensado.

—Me lo avisa usted para tomar mis medidas, y tan amigos como siempre. Hasta luego; voy á preparar la maleta.

....

....

Trabóse este diálogo después del concierto de caridad, el que resultó espléndido en todo sentido, como Juana lo deseaba. Salía del salón de fiestas con la cabeza llena de armonías y bajo la influencia de las encontradas impresiones recibidas, cuando me llamó aparte Tadeo y se entabló la conversación que dejo consignada y me dejó patitieso.

¿Azar, fatalidad, predestinación, capricho de la suerte?

¿Qué me importaba el nombre? Allí estaba, frente á mí, semillero de dudas é incertidumbres, pletórica de inquietudes, rodeada de misterios, la indiscutible realidad.

Tadeo se iba, Juana se quedaba... y yo también.

Y se fué Tadeo, con el tren de las nueve de la noche, y le acompañó Juana, con dos ó tres personas, y se despidieron cariñosamente, abrazándose y besándose, y ya en el vagón, dada la señal de partida, me gritó Tadeo:

—Ya sabe Claudio. Avise cualquier novedad. Gracias, y hasta la vuelta.

Se oyó el silbido final, movióse el tren pausadamente, luego con mayor rapidez, y pronto no vimos de él más que la luz roja del último coche, como un ojo sangriento, que un instante después se perdía también de vista.

Volvimos al hotel, yo con un brasileño con quien había hecho relación en la mesa y que parecía lo más convencido de que yo escuchaba con mucho interés lo que decía, de tal modo lo prodigaba; y ella, la viuda por algunos días, con las personas que la habían acompañado hasta la estación.

Ya en el hotel, la vi en la sala de lectura y de entretenimientos, formando parte de un grupo de señoras y caballeros que departían animadamente de las cosas del día: la hermosura del tiempo, favorable á los largos paseos, la fiesta de caridad, realizada con éxito brillante, la partida de Tadeo tan inesperada.

Juana no parecía más triste ó más alegre que de costumbre, y cuando llevaron el te, ella misma lo sirvió, poniendo en ello el especial cuidado de otras ocasiones.

Aquella noche la reunión se prolongó hasta las diez y media. Juzgué de mi deber acercarme al grupo, antes de retirarme, y aproveché la oportunidad de que Juana me ofreciera una taza de te, para decirla que aun cuando Tadeo no me hubiese pedido que me pusiese á sus órdenes, ella sabía que lo habría estado del mismo modo y completamente.

Me dió las gracias con sencillez y á poco se retiró con el resto de la compañía, despidiéndose de mí desde lejos, con la mano y un «hasta mañana» probablemente sin otro alcance que el de todas las noches, pero que me dejó preocupado, dispuesto como me hallaba á verlo todo del color de mis ideas y mis emociones.

Di todavía algunos paseos por la terraza, y cuando tomé á mi vez el camino de mi habitación, en la inmensa mole del edificio iluminado por la escasa luz de uno que otro pico de gas á medio encender, no se oía más ruido que el de la cascada cercana, amortiguado por el espesor de los muros y las puertas y ventanas cerradas.

Sobre el mismo pasillo que conducía á mi cuarto, abríase el departamento de los esposos súbitamente separados. Al pasar por frente á la entrada, volví la mirada hacia ésta y sentí al mismo tiempo un golpe seco, como el de un objeto que cae al suelo, arrojado con fuerza. Un botín, desprendido de las manos que lo extrajeran violentamente, debe hacer análogo ruido.

Roentgen no había inventado todavía la fotografía á través de los cuerpos opacos, pero había ya rayos X en el mundo; y yo sé de ojos que los tenían tan penetrantes que, aun cerrados, solían ver á través de las puertas lo que querían y lo que no querían ver.

En la mañana siguiente, muy de mañana, ya estaba yo de paseo, favorecido por un tiempo delicioso. Siguiendo el mismo camino de la víspera, tuve necesariamente, al regreso, que pasar junto al banco en el cual tuvimos con Juana la conversación aquella, tan breve cuanto significativa por lo que se dijo y por lo que no se dijo en ella.

No puedo afirmar que me sorprendió no hallarla allí, conociéndola como la conocía, á pesar de lo corto de nuestra relación, pero,—¿por qué he de ocultarlo, habiendo prometido decirlo todo?—me mortificó, esta es la palabra, su inesperada ausencia, y digo inesperada porque, sin confesárselo, el amor propio, que desempeña por lo general un papel importante en estos y otros parecidos asuntos, había interpretado antojadizamente el «hasta mañana» de la noche anterior, como una promesa de que se repetiría el matinal encuentro.

No estaba y, todo bien considerado, acaso era mejor que no estuviese; pero váyanle ustedes con estas filosofías al corazón, capaz de todas las abnegaciones, sin excluir el martirio estoicamente aceptado, si sabe que no está solo en la hora del sacrificio, á la par que rebelde por invencible naturaleza á las resignaciones que se figura humillantes, por fútiles que sean las causas que las impongan ó dudosos los derechos en que la protesta se funda.

No estaba y me senté solo en el banco, cuyo respaldo tocaba casi el formidable muro de la montaña cortada á pique, por el que escapaban algunas débiles filtraciones que brillaban al sol, alimentando una que otra planta cerril de las concavidades ó la base. Al frente, el magnífico panorama al cual he dedicado ya algunas líneas, y á los lados, por uno, el camino que llevaba serpenteando á la lechería y á un pequeño recreo que los viajeros gustaban frecuentar, más por las lindas vistas de que en él se gozaba, que por la calidad y el precio de los artículos ofrecidos al consumidor, y por el otro, el mismo camino, rumbo á las casas, como se decía en el lenguaje local, que tomara Juana en la mañana anterior, al cortar brusca pero cortésmente el diálogo consabido.

No estaba, y pronto me aburrí del esplendor del día y de la belleza del paisaje, tan cierto es que «todo es según del color del cristal con que se mira»; por lo que tomé á mi vez el camino de *las casas*, no sin escudriñar todos los sitios en que hubiera podido buscar propicio asilo una persona deseosa de soledad y de silencio.

Pero no encontré sino á algunos pasajeros que se dirigían á los puntos de donde yo venía, y ya en la plazoleta del balneario, en cuyo centro se elevaba la estatua del que popularizó aquellas aguas, en cuyas virtudes calmantes empezaba á creer todavía menos que el viejo director del establecimiento, tomé asiento frente á una mesita colocada estratégicamente para que no se me escapase nada de lo que pasara á mi alrededor.

Allí me sirvieron café, y me disponía á hacerlo durar todo lo posible, cuando la vi en el corredor del hotel, de pechos sobre la balaustrada que daba á la plaza.

La *toilette* era distinta, pero el aspecto el mismo, ni más ni menos notable ó sencillo que de costumbre; sin que su rostro presentase el menor indicio del malestar que era lícito creer que habían dejado en su ánimo el repentino viaje de su esposo y sus serios motivos, dado caso de que los conociese, como era natural suponerlo.

En un momento en que me pareció que nuestras miradas se habían encontrado, la saludé con el sombrero y ella me contestó con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que agitaba la mano derecha en señal amistosa.

El café se había enfriado, pero el mozo se ganó propina doble, y me encaminé hacia donde se hallaba la esposa de Tadeo.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, señor Claudio.

—¿Ha pasado usted bien la noche?

—Perfectamente.

—¿Y no ha tenido noticias de Tadeo?

—Todavía no.

—No han de tardar.

—Así lo espero.

—Me alegraré de que sean buenas.

—Gracias.

—Y de que vuelva pronto.

—¿Tanto le extraña usted?

—No, precisamente; pero usted...

—Yo sé esperar.

—Dichosos los que esperan.

—¡Lo dice usted de un modo!...

—Lo digo como lo siento. ¿Y no se le ofrece á usted nada?

—Nada, gracias.

—¿Ni alguna obra de caridad?

—Ah, sí; esta noche en el Casino...

—¿Qué hay? ¿Qué hay en el Casino?

—Cantan la Rasmondi y Lucchesi, á beneficio del Baño de los Pobres, y toca Blandberg. ¿Irá usted, sin duda?

—¿Va usted?

—¡Cómo podría faltar!

—Tampoco yo, naturalmente. Y para el día, ¿qué programa?

—Ninguno. Lo dedico á escribir.

—¡A Tadeo!

—A Tadeo también. ¿Le parece á usted extraño?

—De manera alguna. ¡Es tan bueno, Tadeo!

—Excelente. Hasta luego, señor Claudio.

—Hasta luego, señora Juana,

Confieso que empezaba á cargarme aquella eterna igualdad de Juana, que tanto me gustara en un principio. Verdad es que varias de sus preguntas y respuestas se prestaban á doble interpretación; pero, en resumidas cuentas, era aquélla la prolongación indefinida de una situación indefinible, y yo necesitaba que ésta terminase de cualquier modo.

¿Por qué?

Porque sí, y basta. Averiguar si aquellos baños no me convenían porque eran poco fuertes ó demasiado flojos, á nada útil ó práctico conduciría. Tal vez lo mejor era buscar cuanto antes otras aguas, ensayando las frías, ya que las calientes habíanme dado tan mal resultado.

Pensando en esto seriamente, me dirigía á la sala de lectura, cuando tropecé con el director médico, que salía de ella.

El buen anciano me había cobrado simpatía, la que me demostraba de mil finas maneras, correspondiendo yo sinceramente á aquel sentimiento nacido al calor de comunicaciones que habían ido haciéndose cada vez más íntimas y agradables. Hablábamos de política, de ciencia, de arte, de cuestiones sociales, de todo, hasta de lo que alimenta la crónica mundana, y lo que venía al caso de nuestros trabajos, nuestros viajes y nuestras aventuras.

En el curso de la conversación que se entabló aquel día, le dije, preparando el terreno para la realización de mi plan y como para afirmarme en él, que estaba por irme de allí de un momento á otro.

—¿Y por qué esa súbita determinación?—me preguntó.

—Asuntos que arreglar; cosas que me reclaman con urgencia.

—¿Pues no estaba usted tan decidido á quedarse algunos días por acá? ¿No lo habrán tratado bien, tal vez? ¿O no le sientan ya estos aires, que antes le gustaban tanto?

—No, no es nada de eso. Es que tengo realmente que irme.

—¿Serán las aguas las que ya no le agradan?

—Usted sabe, mejor que nadie, que las aguas son inofensivas. Es otra cosa...

—Sí; debe ser otra cosa. Lo siento por usted y por mí, que le considero ya como un amigo. ¿Y se va usted solo?

—¡Cómo! ¿Y quién habría de acompañarme?

—No sé; pero como su amigo, el señor Tadeo, se ha marchado en la confianza de que usted quedaría aquí durante su ausencia, creí...

—¡Ah! ¿Lo sabía usted?

—Sí, me lo dijo él mismo antes de partir, al recomendarme á su señora. ¡Qué interesante señora ¿no es verdad?

—Efectivamente, muy interesante. Pero ella está aquí muy bien cuidada.

—Sin duda. ¡Pero se va quedando tan sola, la pobre!

—Una mujer como ella no está sola en ninguna parte.

—¿Lo cree usted? Sin embargo, y perdóneme la confianza... yo, que usted, no me iría así...

—¿Cómo *así*?

—Tan de improviso.

—Pero si es necesario...

—¡Tal vez no lo sea tanto! ¿Recuerda usted lo que le he dicho varias veces sobre estos baños? No son ellos los que curan ó entonan, sino el medio en que su acción se efectúa. ¿Habrá fallado la regla en su caso y será el medio el que perjudica á las aguas?

—Tal vez...

—Gracias por la franqueza; lo sabía, y crea que lo deploro de veras.

¿Qué sabía y que deploraba el buen viejo? No quise preguntárselo, y me despedí de él apretándole fuertemente la mano y casi sin pronunciar palabra, por la sencilla razón de que no habría sabido qué decirle.

—Espero que no se marchará usted sin verme antes...—agregó.

—No, seguramente.

La sesión nocturna de canto y piano á beneficio del Baño de los Pobres fué todo un éxito, como el concierto de la tarde anterior para los huérfanos de la comarca. Allí, como en otras partes, no había más que invitar á la gente á divertirse, para moverla á caridades.

El acaso, que suele complacerse en estas travesuras, colocó mi asiento al lado del de Juana, á quien acompañaban varias señoras.

Por de contado que no faltaron las generalidades: sobre los artistas y su participación en la fiesta; sobre Tadeo, de quien se había recibido un

telegrama que no decía sino que había llegado con felicidad; sobre el tiempo, los viajeros recién llegados y otras cosas por el estilo. Después con intervalos de audición musical y de reserva aconsejada por especiales exigencias del momento, la conversación se deslizó por una pendiente resbaladiza en la que no faltaron los sobresaltos y hasta las angustias, pero de la cual salí, y pienso que salimos, gratamente impresionados.

—Entonces ¿es cosa decidida que usted se marcha?—dijo Juana, aludiendo á una anterior frase mía.

—Sí, señora.

—¿Se puede saber cuándo?

—Mañana mismo, si usted no ordena otra cosa.

—¿Y por qué se va usted?

—Asuntos de interés y de familia...

—Mal andan los intereses, por lo visto. Ayer Tadeo, mañana usted...

—Dichosa usted, que no piensa en ellos.

—Pero sufro las consecuencias.

—Es verdad, Tadeo...

—¡Tadeo, Tadeo, siempre Tadeo!

—¿Qué cosa más natural, siendo usted su esposa?

—Cierto, muy natural.

(Silencio de un rato, con el corazón en marcha á razón de mil palpitaciones por minuto, para escuchar ó hacer que se escuchaba á la Rasmondi, que cantaba algo del Trovador, de Hernani, del Barbero, ó de cualquier otra ópera, acompañada al piano por Blandberg).

—¿No me encarga usted nada para Tadeo?

—Dígale usted que estoy muy bien.

—No es un cumplimiento...

—Es la verdad. ¿Querría usted que me desesperase?

—Lo sentiría mucho.

—Está usted en vena de amabilidades.

El asunto tomaba mal cariz. No; aquella Juana no era *mi* Juana de los *nis* de marras. Evidentemente pasaba en ella algo extraordinario. Había en sus palabras, y en la manera de expresarlas, una sequedad que no era suya y que me pareció seguro indicio de cierto enfado ó despecho extraños á su temperamento, tan igual como dueño de sí mismo.

¿Qué motivaba aquella visible alteración de su modo de ser habitual? La partida de Tadeo podía molestarla por la situación anormal en que la colocaba, pero no justificaba la irritación que sólo entonces se manifestaba en ella. En cuanto á la mía... vamos! en cuanto á la mía, no podía ser; no porque fuese cosa del otro mundo, viéndose todos los días casos más raros, sino porque era ello demasiado bueno para ser cierto.

Bueno,—entiéndase bien y no se olvide,—para la satisfacción del ser moral, profundamente afectado por el ensueño pasional que duraba hacía algunos días y que lo traía desazonado; que, por lo demás, mi resolución estaba hecha y era irrevocable, cualquiera que fuese el giro que tomaran las cosas por efecto de las circunstancias, favorables ó no á aspiraciones que la honradez nativa

rechazaba indignada, antes de existir la conciencia perfecta de ellas.

La hermosa fiesta tocaba á su término, la orquesta atacaba los últimos acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn, número final del programa, y ya se sentía en la sala el sordo rumor que precede á la dispersión general en las grandes reuniones, después de un período relativamente largo de quietud y de silencio.

Salimos, uno tras del otro, sin dirigirnos la palabra. Una vez en la calle, las señoras, acompañantes de Juana, tomaron la delantera, conversando animadamente con algunos caballeros. En la última fila íbamos nosotros.

A poco andar, mirando al cielo, que amenazaba tormenta, dije, por decir algo.

—Mal tiempo, según parece.

—Es verdad, muy malo,—me contestó.—No se irá usted, si llueve...

—Lo sentiría, porque me urge ponerme en viaje.

—¿Cuándo es la partida?

—Mañana, con el primer tren.

(Nuevo silencio, hasta llegar cerca del hotel.)

—Señora,—la dije, á pocos pasos de la escalinata de entrada,—permítame usted que le asegure que solamente razones muy serias han podido decidirme á dejar este sitio antes del regreso de su esposo.

No me contestó una palabra. Subimos hasta el vestíbulo, donde el grupo se detuvo para las despedidas.

Me sentía turbado como un adolescente en sus primeras armas amorosas.

—¿La veré á usted, señora, antes de ausentarme? Muchos se habían ido ya, otros se preparaban á separarse; un momento más y quedaríamos solos, lo que no era propio que sucediese.

Se volvió rápidamente hacia mí, me extendió una mano, que me apresuré á estrechar, hallándola á la vez temblorosa y enérgica, y me dijo con un acento que no olvidaré jamás, de orgullo vencido por el orgullo:

—¡No se vaya, Claudio!...

....

¡Claudio!

Un relámpago rasgó el firmamento con angulosa línea de fuego y el primer trueno retumbó en los espacios.

—¡Llueve! exclamó alguno, y varias personas, alojadas en otros hoteles, salieron precipitadamente.

Los pocos que quedaban en el vestíbulo, Juana entre ellos, subieron á sus respectivos departamentos, y quedé solo.

En el descanso de la escalera, á punto de ocultarse en el semicírculo superior de la misma, la vi por última vez, toda de blanco, como una novia, y asomando por el tapado entreabierto algunas flores colocadas sobre el seno, del lado del corazón.

Debió dar un mal paso, porque la vi vacilar un instante antes de esconderse á mi vista, y el ramo cayó al suelo, tal vez sin que ella lo notase.

Decir que me apoderé de él en seguida, sería superfluo.

Negarlo ó silenciarlo, hipocresía impropia en quien desde el principio, sin que ello lo preocupe mayormente, se ha dado cuenta exacta de los peligros de esta historia para su reputación de hombre grave.

La noche se había puesto, realmente, muy fea, sin lo cual hubiera salido en demanda de algún sitio donde estuviese completamente solo, para saborear á mis anchas, en el perfume de aquellas flores, los deliciosos recuerdos que evocaban.

Que aquello era simplemente ridículo, no se me oculta; pero así fué y así lo digo, libre cada uno de pensar de ello lo que se le antoje.

El mal tiempo no me permitió salir y me fuí á mi cuarto y me eché sobre el sofá, fumando un cigarrillo.

La cascada estaba en voz aquella noche y su ruido me hacía un gran servicio llevándose una parte de los pensamientos que, de otro modo, se hubieran concentrado en una dirección de la cual convenía apartarlos todo lo posible.

El humo del cigarro subía en ondas, nubes y espirales que los ojos seguían distraídamente hasta verlas desvanecerse, como las esperanzas y las ilusiones, para ser reemplazadas por otras; y el monótono tic-tac de un reloj inmediato hablaba al oído de dulces misterios, en armonioso contraste con el eco sordamente amenazador de la caída, sin

solución de continuidad, y sugestivo de extraños y profundos destinos.

Concluído el cigarrillo, cerré los ojos y seguí viéndolo todo mejor que cuando los tenía abiertos, intensificadas en proporción las sensaciones de que era causa el cuadro general de los hechos y las circunstancias que me rodeaban.

—¡*Claudio*, no se vaya!...

Y vi nuevamente el cielo rasgado por angulosa línea de fuego, y otra vez oí el trueno retumbando en los espacios.

Púseme de pie apresuradamente, di algunos paseos por la habitación, apoyé un rato la frente sobre un cristal de la ventana, procurando inútilmente penetrar con la mirada las densas tinieblas, y por último tomé un libro y me tendí vestido sobre la cama, con tanto deseo de leer como de dormir, pero resuelto á llegar á lo uno por medio de lo otro, costase lo que costase.

¿Cuánto tiempo leí? No lo recuerdo, pero resultó el remedio peor que la enfermedad, y arrojando con rabia el libro sobre una mesa de noche, tomé otra vez la vertical, y como me acercase á la ventana, haciendo pantalla de las manos para ver mejor en la obscuridad, noté con satisfacción que el tiempo había mejorado sensiblemente, distinguiéndose con relativa facilidad, á la luz de las estrellas, la cascada y sus inmediaciones salpicadas de villas, edificadas ya en la pendiente de la montaña, ya en la planicie que se extendía al pie de la misma, una parte de la cual ocupaba la población, teatro de este episodio que no tuvo enton-

ces principio ni fin verdaderamente caracterizados, y que quedó por fortuna envuelto en las sombras que hubieran sido su suerte eterna sin el sable mágico de Arlequín, que lo ha exhumado entre las ruinas en que yacía, por lo que deben recaer sobre él todas las responsabilidades del caso.

Bruscamente, como quien después de una lucha consigo mismo adopta una determinación y procede sin más demora á hacerla efectiva, dejé la ventana, tomé el sombrero y salí á pasos acelerados, pero tratando de no hacer ruido.

El largo y angosto corredor, débilmente alumbrado, tenía, con su doble fila de pequeñas puertas numeradas y equidistantes, algo de cárcel. Por lo menos, tal fué la impresión que me produjo al dejar mi habitación, una de las últimas del extremo interior, y dirigirme al otro extremo en busca de la salida, sin volver la vista atrás ó á los lados, no porque hubiese ni el más remoto peligro de convertirse en estatua, y menos de sal que sazona y refresca, sino porque iba en procura de aire, y en aquel sitio cerrado no lo había como yo lo necesitaba.

Pasé derechamente del pasillo al vestíbulo, del vestíbulo á la terraza, de ésta á la plazoleta y luego al camino cortado en la montaña, testigo y cómplice de mi amada desgracia.

Húmedo el piso y medio revuelto todavía el tiempo, no eran particularmente favorables al paseo las condiciones en que se efectuaba.

No hay, por otra parte, para qué decir qué inmensa distancia, en todo sentido, había de aquella

escena á otra que conoce el lector y veo tan claramente como si fuera de ayer: el banco al pie de la montaña, altar de votos contenidos; las filtraciones doradas derramando vida sobre las piedras; el valle sonriente con sus edificios aislados, sus caseríos y sus ganados paciendo en los verdes prados; el río á medio camino de las opuestas montañas, y éstas en último término del magnífico cuadro; de un lado el sendero que conducía al recreo y la lechería, del otro al mismo sendero, rumbo al hotel y sus dependencias, y en él la joven dama del vestido de lanilla azul y vivos blancos, alejándose lentamente, sin saber lo que dejaba tras de sí, ó sabiéndolo demasiado.

Estuve un rato sentado en el *mismo* banco, barajando ideas y sentimientos, y me fuí por donde había venido, y me encontré en el pasadizo de mi vivienda muy enojado conmigo mismo.

Volví nerviosamente un pestillo, pero lo solté en seguida, como si fuera una brasa, apercibido á tiempo de que me había equivocado de puerta, hallándose mi cuarto un poco más allá, y corrí á este último, más preocupado que al salir de él.

Eran ya, á todo esto, las cuatro de la mañana; reuní mis efectos y los metí desordenadamente en la maleta. No quedaba afuera, sobre la mesa de noche, más que el volumen que había estado leyendo antes de sentir la especie de vértigo que me hiciera emprender la reciente excursión, de contornos románticos.

¡*Boccaccio*!

Leer sobre la cubierta el nombre del autor de

los endiablados cuentos florentinos, ver en el espejo de la memoria á Paolo y Francesca, pensar que no solamente en aquella ocasión, inmortalizada por el genio, *Galeotto fu il libro e chi lo scrisse*, abrir violentamente la ventana y arrojar el volumen al torrente, hasta el cual llegó agitando estrepitosamente sus hojas como ave siniestra de innúmeras alas, fué cuestión de un momento.

....

Poco más tarde, ya en marcha el tren que me alejaba para siempre de aquellos sitios, volví muchas veces la vista hacia atrás, recibiendo una impresión dolorosa siempre que, por afinidad de ideas, una casa, un árbol, una roca, un objeto cualquiera, real ó imaginariamente entrevisto, reconstruía una escena ó evocaba una imagen de grata recordación.

Y, sin embargo,—con placer lo digo, hoy que brisas y huracanes se han llevado las cenizas de aquel fuego que parecía inextinguible, dejando un calor suave y afectuoso por toda señal del sitio donde ardió potentísimo,—á la profunda tristeza con que me separaba de *ella*, para no volver á verla nunca, como se lo había dado á entender en las pocas líneas de despedida que le dajara al partir, se mezclaba un sentimiento de orgullo y una tranquilidad que proclamaban en el ser íntimo el triunfo del hombre sobre el hombre, llenándolo de profunda satisfacción.

....

Si algunos encontraran que no es este un desenlace de novela, ó no viesen la línea que lo sepa-

ra de la tontería, piensen en que «la perla encontrada en el fondo del mar de los recuerdos por el pescador que subscribe», no es el presente relato, sino *ella*, Juana, y hallarán muy natural que si ésta no era ni linda ni fea, ni nada que descollase particularmente, suceda lo mismo con las páginas que inspiró, como ella limpias, sin embargo, y como ella sanas.

No es necesario ser ortopédico para comprender ciertas cosas.

RIP VAN WINKLE (*)

LEYENDA AMERICANA

Todo el que haya viajado por la parte superior del Hudson debe recordar los Kaats-Hills, fragmentos desprendidos de la gran cadena de los Appalaches, que levantan hasta las nubes, hacia el oeste del río, sus cimas majestuosas, dominando todo el país circunvecino. Cadà cambio de estación, cada alteración del tiempo, cada hora del día, da un aspecto nuevo á las siluetas de aquellas montañas, modificando los tintes mágicos que la coloran.

Son los Kaats-Hills, para las buenas mujeres de la comarca, barómetros perfectos. Cuando el tiempo está bueno, vístense de azul y de púrpura, y dibujan, al ponerse el sol, sus vivas aristas sobre el fondo diáfano de un cielo claro y puro; pero en ocasiones, si aparecen nubes en algún rincón del paisaje, cubre su cima un gran velo de vapores grises que, heridos por los rayos del sol poniente, se iluminan con mil colores y brillan con todo el esplendor de una diadema.

Al pie de aquellas hadaicas montañas, el viajero descubre el humo de una aldea, cuyos techos de madera se distinguen en medio de los árboles, precisamente en el punto en que los tintes azulados de la montaña vienen á confundirse con los colo-

(*) Esta es una de las numerosas traducciones hechas por el señor Mitre, y en las que ponia tanto propio que casi deberian considerarse originales.

res más vivos del primer plano. Es una pequeña villa cuyo origen se remonta á lejanos tiempos, como que fué fundada por algunos colonos holandeses al organizarse la provincia, bajo el gobierno del buen Pedro Stuyvesant.

Algunas casas construídas por los primeros pobladores conservábanse aún en pie hace pocos años. Eran de ladrillo amarillento, traído de Holanda, con ventanas de celosías y fachadas que remataban en punta, coronadas por veletas.

En aquella aldea, y en una de aquellas pintorescas casas que, para decir la verdad, mostrabán más de una huella de la inclemencia de las estaciones y del paso de los años, habitaba, por el tiempo de la dominación inglesa, un hombre de excelente pasta llamado Rip van Winkle. Era un descendiente de aquellos van Winkle que se conquistaron una reputación tan grande de bravura en la caballeresca época de Pedro Stuyvesant, á quien acompañaron al sitio del Fuerte Cristina. Sin embargo, nuestro héroe no había heredado el temperamento belicoso de sus antecesores.

He dicho que era un hombre de natural excelente, y debo agregar que era también un vecino amable y un marido obediente y sumiso. Era á esta última circunstancia sin duda que debía aquella dulzura de carácter que hacía grata su presencia en todas partes, siendo un hecho averiguado que son, fuera de su casa, de una naturaleza más conciliadora y más afable que la generalidad de los que no se hallan en igual caso, aquellos á quienes una mujer regañona mantiene en el hogar bajo una dis-

ciplina más rígida. El temperamento de tales personas, pasado por el crisol de las tribulaciones domésticas se hace flexible y maleable, enseñando más acerca de la longanimidad una conferencia de sobre almohada, que todos los sermones del mundo. Una mujer adusta ó díscola puede, pues, ser en cierto modo una bendición, y en tal concepto, Rip van Winkle era tres veces bendito.

Lo cierto del caso es que se hallaba Rip en los mejores términos con todas las buenas mujeres de la aldea, las cuales, siguiendo en esto la natural inclinación del sexo amable, tomaban activa participación en sus conflictos domésticos, no dejando de echar la culpa toda sobre la señora van Winkle, cada vez que en la charla nocturna tratábase de aquéllos. Los niños de la aldea saltaban de gozo á su aproximación, y por muy buena razón, pues Rip presidía á sus juegos, organizaba sus partidas, les enseñaba á remontar la cometa y á jugar á las bolitas, y les contaba toda clase de historias de indios, de hadas y de aparecidos. Desde el momento en que se mostraba en la calle, la bulliciosa tropa corría hacia él, suspendiéndose de sus ropas, trepándosele sobre la espalda y haciéndole mil jugarretas, sin conseguir nunca impacientarlo. Los perros mismos de la vecindad, conociendo á aquel buen hombre, jamás ladraban á su paso.

Un gran lunar en la vida de Rip era su invencible aversión á toda ocupación útil. Y no porque le faltase asiduidad y perseverancia, pues era hombre, cuando se entregaba á la pesca, de pasarse todo un día sobre una piedra húmeda, con

una caña más pesada que la lanza de un tártaro entre sus manos, y sin hacer el menor signo de impaciencia, aun cuando ni el más pequeño pececillo se presentase á estimular su imperturbable dedicación. Hubiera podido vérsele, el fusil á la espalda, atravesar bosques y pantanos, recorrer montes y valles, para matar algún pajarillo ó pichón salvaje, sin que jamás á vecino alguno rehusase su ayuda por ruda y difícil que fuera la tarea á emprender, como que no tenía rival en la comarca para desgranar el maíz ó levantar un cerco de piedras. Las mujeres del lugar iban á solicitar su auxilio para dar caza á algún animal escapado, y á menudo le pedían pequeños servicios que sus maridos no les habrían prestado seguramente con la misma complacencia. En una palabra, Rip estaba siempre dispuesto á encargarse de todo trabajo que no fuese el suyo propio: cuidar su hogar y su granja era algo para él imposible.

Porque, decía Rip, era inútil consagrarse al trabajo de su granja, siendo ésta el peor pedazo de tierra que hubiera en todo el país; todo se daba mal en ella, y seguiría dándose mal cualquiera que fuese su diligencia. Los cercos estaban siempre en ruina; la vaca, tan pronto se extraviaba, como se iba á devorar las coles; las malas hierbas crecían más rápidamente en su campo que en parte alguna; la lluvia se presentaba siempre á incomodarlo en el momento mismo en que iba á ponerse á la obra. De suerte que no solamente había disipado acre por acre casi todo su patrimonio, sino lo poco que le quedaba se hallaba en

peores condiciones que cualquiera de los otros campos de la vecindad.

Sus mismos hijos crecían tan andrajosos é indisciplinados como si de niños abandonados se tratase. Su hijo Rip, un diablilo hecho á imagen de su padre, prometía heredar las buenas habitudes del autor de sus días, como había heredado ya su ropa vieja. Veíasele por lo general brincando como un potro cerca de su madre, las piernas envueltas en los trapos viejos que le cediera su padre y que á duras penas sostenía el muchacho con una mano pegada á la cintura, á la manera de las elegantes en día de lluvia.

Pero Rip van Winkle era uno de esos felices mortales de humor fácil, que toman el mundo como viene, comiendo indiferentes pan blanco ó pan negro, con tal de que les cueste la menor fatiga posible, y que preferirían morirse de hambre por un dinero á trabajar por una libra.

Dejado en libertad completa de hacer su gusto y nada más que su gusto, habría pasado la vida en medio del más perfecto contentamiento, pero su mujer iba sin cesar á llenarle los oídos de reproches sobre su pereza y su indolencia, las que, —decía ella,—serían al fin causa de la ruina de la casa. De día y de noche, por la mañana y por la tarde, la lengua de la ama de casa hallábase en movimiento, é hiciese lo que hiciese, ó dijese o que dijese el marido, todo era buen pretexto para un desborde de elocuencia doméstica.

Rip no tenía más que una manera de responder

á aquellas arengas: se encogía de hombros ó meneaba la cabeza, repitiendo con tanta frecuencia estos movimientos que habían acabado por entrar en sus habitudes. Pero en ocasiones su silencio no hacía más que atraerle un nuevo torrente de recriminaciones, lo que lo obligaba á abandonar la plaza para ir á sentarse delante de la puerta de calle, único lugar de la casa en el cual sigue siendo amo el marido, cuando se ha dejado dominar por su mujer.

El único amigo que tuviera Rip en la casa, era su perro Wolf. La señora van Winkle los miraba como dos compañeros de holgazanería, y hasta había llegado á tomar entre ojos á Wolf, creyéndolo causante de los extravíos de su amo.

Wolf, digámoslo en su honor, era un perro que en cuanto á valor, no tenía nada que envidiar á animal alguno de su especie; pero ¿qué valor sería capaz de resistir al temor que inspira una lengua de mujer? Desde que Wolf ponía los pies en la casa toda su vivacidad decaía; la cola le arrastraba por tierra ó iba á enroscarse entre sus piernas; no tardando en deslizarse con aire de condenado á muerte, hasta un rincón desde el cual lanzaba grandes miradas sobre la señora van Winkle. A la primera aparición de un palo de escoba, Wolf salía aullando, y más que ligero, en dirección á la puerta.

Las cosas iban de mal en peor para Rip van Winkle á medida que avanzaban los años matrimoniales. El tiempo no ha dulcificado jamás un carácter áspero, y una lengua acerada es la única

cosa que no se desafila con el uso. Durante largo tiempo, Rip encontró el medio de distraerse de sus disgustos, trasladándose, cuando algún huracán doméstico lo obligaba á abandonar su casa, á una especie de club permanente de sabios, de filósofos y de otros personajes ociosos de la aldea; este club tenía su asiento en un banco situado á la entrada de un pequeño albergue puesto bajo los auspicios de S. M. Jorge III, según rezaba la muestra. Tenían los comensales de aquella reunión la costumbre de sentarse allí á la sómbra durante las largas y somnolientas horas de los días de estío. Se pasaba revista á los runrunes de la aldea, y se contaban largas historias, capaces de hacer dormir parado al menos tentador del sueño.

Un hombre de estado no habría podido decir que había perdido su tiempo escuchando las profundas discusiones que solían producirse, cuando por acaso un diario viejo, arrojado por algún viajero, iba á caer entre sus manos. ¡Con qué gravedad escuchaban la lectura que les hacía el maestro de escuela, Derrik van Bummel, un hombrecito listo y vivaz, cuya ciencia no habría podido dejar en descubierto la más arrevesada palabra del diccionario! ¡Con qué sabiduría discutían los acontecimientos, algunos meses después de ocurridos!

Las opiniones de aquella asamblea se hallaban bajo la absoluta dirección de Nicolás Vedder, el patriarca de la aldea y dueño del albergue, á cuya puerta manteníase sentado de la mañana á la noche, no cambiando de sitio sino para evitar los rayos solares y seguir en sus mutaciones de lugar

la sombra movible de un gran árbol. Los vecinos, observando sus movimientos, podían saber la hora con tanta seguridad como si consultaran un cuadrante solar. A la verdad, veíasele rara vez hablar, pero fumaba incesantemente la pipa. Sus adherentes, pues todo hombre grande los tiene, sabían sin embargo, cómo manejarse para conocer su opinión. Cuando el tema de la conversación ó de la lectura no le agradaba, veíasele fumar su pipa con vehemencia, y arrojar con fuerza, y con breves intervalos, impacientes bocanadas; pero cuando fumaba suavemente y con calma, saliendo de su boca tranquilas nubes de humo, era ello signo seguro de aprobación. Por fin, si retiraba la pipa de la boca para saborear con voluptuosidad el vapor odorífero que se escapaba de sus labios, acompañando esta acción con un pequeño movimiento de cabeza, indicaba ello una aprobación sin límites.

Pero el desgraciado Rip concluía por ser desalojado de esta fortaleza por su terrible mujer, que estallaba de improviso como una bomba en medio de la calma de la docta asamblea, emprendiéndola principalmente con Nicolás Vedder á quien acusaba de estimular la pereza de su marido.

El pobre Rip se veía reducido á la desesperación, no quedándole más recurso para substraerse al trabajo de la granja y á los reproches de su mujer, que echarse el fusil á la espalda é internarse en el bosque, en el cual concluía por sentarse al pie de un árbol y compartir allí el contenido de su zurrón con Wolf, á quien amaba como su compa-

ñero de infortunio.—¡Pobre Wolf! solía decirle Rip en aquellos momentos; tu ama te hace pasar una vida de perro, pero no te inquietes, mi hijo, que en tanto que yo viva, tendrás á tu lado un amigo. Wolf meneaba la cola y dirigía miradas enternecidas á su amo, debiendo tomar parte de todo corazón en los sentimientos de éste, admitido que un perro pueda ser susceptible de sentir lástima.

Cierto hermoso día de otoño en que Rip, durante una larga excursión de este género, se entregaba á su placer favorito, la caza de la ardilla, encontróse de repente, sin saber cómo, sobre las alturas de los Kaats-Hills.

Los ecos de aquellas apacibles soledades habían repetido ya muchas veces las detonaciones de su fusil. Jadeante y fatigado, tendióse sobre una verde meseta formada al borde de un precipicio, desde la cual divisaba, á través de una abertura de los árboles, el llano que se dilataba al pie de la montaña, en una extensión de varias millas de un país cubierto de selvas. Veía á alguna distancia al Hudson, cuyo curso tranquilo y majestuoso iba á perderse en el confín lejano, reflejando en sus aguas, ya una nube purpúrea, ya la vela blanca de alguna embarcación, y que después de haber paseado de aquí á allá su reflejante superficie, desaparecía en la bruma azulada del horizonte. Del otro lado, hundiendo sus miradas en los repliegues de la montaña, distinguía un valle profundo, solitario y salvaje, cuyo suelo presentábase cubierto de fragmentos de rocas, desprendidos de los escarpa-

dos flancos de la montaña en que se hallaba el valle enclavado.

Rip permaneció durante algún tiempo pensativo, los ojos fijos en aquella escena. La tarde se hallaba ya bastante avanzada; las montañas comenzaban á extender sobre los valles sus sombras alongadas. Rip vió que sería de noche antes de que pudiese llegar á la aldea, y lanzó un profundo suspiro al pensar en que iba á encontrarse de nuevo frente á frente de la señora van Winkle.

Estaba Rip á punto de emprender el descenso, cuando oyó á alguna distancia una voz que lo llamaba:

—¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!

Miró á su alrededor, pero nada vió, á no ser una corneja solitaria que levantaba el vuelo á través de la montaña. Creyó que su imaginación lo engañaba, é iba ya á ponerse en camino, cuando de nuevo el mismo grito vino á herir el aire silencioso de la tarde:

—¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!

En aquel mismo instante, volvióse Wolf sobre sus pasos, y lanzando un gruñido, fué de un salto á colocarse al lado de su amo, dirigiendo miradas aterrorizadas hacia el lado del valle. Una vaga aprensión se apoderó de Rip; miró ansioso en la misma dirección y descubrió una figura extraña, encorvada bajo el peso de algo que llevaba sobre el hombro, y que trepaba lentamente por las rocas. Admiróse Rip de encontrar un ser humano en aquel lugar apartado y solitario, pero pensó que podía

muy bien ser algún vecino que reclamaba su ayuda, y se apresuró á salirle al encuentro.

A medida que se aproximaba, la figura del recién llegado parecíale á Rip más extraña. Era un individuo pequeño, cuadrado de espaldas, viejo, de espesa cabellera y barba tirando á gris. Vestía á la antigua moda holandesa: sayo de paño ajustado á la cintura y varios pares de calzones, de los cuales, el de encima llevaba los botones á los costados, cerrándose á la altura de las rodillas. Conducía al hombro un barril que parecía lleno, é hizo señal á Rip de que se acercase á ayudarle á llevar su carga.

Rip se prestó con su buena voluntad acostumbrada, aunque conservándose en guardia y experimentando cierta desconfianza acerca de su nueva relación. Ayudándose mutuamente, treparon por un pasaje estrecho, que se asemejaba bastante al lecho desecado de un torrente. Mientras ascendían, oía Rip por momentos un ruido sordo y prolongado, que habría podido tomarse por el eco de un trueno lejano, y que parecía salir de una quebrada profunda, ó más bien dicho, de una abertura de las elevadas rocas hacia las cuales conducía el escabroso sendero que seguían.

Detúvose Rip un momento, mas pensando que se trataba tal vez de una de esas nubes pasajeras que estallan súbitamente sobre las cumbres de las montañas, emprendió de nuevo la marcha.

Después de haber atravesado la quebrada, encontráronse ambos caminantes en un hueco que afectaba la forma de un anfiteatro, y rodeado por

todas partes de precipicios sobre cuyos bordes hallábanse suspendidos grandes árboles de espeso ramaje que no dejaban ver más que la bóveda azul del firmamento y las nubes brillantes del crepúsculo.

Durante todo este tiempo, ni Rip ni su compañero habían pronunciado una palabra, pues aunque lo admiraba bastante al primero ver transportar un barril de agua á la cima de aquellas altas montañas, había en aquel desconocido algo de extraño y de incomprensible que inspiraba temor é impedía toda familiaridad.

Al penetrar en el anfiteatro, nuevos objetos de admiración se presentaron á la vista de los caminantes. En el centro, en un sitio plano, algunos personajes de aspecto singular jugaban á los bolos. Vestían un traje que no tenía nada de común con el de las gentes del país: unos llevaban jubones cortos, otros sayos, con largas cuchillas pendientes de la cintura; varios de ellos llevaban grandes calzones semejantes á los del guía. Sus rostros no eran menos originales: uno tenía una gran cabeza, cara chata y ojos muy pequeños; otro no tenía más que una gran nariz, y llevaba un sombrero blanco en forma de pan de azúcar, adornado de plumas rojas de cola de gallo. Tenían todos la barba de diversas formas y de distintos colores. Uno entre ellos parecía ser el jefe. Era un anciano obeso, agobiado por la edad. Vestía un jubón guarnecido de una especie de blonda ó encaje, ancho cinturón con su correspondiente cuchilla, sombrero de anchas alas con penacho, me-

dias rojas y botines de tacón alto, coronados por una borla.

Este grupo recordaba á Rip los personajes de un viejo cuadro flamenco que se encontraba en el salón de Dominic van Shaik, el cura de la aldea, cuadro que había sido llevado de Holanda en la época del establecimiento de la colonia.

Lo que le parecía á Rip más singular, era que todos aquellos individuos, que evidentemente se divertían, no por esto conservaban el rostro menos grave, guardando un misterioso silencio y formando la más melancólica partida de placer que hubiera podido verse jamás. Nada iba á interrumpir el silencio de aquella escena, á no ser el ruido de los bolos que, cada vez que eran arrojados, hacían repetir los ecos de la montaña un sonido sordo, parecido al de un trueno.

A la aproximación de Rip y de su compañero, abandonaron inmediatamente el juego, dirigiendo al primero miradas de una fijeza tal, y entregándose á movimientos tan extraordinarios, que el pobre van Winkle sintió palpitar con fuerza su corazón y entrechocarse sus rodillas. Su compañero echó el contenido del barril en una gran vasija, y le hizo seña de vigilar á la banda. Rip obedeció pero con temor y temblando. Los extraños individuos sorbieron el licor en silencio, y volvieron á su juego.

Poco á poco el temor y la aprensión de Rip se fueron calmando, llevando su atrevimiento hasta gustar del brevaje cuando juzgó que nadie lo miraba, y encontrando á éste el sabor de la más exquisita ginebra de Holanda.

Rip se hallaba, naturalmente, sediento, y así sucedió que se dejó tentar por segunda vez, y como un trago llama otro trago, acabó por hacer tantas visitas al líquido, que pronto sintió que sus sentidos se ofuscaban, velábanse sus ojos y su cabeza se ponía cada vez más pesada, no tardando en caer por tierra sumido en profundo sueño.

Al despertarse, se encontró Rip de nuevo sobre la meseta desde la cual había visto llegar al viejecito del valle. Se frotó los ojos: el sol matinal brillaba ya en todo su esplendor; los pájaros revoloteaban y cantaban en los matorrales; el águila se cernía en las alturas, bañándose en la brisa pura de las montañas.

—Seguramente, pensó Rip, que yo no he dormido aquí toda la noche.

Recordaba perfectamente todo lo que había pasado antes de dormirse: aquel hombre extraño con su barril, la quebrada de la montaña, el salvaje escondite en medio de las rocas, aquella lúgubre partida de bolos, aquel licor...

—¡Oh, aquel licor, aquel endiablado licor! pensaba Rip. ¿Qué excusas le daré á la señora van Winkle?

Buscó su fusil á su alrededor, pero en vez de encontrar el soberbio fusil de caza que había llevado consigo á la montaña, no vió más que una vieja arma de fuego toda enmohecida, cuyas piezas metálicas se sostenían apenas, y cuya culata se hallaba en partes reducida á polvo.

Sospechó Rip que era aquello el resultado de una mala jugada que le habían hecho los miste-

riosos viajeros de la noche anterior, los que sin duda lo habían hecho beber para llevarle su fusil.

Wolf había también desaparecido: tal vez andaba en persecución de alguna ardilla ó perdiz.

Silbó Rip á Wolf y lo llamó por su nombre: los ecos repitieron su silbido y el nombre de Wolf, pero no apareció perro alguno.

Resolvió entonces Rip dirigirse al sitio en que habían tenido lugar los acontecimientos de la noche, por ver si encontraba allí alguna persona á quien pedir noticias de su fusil y de su perro; pero al enderezarse para ponerse en camino, notó que sus piernas se hallaban entumidas, y no tenían ya su acostumbrada actividad.

—Decididamente, pensó Rip, no se hizo para mí el dormir en la montaña; y si esta escapada me ha hecho atrapar algún reumatismo ¿cómo voy yo á arreglarme con la señora van Winkle?

Al fin pudo descender, no sin dificultad, hasta el valle. Vió la quebrada que él y su compañero habían seguido la noche precedente, pero con gran admiración observó que servía ella de lecho á un arroyo cuyas aguas descendían de roca en roca desde lo alto de la montaña, llenando el valle con su tumultuoso murmullo. Prosiguió, no obstante, su camino por la orilla del arroyo, ayudándose en tan laborioso viaje de las ramas de los álamos blancos, sarapás y nogales silvestres que crecían allí en abundancia; tan pronto sostenido como embarazado por las viñas salvajes que, entrelazando de un árbol á otro sus sarmientos y sus pámpanos, formaban como una especie de red ante su paso.

Llegó por fin al sitio en que la quebrada se abría en las rocas en forma de anfiteatro, pero no vió ni huella de tal cosa. Las rocas se levantaban en alta, impenetrable muralla, desde lo alto de la cual el arroyo se precipitaba en sábana espumante, cayendo en una cuenca grande y profunda, cuyas aguas, sombreadas por los árboles cercanos, tomaban un tinte negruzco.

Aquí, el pobre Rip no supo ya qué pensar. Llamó de nuevo á su perro, pero nadie respondió á su voz; exceptuando tal vez los graznidos de una banda de cornejas que jugueteaba en la cumbre de un árbol seco, suspendido sobre un precipicio, y que los rayos del sol herían de lleno en aquel momento.

En la seguridad de aquella altura, parecían las cornejas mirar hacia abajo y burlarse de las perplejidades del pobre hombre.

¿Qué hacer? La mañana había ya pasado, y Rip, que no había almorzado, sentía hambre. Era fácil perder el fusil y el perro; lo que él temía era afrontar la presencia de su mujer. Pero no podía dejarse morir de hambre sobre aquellas montañas, y meneando la cabeza, según su costumbre, echó el viejo fusil á la espalda, y con el corazón lleno de angustia y ansiedad tomó el camino de su casa.

Al aproximarse á la aldea encontró á varias personas, pero ninguna conocida, lo que no dejó de sorprenderle, pues creía conocer, con muy raras excepciones, á casi todas las gentes del lugar. Los trajes que aquellas personas llevaban no tenían

la forma de los que se usaban en la aldea. Todos lo miraban con sorpresa, no menor que la suya, llevándose la mano á la barba cada vez que fijaban en él la vista.

La repetición frecuente de este movimiento de parte de los que hallaba en su camino, indujo á Rip á hacer otro tanto, descubriendo, entonces, con gran admiración, que su barba había crecido de un pie durante la noche.

Había llegado á las primeras casas de la aldea, y una turba de chicuelos, á quienes jamás había visto, corrió hacia él vociferando y señalando su larga barba gris. Los perros mismos le eran desconocidos y ladraban á su paso. Toda la aldea había cambiado: era más grande y más populosa. Encontraba filas enteras de casas que jamás había tenido ante sus ojos, habiendo desaparecido aquéllas que le eran familiares. Sobre las muestras de las tiendas aparecían nombres extraños, y caras nuevas asomaban á las ventanas.

En una palabra, no quedaba cosa alguna que él conociese. Su espíritu se turbó, creyéndose bajo el imperio de algún maleficio, á menos que todo lo que le rodeaba no estuviese encantado.

Porque no cabía duda de que se encontraba en la aldea en que había nacido, y que había dejado la noche anterior: aquéllos eran, ciertamente, los Kaats-Hills, que se levantaban ante su vista: era seguramente de aquel lado que corría el Hudson; cada montaña, cada valle estaba indudablemente en su lugar. Rip se sentía presa de una terrible perplejidad, diciéndose para sus adentros:

—¡Pues no me ha trastornado poco la cabeza el tal licor de anoche!

Costóle algún trabajo hallar el camino de su casa, y no fué sin aprensión que se acercó, esperando por momentos escuchar la voz agria de la señora van Winkle. Halló su casa en ruinas, el techo amenazando derrumbarse, las puertas salidas de sus goznes. Un perro flaco rondaba por los alrededores, y como se pareciese algo á Wolf, Rip lo llamó: el perro lanzó un gruñido, mostró los dientes y siguió su camino. Esta manera de acoger á la gente no era animadora.

— ¡Hasta mi propio perro, dijo Rip con un gemido, me ha olvidado!

Entró en la casa que,—hagámosle esta justicia,— la señora van Winkle tuvo siempre con el mayor aseo: se hallaba vacía y parecía abandonada. La soledad en que se encontraba pudo más que el temor que le inspiraba su esposa. Llamó en alta voz á su mujer y á sus hijos: los vacíos cuartos resonaron por un momento con el eco de su voz, volviendo en seguida á reinar en ellos el más completo silencio.

Alejóse Rip de su casa,—dirigiéndose á prisa al sitio en que se reunía durante el día el círculo de sus amigos: la hostería había desaparecido, y una enorme casa de madera se levantaba en el lugar. Encima de la puerta veíase una muestra con estas palabras: *Hotel de la Unión, tenido por Jonathan Doolittle*. En lugar del gran árbol que resguardaba al tranquilo pequeño albergue holandés, ha-

bían levantado un gran poste en cuyo extremo superior veíase un gorro de noche colorado y un estandarte que presentaba un singular conjunto de estrellas y rayas.

Todo era extraño é incomprensible. Reconoció Rip, sin embargo, sobre la muestra, el rubicundo rostro del rey Jorge, bajo el cual había fumado en paz tantas pipas; pero hasta el mismo rey había sido singularmente metamorfoseado. Su casaca roja había sido cambiada por una azul y colorante; en lugar del cetro tenía una espada en la mano, y mientras la cabeza se hallaba adornada de un sombrero de tres picos, bajo el retrato veíase en gruesos caracteres: *Jorge Wáshington.*

Había, como de costumbre, un gran número de personas cerca de la puerta, pero ninguna que Rip conociese. El carácter mismo de la población había cambiado. Se hablaba de prisa y con aire azorado, como si se disputase, y no con aquella calma y con aquella flema imperturbable á que se hallaba Rip habituado.

En vano buscó á Nicolás Vedder, con su cara grande, su barba de dos picos, y su larga pipa, de la cual prefería sacar incesantes nubes de humo á perder su tiempo en palabras ociosas, ó bien á Bummel, el maestro de escuela, que hacía conocer á todos el contenido de los diarios viejos. En vez de todo esto, un individuo flaco, de color bilioso, con los bolsillos llenos de boletines, hablaba con vehemencia sobre los derechos de los ciudadanos, las elecciones, los miembros del congreso, la libertad, Bunker-Hill, los héroes de

1776 y otras cosas que eran para el infortunado van Winkle otros tantos enigmas.

La aparición de Rip, con su larga barba gris, su extraña vestidura, y seguido de cerca por una multitud de mujeres y muchachos, llamó pronto la atención de los politiqueros de la taberna, los que se agruparon á su alrededor, examinándolo de los pies á la cabeza con viva curiosidad.

El orador corrió hacia él, y llamándolo aparte, le preguntó *por quién pensaba votar*. Rip lo miró con ojos estupefactos.

Otro individuo, pequeño, pero de una gran vivacidad, lo tomó por el brazo, y empinándose sobre la punta de los pies, le preguntó al oído *si era federal ó demócrata*, mostrándose Rip no menos embarazado con esta pregunta que con la anterior.

Un viejo señor, lleno de importancia, con la cabeza cubierta por un tricornio, atravesó por entre la multitud, aplicando codazos á diestra y siniestra, y fué á plantarse delante de Rip, con una mano apoyada en la cintura y la otra en un bastón. Sus pequeños ojos y su puntiagudo sombrero parecían querer penetrar lo que pasaba en el alma del atribulado van Winkle, á quien preguntó el recién llegado «por qué razón iba á la elección con un fusil á la espalda, y si tenía la intención, haciéndose acompañar de aquella multitud, de provocar algún tumulto en la aldea».

—¡Por Dios, señores, exclamó Rip, un tanto asustado; soy un pobre hombre, tranquilo y pa-

cífico, nacido en esta aldea, y un leal súbdito del rey, á quien tenga el cielo en su santa guarda!

La concurrencia acogió estas palabras con una gritería general, oyéndose estas y otras voces:

—¡Un tory! ¡Un tory! ¡Un espía! ¡Un refugiado! ¡Llevadle! ¡Llevadle!

No fué sino á costa de gran trabajo que el individuo del tricornio logró restablecer el orden, y en seguida, frunciendo el entrecejo, y tomando un aire de los más severos, preguntó de nuevo al desventurado Rip lo que iba á hacer allí y lo que buscaba. El pobre hombre respondió con tono sumiso que no abrigaba ninguna mala intención, no habiéndose dirigido á aquel sitio con más objeto que buscar á algunos amigos que tenían la costumbre de reunirse cerca de la taberna.

—Bien ¿dónde están? Nombradlos.

Reflexionó un momento, y luego preguntó:

—¿Dónde está Nicolás Vedder?

Nadie podía contestarle, cuando un buen viejecillo, aproximándose, le dijo con voz debilitada:

—¿Nicolás Vedder? ¡Pues si se murió hace ya cerca de diez y ocho años! Había en su tumba una inscripción sobre madera que recordaba su vida, pero ha desaparecido, destruída por el tiempo.

—¿Dónde está Bron Dutcher?

—¡Oh, partió para el ejército al empezar la guerra. Unos dicen que fué muerto en el asalto de Stony Point; otros dicen que se ahogó en una racha, al pie de Autony's Nose. Ignoro cuál es la

verdad, pero el hecho es que no se ha vuelto á ver.

—¿Dónde está van Bummel, el maestro de escuela?

—Partió también para la guerra en la que ha llegado á ser un gran general, ocupando actualmente un asiento en el congreso.

Rip sentía la muerte en el alma al informarse de todos aquellos cambios sobrevenidos en su familia y entre sus amigos, viéndose solo en el mundo para en adelante. Cada nueva respuesta aumentaba su embarazo. ¿Podía haber transcurrido tan largo lapso de tiempo? Y qué podían significar aquellas palabras: guerra, congreso, Stony-Point? Faltábale ya la fuerza necesaria para seguir interrogando á las gentes sobre sus otros amigos, pero de pronto exclamó con el acento de la desesperación.

—¿No habría aquí nadie que conociese á Rip van Winkle?

—¡Oh! Rip van Winkle, repitieron varias voces; seguramente que lo conocemos: helo ahí á Rip van Winkle, recostado contra el árbol.

Rip miró en la dirección que se le indicaba, y vió, en efecto, una imitación exacta de su persona, tal como era ésta antes de subir á la montaña; con el mismo aire perezoso, é igualmente despergeñado.

El pobre diablo quedóse todo confundido: dudaba de sí mismo: ¿no sería él *otro* hombre? En medio de su turbación, el hombre del tricornio le preguntó quién era y cuál era su nombre.

—¡Que lo sepa Dios! exclamó Rip fuera de sí. Yo no soy yo; soy algún otro. Allí estoy yo, ¿no veis? Algún otro se ha metido en mi piel. Yo era yo anoche; me dormí sobre la montaña y me han cambiado mi fusil: todo ha cambiado y yo mismo he cambiado á punto que no puedo decir cuál es mi nombre ni quién soy.

Los asistentes á aquella extraña escena, se miraron los unos á los otros, y llevaron, como señal recíproca de inteligencia, sus dedos á la sien. Siguióse luego un cuchicheo general, en el cual se habló de quitarle el fusil á fin de impedirle hacer daño, y en seguida el hombre del tricornio, que era quien había sugerido la idea de esta medida de precaución, se esquivó precipitadamente.

En aquel momento, una mujer llegaba á la taberna y atravesaba la multitud, á fin de echar una mirada ella también, sobre el hombre de la barba gris. Llevaba en los brazos un muchacho gordo y mofletudo que se echó á llorar todo asustado, á la vista de Rip.

—¡Vamos, Regis, cállate! dijo la mujer al chicuelo ¿tienes miedo tontuelo, de que este buen hombre te vaya á hacer algún mal?

El nombre del niño, el eco de aquella voz despertaron en el espíritu de Rip un mundo de recuerdos.

—¿Cuál es vuestro nombre, buena mujer? preguntó.

—Judita Gardenier.

—¿Y el nombre de vuestro padre?

—¡Ah, pobre hombre! Se llamaba Rip van

Winkle, pues hace ya veinte años que partió de casa con su fusil, sin que jamás desde entonces, hayamos tenido noticias alguna de él. Su perro volvió á casa sin él. Si se mató ó si lo mataron los indios, es cosa que nadie ha podido decirnos. Yo era entonces muy chica,

Rip no tenía ya más que una pregunta que hacer, y la hizo con voz desfallecida:

—¿Dónde está vuestra madre?

—¡Oh! Ha muerto también hace poco. Se le rompió un vaso en un acceso de cólera que la acometió con motivo de una discusión sostenida con un negociante de la Nueva Inglaterra.

Estas palabras tranquilizaron un poco al pobre hombre, y no pudiéndose contener por más tiempo, corrió hacia su hija y la estrechó entre sus brazos.

—Yo soy tu padre, exclamó, el Rip van Winkle joven de otro tiempo, el viejo Rip van Winkle de hoy. ¿No habrá nadie que reconozca al pobre Rip van Winkle?

Todos permanecieron estupefactos, hasta que una mujer anciana, saliendo de la multitud, y poniéndose la mano sobre los ojos, para ver mejor, examinó atentamente al recién llegado durante algunos instantes, exclamando en seguida:

—Seguramente, es Rip van Winkle; el mismo, sí, el mismo. Sea él bienvenido, vecino; pero ¿qué ha sido de vos durante estos últimos veinte años?

La historia de Rip quedó pronto narrada, como que los veinte años no habían sido para él más que una noche.

Los vecinos, al escuchar su relato, se miraban y remiraban, cambiando unos signos de inteligencia é inflando otros sus carrillos con la lengua. El personaje del sombrero de tres puntas reapareció desde el momento en que vió que todo peligro había pasado, y guardó silencio, contentándose con mover la cabeza al observar que todos la movían.

Quería saber, sin embargo, este individuo lo que pensara del caso el viejo Peter Vanderdok, á quien alcanzó á divisar en la calle aproximándose lentamente. Era éste un descendiente del historiador de su mismo apellido, autor de uno de los más viejos relatos de los acontecimientos de la provincia. Peter era el más antiguo habitante de la aldea, y se hallaba al corriente de todos los grandes acontecimientos y de todas las tradiciones del vecindario. Reconoció á Rip inmediatamente, y corroboró su relato de la manera más satisfactoria, asegurando al público que, en efecto, sabía por su antepasado el historiador, que los Kaats-Hills habían sido siempre visitados por seres extraordinarios.

Contábase que el gran Hendrich Hudson, el primero que había visitado el país y conocido la existencia del río Hudson, daba cada veinte años en aquellos parajes una especie de *soirée* con la tripulación de la *Half Moon*; teniendo permiso para volver á ver el teatro de sus hazañas, y echar una mirada sobre el río y la gran ciudad que llevaba el nombre. Su padre, agregó Vanderdok, los había visto una vez vestidos á la antigua moda holandesa, jugando á los bolos en un oculto rincón

de la montaña y el mismo había oído, en una noche de verano, el sonido de los bolos, que había podido tomarse por el eco lejano de truenos.

Para abreviar, la multitud se dispersó, volviendo á sus más importantes ocupaciones de la elección. La hija de Rip se llevó consigo á su padre, alojándolo en su bien tenida casa. Su marido era un honrado y laborioso agricultor en quien Rip reconoció á uno de los diablillos que le salían siempre al encuentro, trepándose sobre sus espaldas.

El hijo y heredero de Rip, á quien hemos visto apoyado contra un arbol cerca de la taberna, trabajaba en la granja, pero, como su padre, tenía una inclinación irresistible á ocuparse de todo menos de sus propios asuntos.

Rip volvió á sus paseos y á sus viejas habitudes, encontrando á varios de sus antiguos compañeros, pero los años habían cambiado mucho á estos últimos, por lo que prefirió buscarse nuevos amigos entre la generación que crecía por aquel entonces, y que no tardó en profesarle gran cariño.

Como nada tenía que hacer en la casa, habiendo alcanzado á esa edad feliz en que se puede ser impunemente perezoso, volvió Rip á su sitio del banco de la hostería, siendo venerado como un viejo patriarca de la aldea y un contemporáneo del viejo tiempo anterior á la guerra.

Algún tiempo pasó antes que pudiera ponerse al corriente de las conversaciones, y comprender los extraños acontecimientos que se habían producido durante su sueño; que había ocurrido un

levantamiento, que el país había sacudido el yugo de la vieja Inglaterra, y que en vez de ser súbdito de S. M. el rey Jorge III, era ciudadano de los Estados Unidos.

Rip, en efecto, no era un politiquero, no haciendo sobre él gran impresión los cambios operados en los Estados y en los Imperios, pero había una clase de despotismo contra la cual había siempre murmurado: el del gran gobierno con polleras. Felizmente, veíase ya libre de él; había sacudido el yugo del matrimonio y podía ir por todas partes con entera libertad, y sin temer la tiranía de la señora van Winkle. Cada vez, sin embargo, que se pronunciaba el nombre de ésta, sacudía Rip la cabeza y bajaba los ojos, lo que podría explicarse por un signo de resignación con su suerte ó de alegría por su libertad.

Tenía por costumbre contar su historia á todos los extranjeros que iban al hotel de Doolittle. Al principio habíase observado que variaba de un día para otro ciertos incidentes de su aventura, tal vez porque hacía poco tiempo aun que había salido de su sopor. Pero al fin concluyó por contarla invariablemente de la manera en que acabamos de consignarla, no habiendo un hombre, una mujer ó un niño de la vecindad que no la supiese de memoria.

Algunos han abrigado siempre dudas acerca de la veracidad de la historia de Rip, pensando que éste había por algún tiempo perdido la cabeza, lo que explicaba las variantes de su relato.

Los viejos holandeses, sin embargo, la han creí-

do siempre firmemente, y hasta el día de hoy no oyen jamás el ruido del trueno, del lado de los Kaats-Hills, sin decir que Hendrich Hudson, y su tripulación andan por allí jugando á los bolos.

En cuanto á los maridos cansados de la dominación de sus mujeres, no hay en los alrededores de lo Kaats-Hills uno que no desea, para verse libre de ella, un poco del licor de Rip van Winkle.

BIBLIOTECA DE "LA NACION"

Volúmenes publicados:

1° **Tres Novelas Picarescas**, de Hurtado de Mendoza, Cervantes y Quevedo.

2° **Los Primeros Hombres en la Luna**, por H. G. Wells.

3° **La Niña Menor**, por A. Theuriet, de la Academia Francesa.

4° **Aguas Primaverales**, por Iván Turguenef.

5° **La Vida de las Abejas**, por Mauricio Mæterlinck.

6° **Serias y humorísticas**, por Bartolomé Mitre y Vedia.

En prensa:

Nativos, por S. Maciel.

La Maestrita de los Obreros, p
Amicis.